



Fogwill

de

Nuestro modo de vida

Narrativa Hispánica

Lectulandia

Fernando, su protagonista, se busca en las cosas como en un espejo, investiga el límite que lo separa del mundo y entrevé «con un temblor inteligente, sensible y sensual» la unánime insustancialidad de los objetos exteriores y del sujeto que está en el centro de su experiencia. El juicio sumario de la historia tal vez condenaría a la pareja que Fernando forma con Rita como a ejemplares arquetípicos de una burguesía culpable de egoísmo, superficialidad, hipocresía. Pero Fogwill complica magistralmente el proceso al plegar su punto de vista a la conciencia de su personaje y a su indagación de la intimidad: vigilia tan perpleja como sutil, tan ligera como insondable.

Marcados por su situación social e histórica, los caracteres de Rita y Fernando resisten, por debajo de esa superficie espejada, una lectura más universal: su suave prisión de irrealidad, más o menos confortable, más o menos amenazada, es la misma que protege o que oprime al lector.

Fogwill

Nuestro modo de vida

ePub r1.0

Titivillus 26.09.2023

Fogwill, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo

Produje *Nuestro modo de vida* intentando plagiar *La luz argentina*, bella novela del narrador argentino César Aira. Un par de temas centrales —la cuestión de la pareja y el problema de la división entre lo de afuera y lo de adentro— parecían insuficientemente desarrollados en la obra de Aira y me propuse avanzar sobre ellos a partir de dos indicios: el jadeo del personaje, asociado a sus trastornos respiratorios, me conducía a la cuestión del límite entre la interioridad y la exterioridad del cuerpo del varón; la peculiar psicopatología de su mujer, Kitty, me brindaba la posibilidad de acceder al tema del límite entre la interioridad y la exterioridad de la institución familiar.

En la obra de Aira, la mujer, veinte años menor que su marido, se *desconectaba* del mundo y de sí misma toda vez que su vivienda era afectada por un corte de luz. Los cortes de energía eran frecuentes en oportunidad de la escritura de *La luz argentina*. En mi obra, la mujer de Fernando, que se llama Rita como la mujer de Aira, no se desconecta en momento alguno. Cómo producir ese corte mítico entre la vida familiar y la vida social es el problema de método de mi novela *Nuestro modo de vida*.

¿Estamos verdaderamente conectados? Cuando pienso que sí, cuando me digo «¡Sí, estamos conectados!», suelo atravesar fases de diez y hasta veinte días de gran optimismo. En una etapa así compuse esta novela, lo que explica la confianza en cierta disposición de lectura que la obra trasunta y que animaba al narrador mientras la concebía.

Pero no se trata aquí del adentro y el afuera del cuerpo, ni del adentro y el afuera de las familias. Mi objeto, si se lo alcanza a detectar en la novela, es el límite entre el adentro y el afuera de la obra como representación del límite entre el adentro y el afuera de la vida humana. No sé si he producido ese objeto u otro. Quizás una próxima novela de Aira nos lo revele.

1. Sabor

Temprano esa mañana, al notar que todos los automóviles estacionados frente a su casa eran azules, Fernando pensó que tanta uniformidad era un buen augurio para el día que comenzaba. Después, en el supermercado, cuando vio al personal de la carnicería, la verdulería y la quesería vistiendo impecables guardapolvos blancos con el emblema de la empresa bordado sobre el bolsillo superior izquierdo, sin advertir que era lunes, y sin saber que cada lunes los empleados debían revistar ante sus superiores con ropa limpia para toda la semana, pensó que ese también era un buen augurio y ya no dudó que lo esperaba una jornada favorable.

«Es —se dijo mientras volvía a su casa— como si de repente hubiese llegado la primavera...»

Pero no necesitó comentar con su mujer el optimismo que ahora lo invadía: ella advirtió que su hombre llegaba convencido de estar comenzando un día bueno por su manera de entrar a la casa y por la inflexión que adoptó su voz mientras agradecía que ella se hiciera cargo de los paquetes de las compras.

En una mesa del living, cerca del balcón, estaba preparado el desayuno. La cafetera humeaba; había tostadas con manteca, casi derretida por el calor que aún conservaban las rebanadas rectangulares de pan caliente. La leche yacía en su jarra como esos lagos de superficie muy serena que prometen un agradable descanso. El frasco inglés de mermelada de ciruelas brillaba, limpio. Los cubiertos estaban en su lugar y la azucarera de peltre, como dispuesta a presidir una ceremonia de inusitada dulzura, relucía equidistante de los bordes de la mesa que Fernando y Rita, su mujer, ocupaban durante las comidas.

Desde la cocina, llegaba la voz de Rita:

—¿Querés mariscos?

—¿Mariscos? —preguntó él, asombrado. Jamás imaginó que su mujer le ofrecería mariscos para el desayuno.

—Sí... ¡Mariscos! —gritó ella, y sus palabras se mezclaron con ecos de cajones abriéndose y cerrándose cuando explicó—: ¡Tengo ganas de probar una de esas latas que trajimos de Chile...! ¿Te acordás?

—Sí... —respondió Fernando. Recordaba que había traído de sus vacaciones un bolso de viaje con latas de picorocos y centollas disimuladas entre las botas de esquí y las camperas de duvé, para protegerlas de la revisión aduanera.

—¿Querés o no querés...? —reclamaba ella.

—¿Vos querés? —dijo él, dudando todavía.

—Claro que quiero yo... —dijo ella. Era obvio: quería.

—Entonces yo también quiero... No se me había ocurrido, pero si abrí una lata te acompaño... ¡te ayudo a comerla!

Ella no respondió, pero Fernando pudo oír el ruido del abrelatas eléctrico probando que su mujer se había decidido y estaba abriendo una de esas latas que hacía más de cuatro meses guardaban en la alacena. Recordó la aventura de la aduana: el temor de Rita, el escozor que él mismo sintió en su abdomen mientras la mano del requisa aduanero ingresaba en el bolso y acariciaba las mangas de las camperas de duvé como si el hombre sospechase que allí guardaban latas de conserva, y el éxtasis: la misma mano, ahora amable, que aplicaba una etiqueta adhesiva mientras se oía el golpe seco del sello aprobatorio sobre los pasaportes y la orden de salida.

—Está bien... ¡Avancen hacia la salida! —había dicho el funcionario y los ojos de Fernando encontraron entonces la mirada de su mujer, ya dulce, ya aliviada, sin miedo.

Rita volvía a preguntar:

—¿Querés un jugo de naranja Purex?

—Qué... —gritó desde el living. Había comprendido, pero no era habitual que desayunasen con jugo de naranja.

—Un Purex de naranja, un jugo... Para tomar con los mariscos —explicaba ella.

—Sí, ¡gracias! —respondió Fernando. Era comprensible: los mariscos no conjugaban bien con el café con leche, su bebida habitual de los desayunos. Pensó que Rita había tenido una buena idea: comería los mariscos, bebería el jugo de naranja y después, con una tostada con manteca y dulce de ciruela bebería el café, oscuro, apenas cortado con una pequeña nube de leche. Sintió apetito y se sentó frente a la mesa; si su mujer demorase más con su preparación en la cocina, comería una tostada, probaría un sorbo de café y desplegaría el diario para informarse de las noticias más importantes de esa

mañana. Se disponía a tomar una tostada cuando llegó ella trayendo su bandeja.

—¿Qué abriste? —quiso saber.

—Centollas... —dijo su mujer, depositando la bandeja sobre la mesa— pero creo que es otra cosa... algo como almeja... algo así...

—¿Cómo puede ser...?

—Y... —recordó ella— ¡como la vez pasada! ¿Te acordás que abrimos una lata de caviar de bonito y tenía salmón, o trucha...?

—¡Cierto...! —dijo él y recordó que la tarde que compraron aquellas latas en un comercio de *delikatessen* de Viña del Mar, el patrón, un anciano holandés, había advertido:

—Esta es la mejor marca, pero a veces vienen confundidas las etiquetas... ¡No se puede saber qué traen dentro si no las abren antes...!

—¡Mejor! —se había apresurado a responder Rita, que estaba muy entusiasmada por llevar una docena de latas a Buenos Aires, y agregó dirigiéndose a él—: ¡Mejor! ¡Claro que es mejor...! ¿No es cierto, Ferdi...? —Y él no había respondido aquella vez, entonces ella fundamentó su opinión —: Mejor... ¡Así podemos tener sorpresas...!

La idea de agregar una pizca de incertidumbre al destino de aquella compra parecía redoblar su entusiasmo, tan fuerte como el temor que horas después la asaltó en el hotel, cuando pensó que la aduana argentina podría requisar las doce latas con las que planeaba disfrutar y sorprender a los visitantes de su casa. Ahora llegaban los mariscos a la mesa en una pequeña fuente de porcelana y Fernando los miró mientras su mujer servía las copas de jugo de naranja: no eran centollas. Al comienzo pensó que serían ostras, porque eran fragmentos de color bermejo, parecido al de las ostras maduras, que flotaban en aceite emulsionado con un jugo blanquecino, tal vez propio de esos moluscos, aunque la presencia de pequeñas partículas de color verde, probablemente perejil u orégano, insinuaba que podía tratarse de un aderezo especialmente preparado para ese fruto de mar.

Rita advirtió la mirada de su marido y retiró la fuente sosteniéndola con una mano mientras con la otra —la izquierda— manipulaba una pequeña cuchara y un tenedor de madera que fueron distribuyendo los seis moluscos y proporcionales cucharadas de salsa en los dos platos de pescado color celeste.

Fernando bebió parte de su jugo de naranja, miró el plato y con su tenedor levantó uno de los moluscos. Su tamaño permitiría que alguien lo comiese de un bocado: tal era su intención. No obstante, prefirió cortar el primero de los tres moluscos de su plato en dos partes, una pequeña, que comería primero

para familiarizarse con el sabor, y una mayor que decidió postergar para más adelante. Era evidente: no eran ostras. Esa forma no correspondía a las ostras, aunque el color rosado parduzco invitaba a compararlas con el de las ostras maduras del Pacífico. La forma tendía hacia el cono, típico de algunos caracoles, pero Fernando dudó que se tratase de un caracol pues la base del cono, esa sección pulposa que en un caracol corresponde al monopodio, emitía pequeños desmembramientos ciliados del tamaño de un grano de quizpe, probando que no era un monopodio la base de ese cono membranoso que en su reborde externo tenía cuatro pares de delgadas antenas, como las de la langosta joven, pero sin quitina ni sustancia córnea alguna, lo que Fernando advirtió pues bastaba rozarlas apenas con la punta del cuchillo para que esos desprendimientos de tejido fibroso se transformasen en una gelatina parduzca que se extendía por el plato, disolviéndose en el líquido aceitoso que conservaba los mariscos.

«No —pensó Fernando—, que la lata anuncie Centolla de Valdivia no significa absolutamente nada... Esto puede ser cualquier cosa...» Desde el plato subía un aroma que fácilmente pudo reconocer: era el olor del limón cuando se conjuga con una salsa de ajillo y cebolla de verdeo. Ese olor familiar lo animó a probar un primer bocado. Mordió y una extensa onda de sabor recorrió su lengua y las partes sensibles del velo de su paladar, trepando después, transformada en un placentero aroma, hasta el interior de sus fosas nasales. Era un sabor amargo, aunque muy agradable, parecido al de los hongos que en el noroeste de Brasil suelen servir con aceite de oliva y fuertes condimentos picantes.

—Gusto a hongos... —comentó a su mujer.

Ella inclinó la cabeza hacia un costado, poniendo en duda esa afirmación mientras llevaba a su boca una pieza entera de las tres que había servido en su plato. Fernando volvió a morder, masticaba ahora liberando su aliento por la nariz. El sabor —confirmaba— era idéntico al de aquellos hongos de Curitiba, pero la duda de su mujer lo llevó a atribuir esa característica amarga y perfumada a la salsa. No sería pues el sabor del molusco.

Masticó un segundo bocado. Ahora, familiarizado con esa gama de gustos tan inusual, le resultó muy agradable y mientras tragaba sin esfuerzos la pasta tibia en que se habían transformado el primer y segundo bocados se convenció: lo que evocaba aquellos hongos era el sabor de la salsa, pero la consistencia elástica y fibrosa que estaba degustando con intenso placer entre su lengua y su paladar en nada se parecía a lo que él esperaba de un hongo, de

un alga o de cualquier vegetal comestible que pudiese imaginar aquella mañana.

Ya no quedaban en su boca restos del sabor del jugo de naranja, ni el gusto a sueño que lo acompañara al afeitarse, al ducharse y mientras hacía las compras en el supermercado. Toda su boca estaba inundada por el sabor de aquel marisco. O el de su salsa: ¿cómo saberlo? Cerrando los labios, apretando los carrillos y llevando la lengua hacia atrás, producía un tenso vacío que provocaba que la saliva se adhiriese a la superficie de las mucosas, intensificando aún más la percepción del sabor que esa mañana estaba descubriendo. ¿Cómo se llamaría el molusco? Quería saber. «Nada hay —se dijo— más difícil que impregnarse del sabor agradable de algo que uno nunca podrá nombrar, especialmente, cuando lo está comiendo en ese preciso momento...»

Y estuvo a punto de comentar su pensamiento a Rita, pero desistió, ocupándose en cortar en dos mitades el segundo molusco, el de mayor tamaño, mientras ella, a su derecha, comía de un solo bocado el último marisco que quedaba en su plato. Comía con placer. Cuando masticaba la segunda mitad de su molusco, Fernando advirtió el plato vacío de su mujer y miró el último molusco en su plato: sólo quedaba ése y él aún no había podido interpretar su forma.

¿Cómo funcionarían en vida esos animalitos?, se preguntaba. Entonces, a pesar del deseo de comerlo entero, de un solo bocado, comenzó a examinarlo atentamente haciéndolo girar con sus dedos sobre el borde del plato, para no dañar el delicado tejido con el tenedor. ¿Era un molusco o un crustáceo? ¿Tendría cáscara o acaso habría tenido valva?

Revisando la superficie del animal observó que se componía de una apretada trama de filamentos, parecidos a las fibras musculares de los vertebrados. Siguiendo las fibras, que partían del vértice del cono y describían un helicoide a lo largo de la cara externa para introducirse a la altura de la base en el interior macizo del animal, imaginó que el aparente cono estaba constituido por el proceso de torsión de un cuerpo diferente, un cilindro quizá. Lo pensó componiendo esa descripción visual en su memoria hasta imaginar una morfología que quiso exponer a su mujer:

—Yo pienso que originalmente debió ser un animal de forma cilíndrica, hueca, sin base ni tapa. Después, al madurar, al evolucionar, uno de los bordes, suponte que haya sido el borde inferior del tubo que lo conformaba, se cerró sobre sí mismo, como si fuese un labio, a partir de lo cual, por un proceso de invaginación, la mitad inferior del bicho pasó a ser su mitad

interna, y la mitad superior sería entonces lo que tenemos a la vista, ¡de allí la falsa apariencia de un cono...!

—¿Y por dónde comerían? —preguntó ella, significando que compartía la creencia de su marido sobre la evolución de ese animal.

—Y... no sé... tal vez por la piel, o por una parte de la piel... —pero no parecía satisfecho con esa explicación, y vacilando un instante se dispuso a ensayar otra.

—¿Sabés qué...?

—No —dijo su mujer.

—Quién sabe tienen la habilidad de volver a su forma cilíndrica inicial. Entonces, incorporando en ese tubo hueco un organismo pequeño, un pececillo, o una alguita, lo comerán cerrando su base como si fuera un labio, y al plegarse lo rodearían o lo disolverían con alguna secreción digestiva especial...

—Puede ser... —aprobó Rita y contemplando con admiración a su marido dijo—: ¡Tendríamos que preguntarle a Willy Bog!

Willy Bog era un amigo biólogo, especialista en genética de los virus. Tenía grandes bigotes color rojizo que le daban aspecto de napolitano. «Rita tiene razón —pensó Fernando—. Willy Bog podría aclararnos mucho sobre este animalito, y hasta quizá le sepa el nombre.»

—Lo bueno —comentó— sería si él supiese si tiene cáscara, o un caracol, o valvas... ¿no es cierto?

—Sí —dijo ella—, aunque a mí me da la impresión de que cáscara dura no ha de tener... ¡Pero es muy raro!

—¿Qué es raro?

—El bicho —dijo ella—, el animal es raro: si es cierto que funciona como vos dijiste, es un bicho muy raro, porque la parte de adentro de él es en realidad la parte de afuera, y lo que vemos nosotros que es su parte de afuera, en la vida real, él la debe sentir como su parte de adentro.

—No es mala idea —aprobó Fernando, y apoyado sobre su tenedor, sin pincharlo, llevó a su boca el tercer molusco y se lo comió entero casi sin masticar, para disfrutar la sensación de esa sustancia elástica colándose por su garganta y venciendo la resistencia de los músculos de su faringe.

Después comió una tostada con manteca y bebió jugo de naranja, y con el sabor de los frutos de mar impregnados aún en su boca comió otra tostada con dulce de ciruela, mientras bebía su taza de café, apenas cortado con una nube de leche. Lamentablemente, ya estaba tibio. Hubiese preferido beber el café bien caliente, pero no lo comentó con Rita para que ella no imaginase que la

censuraba por el cambio de rutina que había provocado con su propuesta de comer mariscos en el desayuno, que —bien convencido estaba ahora de eso— no había sido una idea mala, sino todo lo contrario: había sido una idea excelente.

2. Saber

Todo se iluminó. Había quedado solo en el living, su mujer había limpiado la mesa y manipulaba el lavaplatos en la cocina, él se sentó en su sillón para leer el diario del día, y todo se había iluminado. Era el momento de la gran luz, las nueve y diez minutos. A esa hora el sol aparecía en el cielo por sobre los techos de los edificios que enfrentaban su casa. Antes, en verano —alrededor de las siete de la mañana— y más tarde en otoño y en invierno, Fernando amaba esa hora de la luz. La casa brillaba por la claridad reflejada desde las paredes blancas y las plantas, que su mujer tanto cuidaba, parecían brotar desde los rincones más oscuros para recibir esa luz, tan necesaria para ellas. Hasta el olor del living cambiaba, tal vez por efectos del calor de los rayos solares sobre la alfombra de lana. A esa hora el perro, un setter rojo que se llamaba Dick, corría a tenderse junto al sillón de Fernando y sesteaba al sol mientras el amo leía y comentaba en voz alta, para que Rita lo escuchara, las principales noticias del diario de la mañana. Ese día no encontró nada importante en las primeras páginas. Los hechos eran idénticos a los de la mayoría de los lunes. Las secciones deportivas sólo diferían de las del lunes anterior porque esta vez se habían enfrentado otras combinaciones de equipos de fútbol y de rugby, otros caballos y otros jugadores de tenis y boxeadores, y habían ganado distintos nombres de instituciones y de caballos y de personas. En lo demás, en lo sustancial, eran idénticas a las de la edición que leyera siete días antes. En su sección predilecta, la de noticias sobre política internacional, tampoco había grandes cambios: la historia es perezosa, pequeños desplazamientos de las hegemonías, algunos ruidosos como combates y protestas, indicaban que el mundo no era muy diferente del que, tras veinticinco años de leer ese diario, Fernando tan bien conocía. En las páginas de industria y comercio encontró una información que le interesaba. No era una noticia, era un comentario editorial titulado «Aleaciones livianas». Él había trabajado hacía poco tiempo sobre el tema y el comentarista del diario decía, en líneas generales, lo que él había aprendido después de varios meses de investigar para su empresa. Leyó la noticia con alegría: decidió

recortarla y llevarla a la oficina, para que su jefe reconociera, una vez más, que sus conclusiones eran corroboradas por hechos, o por opiniones que otras personas, más autorizadas, formulaban sobre los hechos. No había tiempo que perder: se incorporó, buscó la pequeña tijera que guardaba en un cajón de su escritorio y recortó las tres columnas del diario tituladas «Aleaciones livianas», que por fortuna, en la página opuesta, se correspondían con una publicidad de zapatos. Se alegró. No quería destruir una parte del diario que más tarde pudiese interesar a su mujer.

Plegó el recorte y lo guardó en la billetera. Después miró el reloj: eran las nueve y cuarto y recién a las once saldría de su casa para tomar turno en la oficina en su horario habitual, poco antes de las doce. Encendió un cigarrillo y estiró sus piernas para recibir en ellas el calor del sol fumando placenteramente.

Rita había llegado al living y buscaba el diario:

—¿Lo terminaste?

—Sí...

—¿Qué falta? —preguntó al levantar el diario, del que colgaba una tira de papel.

—Nada... recorté una noticia sobre aleaciones livianas... nada importante... Del otro lado había un aviso de zapatos —dijo él.

—Ah... —dijo Rita—, no era importante...

—No... no era importante —dijo él y continuó fumando su cigarrillo, mirándola leer. Leía rápidamente, deteniéndose sólo en los titulares. En algún momento una noticia llamó su atención —Fernando no supo cuál— y la vio detenerse en esa página durante varios minutos. Los ojos de la mujer saltaban de izquierda a derecha mientras aprobaba con movimientos de su cabeza la información que estaba recibiendo. Después la miró dejar el diario y alzar una pierna para sentarse sobre su pie, de una manera que vagamente evocaba un ejercicio de yoga o una postura de descanso de bailarina, y extender su mano derecha hacia el brazo del sillón que recibía un rayo de sol. Estiraba sus dedos Rita, y al mirarla, Fernando recordó que había omitido comentar que el café estaba frío. Tolerancia, o lo que fuese, pensó él, esa actitud era uno de los mayores logros de su matrimonio con Rita. «Es como en un libro, como en una novela —se dijo—, para que se lo pueda sobrellevar con placer hay cosas que no deben ser dichas, o escritas...» Había algo más que esa mañana no había comentado con ella, pero no podía recordar si era la imagen de la calzada, con aquella larga fila de automóviles detenidos, todos azules, o algo que había ocurrido en el supermercado. Trataba de discernir cuál de aquellos

sucesos había deseado comentar con su mujer y no alcanzaba a definirlo. Estaba amodorrado por efectos del sol.

—Tengo modorra —dijo.

—Mmmmm —dijo ella—, yo también.

—Es por el sol... —sugirió él.

—Sí... ¿sabés?

—¿Qué?

—No sé... ¿no querés que hagamos el amor...?

—¿El amor? —preguntó él quitándose los anteojos de leer.

—Sí... ¿querés?

—No es mala idea... —dijo—, ¿vamos al cuarto?

—¡Vamos...! —sugirió ella, y se puso de pie.

—Ya subo —dijo él, y sacó la billetera de su bolsillo y la dejó sobre el escritorio, junto a su cartera de documentos, su reloj pulsera, el portafolios y el llavero, todas las cosas que debía llevar más tarde cuando saliera rumbo a la oficina. Subió los escalones hacia el cuarto pensando que cuando regresase al living el sol estaría alto, y esos rayos que entibiaban la alfombra donde dormía su perro ya no serían visibles, interrumpidos en su camino por la saliente del balcón.

Cuando su mujer entró a la habitación le pidió que cerrase la ventana. Él caminó descalzo sobre la alfombra y entornó los visillos de la cortina de madera. Entonces la habitación quedó en penumbras y lentamente sus ojos se fueron acostumbrando a reconocer los objetos en la oscuridad.

—¿Sabés... —preguntó— que con la edad la vista tarda mucho más en acomodarse a la oscuridad...?

—¡Sí...! —confirmó ella—, yo no lo siento, pero en algún lugar debo haberlo leído.

3. Ver

Con el paso del tiempo los automóviles envejecen, como la gente. La industria automotriz ha cambiado mucho a este respecto: hubo una época en la que el automóvil duraba dos, tres, cuatro años a lo sumo, y esa era su vida útil, a decir de la industria. No es que el automóvil, cumplido ese lapso, dejase literalmente de ser. El automóvil quedaba allí, pero los técnicos de las fábricas determinaban que a partir de tal o cual fecha ya no tenía sentido mantener stocks de repuestos para los viejos autos que nadie quería conservar y la vida útil de esos viejos modelos se daba por concluida. Después vinieron cambios que clausuraron aquella época de abundancia y dilapidación, y la duración —la «vida útil»— del automóvil ha ido aumentando. Un auto dura ahora siete, diez y hasta quince años, y puede calcularse que en promedio un automóvil que sale de la fábrica oscila alrededor de nueve años, poco más, poco menos, dependiendo del modelo y la marca. «Todo es curioso», pensaba Fernando al sacar, con el motor aún frío, su automóvil del garaje de la casa. Estaba satisfecho con su Ford blanco, pero no pudo evitar una vaga desazón cuando reconoció que prácticamente todos los automóviles de la larga fila de estacionamiento de la vecindad estaban pintados de azul. «Heme aquí —se dijo— conduciendo mi Ford blanco junto a esta larga fila de coches azules... ¿por qué será que todos los autos son azules ahora...?», se preguntaba, pensando que el suyo, comprado hacía siete meses, había sido uno de los últimos Ford de su modelo que la fábrica lanzó al mercado con ese color blanco. Ya casi no circulaban Ford pintados de blanco, y su Ford blanco, que tenía menos de un año de uso, no había alcanzado siquiera a consumir el diez por ciento de su período de vida útil: estaba nuevo. Fernando no rodaba más de 400 kilómetros por semana, la mayoría corridos en los trayectos de su casa al club de Olivos o a la oficina. Su mujer no lo usaba. Odiaba manejar. De niña alguien de su familia —el padre, o el hermano mayor— la había obligado a manejar, y ella aprendió a manejar, pero lo hizo a desgano y nunca del todo bien. Las pocas veces que Fernando la había visto manejando la notó contrariada porque odiaba los autos. Al cumplir treinta años había vencido su

registro de conductora, le bastaría realizar un sencillo trámite para renovarlo y Fernando le explicó que no perdería más de media hora, que toda la gestión consistía en sellar un papel y someterse a una sencilla revisión del oculista, pero pasaron los meses y Rita no había renovado su registro.

—Si no practicás te vas a olvidar para siempre de manejar... —insistía Fernando.

—¿Y qué...? ¡Si nunca manejo...! —justificaba ella.

—Pero un día podés necesitar manejar un auto... —solían decirle sus amigos.

—Nunca necesité, no veo por qué voy a necesitarlo ahora... Además, Fernando maneja. ¡A él le gusta mucho manejar...!

—¿Y si se muere Fernando...? —había preguntado una mujer.

Entonces ella no respondió; miró a Fernando, que reía por la pregunta inusitada de esa amiga indiscreta, y él sintió como si una pequeña nube de tristeza surcara las pupilas de su mujer, que seguían fijadas dulcemente en sus ojos.

Pero el Ford funcionaba muy bien. Recién le habían realizado el *service* de los primeros cinco mil kilómetros, arrancaba al instante, aun en las mañanas frías de aquel otoño, y no consumía aceite. El único defecto que encontraba ahora era su color, blanco. «¿Por qué lo habré elegido blanco...?», se arrepentía al sentir una fuerte necesidad de tener un automóvil azul.

Mientras bajaba de la autopista, al llegar al centro comercial de la ciudad, observó que en la tupida caravana de automóviles de hombres que pujaban por llegar a sus empleos predominaban los azules: cobalto, véneto, cielo, marino blue, metalizado, pero la mayoría de los autos que podía ver avanzando a paso de hombre eran azules. En la esquina de Belgrano y Defensa una grúa de auxilio mecánico cruzaba remolcando un automóvil. Era un GM rojo, y el polvo y el hollín depositados en su carrocería probaban que era un automóvil viejo, que debió haber permanecido mucho tiempo sin uso y sin recibir un mínimo cuidado de su dueño.

Más tarde, en su oficina, instalado junto a la ventana del piso vigésimo cuarto, Fernando miraba el movimiento del Puerto de Buenos Aires. Camiones llevando y trayendo enormes *containers*, hombres trabajando, remolcadores humeantes y barcos que soltaban amarras configuraban una armoniosa escena muda bajo el sol. Fernando contempló un gran terreno baldío que la policía de tránsito utilizaba como depósito de los autos secuestrados a causa de transgresiones, documentación deficiente o por haberlos sorprendido en lugares no destinados al estacionamiento. Vio autos

grises, vio rojos, vio verdes y vio blancos: pocos eran azules. Después alzó la vista y vio un inmenso barco que entraba al antepuerto. Era un carguero al que la falta de lastre agigantaba, elevando su línea de flotación cinco o diez metros sobre el nivel de las amarradas aguas del Río de la Plata. Avanzaba despacio: a la distancia, parecía estar detenido.

En el baldío que hacía las veces de depósito policial confluían cuatro grúas remolcando automóviles, ninguno de ellos era azul. El cielo era azul, aunque a través de los cristales tratados para evitar el paso de rayos infrarrojos parecía opacarse adquiriendo en algunos lugares tonalidades plumizas. Era un gran día de sol. En el radio de su alcance visual no se veían nubes. Era un hermoso día de otoño y pensó que sería para él un día perfecto si no lo preocupara tanto esa cuestión de los autos azules.

4. Hacer

Antes de actuar, piense cómo lo haría en su situación una persona madura. Esa era una de las normas de procedimiento de la empresa y Fernando la ejecutaba cabalmente en el ámbito de su trabajo. La atención de esa y otras normas del decálogo de la buena gestión que era inducido a todos los funcionarios le había producido la estima de sus compañeros y superiores y la aprobación de sus subalternos, entre quienes gozaba de una lealtad y un cariño mayores que los que suelen dispensar los subordinados a sus gerentes. Siempre había controlado sus actos en la oficina a la luz de una comparación entre lo que planeaba hacer y la imagen de cómo lo haría un funcionario maduro en un momento de plena disposición de sus facultades. «¿Cómo no puedo actuar como una persona madura frente a la cuestión del color de mi coche...?», se preguntaba Fernando ese mediodía, poco antes de la entrevista semanal con el director de área, su jefe. Entonces imaginó cómo actuaría una persona madura. Un hombre maduro se haría consciente de que de un automóvil sólo se requieren fines utilitarios, no estéticos, y menos aún, sometidos a la fluctuación de la moda: su Ford funcionaba bien, lo esperaban muchos años de vida útil y buenas prestaciones, era un buen auto, había tenido suerte con la mecánica. Un propietario maduro se sentiría satisfecho por la precisión con que cerraban sus puertas, la agilidad de maniobra que ostentaba en el tránsito y el aplomo y la severidad con que se desplazaba cuando debía recorrer largos tramos de autopista. Un hombre maduro pensaría eso y encontraría una intensa satisfacción toda vez que recordase que él era el propietario de su Ford. «Pues bien —se decía Fernando—, yo no puedo actuar así. Actuaría así si mi Ford no hubiese sido blanco, pero elegí mal, estuve mal asesorado, en un momento de irreflexión compré uno blanco y no puedo sobreponerme a este inconveniente.»

No era ese el único modo de reaccionar de un hombre maduro. Un hombre maduro, en la plenitud de sus facultades, puede reconocer que una u otra razón lo condenan a estar insatisfecho con el color de carrocería que le tocó en suerte, pero resuelve su insatisfacción imaginando, lisa y llanamente,

que su Ford, ese coche perfecto, era, además, de color azul. Pero él, que podía anteponer un modelo de comportamiento maduro a cualquiera de las gestiones de su trabajo, enfrentaba ese mediodía la imposibilidad de extender una respuesta madura al ámbito de su disconformidad con el color de un automóvil.

Algo semejante ocurría con su secretaria. La muchacha se quejaba, una vez más:

—No soporto esta terminal... me arruina las uñas...

—Ya se va a acostumbrar, Marisa —decía Fernando.

Era una muchacha espigada, de cabellos castaños y ojos claros. No era bonita, pero tenía gracia y era una excelente empleada. Hacía ya un mes que se quejaba del tablero de la nueva terminal de computadora que le había correspondido, pues el teclado, según ella, era muy duro, rompía sus uñas y además incrementaba los errores al mecanografiar informes.

—Se resiste a los cambios... —le explicaba él—. Usted sabe que esta terminal ha sido un gran avance técnico... Si los ingenieros la planificaron así, alguna razón han de haber tenido para eso. Entonces, es cuestión de acostumbrarse.

—Pero no me acostumbro... ¡Es el doble de trabajo que antes...!

—¿Pero usted pensó todo lo que le ahorra este nuevo equipo? —llamaba a reflexionar Fernando.

—¡Pero hago más errores...! —deploraba ella.

—¡Ay, Marisa...! Espere un tiempo y acostúmbrase. Si le declara la guerra a la terminal, nunca va a adaptarse a ella, y será peor para todos —aconsejaba él y sin que ella supiese había hecho consultas a la oficina de organización y métodos, donde un analista de funciones había explicado que la nueva terminal tenía muchas ventajas y que el tacto duro de las teclas era deliberado, para evitar la mayoría de los errores que se producían en la entrada de datos y en el tipeo.

Días después un psicólogo de la sección concluyó sugiriendo que las quejas de su secretaria expresaban algún tipo de disconformidad con la situación laboral, que él tenía el deber de detectar.

—¿Qué puede ser?

—Usted debe averiguarlo. ¡Es su misión, señor Romero! —había dicho el jefe de organización y métodos, un funcionario de menor jerarquía que él, cuya opinión debía ser atendida porque era el especialista en el tema.

Y Fernando trató de averiguarlo haciendo un balance de todos los factores que podían afectar la integración de una secretaria a su trabajo, pero al cabo

de unos días de observaciones y disimulados interrogatorios se resignó a esperar que con el tiempo la muchacha se adaptase a la nueva terminal.

—Marisa, me hace la agenda, por favor... —reclamaba Fernando, ya decidido a olvidar los problemas de la terminal y los del color de su automóvil.

—Ya mismo —dijo ella, y compuso la palabra «agenda» en su teclado.

Al instante, la pequeña impresora de su escritorio emitió una planilla de agenda semanal, que Fernando se apresuró a recoger. Tendría una semana sencilla. Para ese día, a las 13, le reservaban una reunión con el director del área; otra reunión con el jefe de servicios aparecía intercalada para la tarde del siguiente miércoles, y en diferentes horarios estaban señaladas las fechas de vencimiento de la presentación de algunos informes. Fernando revisó esa lista y controló que todo estuviese en orden. Por fortuna estaban trabajando con eficiencia y los reclamos de la agenda computada siempre eran satisfechos con una semana de antelación. Ese era otro de los motivos de orgullo del área que dirigía con otros dos gerentes. *Todo va bien, pequeños problemas sin importancia*, había escrito el viernes cuando le reclamaron la frase de su balance semanal de actividades. A la vista de la agenda podía pronosticar que el viernes siguiente, finalizada la semana de trabajo, volvería a escribir otra frase optimista en el mismo estilo.

5. Poder

Sacó el recorte de *La Nación* que llevaba en su billetera, y con un lápiz adhesivo lo fijó a un formulario de memorándum. Arriba escribió: «De: F. R. A: Dirección de Operaciones». Debajo del recorte firmó con sus iniciales y revisó por unos instantes la figura formada por el contraste entre las tres columnas de papel del diario y el rectángulo timbrado del formulario de circulación interna de las gerencias. Después pidió a su secretaria:

—Por favor, archívelo y mande una fotocopia a la Dirección...

—Sí, ya mismo —dijo la muchacha y partió mirando las uñas de su mano derecha.

—Gracias. ¿Marisa?

—¿Qué?

—Que llegue antes de la una, quiero que el Director lo vea antes de mi reunión con él —dijo y miró su reloj pulsera. Eran las 12.30.

A las 12.45 fue al baño, aflojó sus ropas y se sentó a hojear una revista. Fumaba y miraba una nota de humor escrita en inglés. En la página opuesta había un anuncio publicitario contra el consumo de cigarrillos. «Tienen razón —pensaba—, yo también tendría que dejar de fumar. Pero es difícil.» Entonces cerró los ojos y se abandonó al silencio del cuarto de baño de los gerentes, apenas profanado por el rítmico goteo de una canilla. Los mosaicos y el revestimiento de pequeñas piezas verdes de cerámica de la pared dotaban al lugar de un clima aséptico, casi hospitalario. Con los ojos cerrados sólo veía un marco verde, efecto del verde que hasta ese instante lo había impregnado, y un rectángulo multicolor que reproducía en su retina o en su memoria —¿cómo saberlo?— las páginas de la revista que acababa de mirar. Entonces se abandonó a las sensaciones del interior de su cuerpo y lo entendió por un instante como un largo cilindro recorrido por ondas descendentes de energía que lo tonificaban, que lo liberaban. Después abrió los ojos y miró el reloj. Eran las 12.55. Tiró su cigarrillo en el inodoro y se paró frente al espejo, en cuya base había un amplio lavatorio de mármol.

Hizo correr el agua de las dos canillas, la fría, helada casi, y la caliente, a más de setenta grados. No era posible abandonar la mano bajo ese chorro sin sentir que la piel enrojecía, transmitiendo una desagradable sensación de quemadura. Lavó sus manos con una crema espumosa extraída de una canilla que sobresalía del espejo, y después lavó sus antebrazos con agua tibia y agua helada alternativamente, y mojó su cara con abluciones frías y calientes hasta sentir que la circulación se estimulaba y que su piel adquiriría una imagen de salud exuberante. Se secó sin friccionar la piel. Pequeños golpes con la toalla de algodón fueron quitando los restos de humedad de la cara que ante el espejo lucía restablecida. Se puso el saco y contempló su figura. Tomando aire, alzando la cabeza, con la piel fresca ahora, se imaginó cinco años más joven que al entrar al cuarto de baño. Entonces se peinó cuidadosamente, cepillando los cabellos de sus sienes hasta dotarlos de una *souplesse* casi teatral. Erguido, elástico, como quien sale de un salón de belleza, así quería enfrentar aquel mediodía a su director.

Al salir del baño, el espejo que revestía la puerta duplicó su imagen de cuerpo entero en movimiento y se sintió un actor recién llamado a escena, no porque el Director creyese en la imagen que uno de sus gerentes predilectos podía dar. Para él, todo era una gran ficción.

—Esto es una novela, Romero —solía decir cuando las cosas no iban tan bien como hubiese querido, o cuando un logro lo llenaba de orgullo. Por eso era más difícil que otra clase de superiores, que a diferencia de su actual director operativo tomaban literalmente las palabras de la correspondencia comercial, las caras de certeza de los funcionarios, los cuerpos controlados de ejecutivos prometiendo que mediante ellos se podía controlar mejor el mundo. Para él todo era ficción, y medía a sus hombres por la habilidad con que representaban su papel:

—La representación es la misión. No hay que ser: hay que parecer más, lo que parece más es más. El que no puede parecer, tarde o temprano, tampoco podrá ser, Romero —solía repetir.

Y Fernando asentía. Pensaba lo mismo, siempre había pensado lo mismo, pero jamás habría podido expresarlo con tanta sencillez. Ahora que podía, pues para ello bastaba repetir ante sus subalternos las palabras del Director, ahora, que podía, no se atrevía a hacerlo. El Director, que lo había citado a las 13 mediante el registro de su nombre sobre la agenda computada, lo recibió a las 13.10.

—Lo hice esperar, disculpe. Hablaba con unos japoneses. Gente difícil, los japoneses.

Fernando lo miró. Asentía.

—Gente difícil —repetía el Director—. Pues bien... lo hice esperar. Mejor, ¿no es cierto? ¡Uno no hace esperar a la gente que no le gusta! Usted me gusta, Romero. Hace un buen trabajo. Eso quería decirle esta semana: ¡Buen trabajo! El viernes me llegaron sus informes. Va bien. Va adelantado varios días al pronóstico. Excelente, Romero...

—¿Los revisó? ¿Leyó los informes? —quiso saber Fernando.

—No. No tuve tiempo de leerlos, pero ya ve, ahí están ordenados.

Fernando miró el estante de la biblioteca que el director estaba señalando. Había allí unas cincuenta carpetas color sepia —las que producía su sección— ordenadas. Esas cincuenta carpetas, sus informes, resumían el trabajo de dos años.

—Sabe qué pienso...

—No... ¿Qué piensa, Romero?

—Que tampoco esta vez va a leer mi informe...

—No se lo puedo prometer. Tengo mucho trabajo. Hay unos japoneses en Buenos Aires esta semana. Tal vez lo necesite a usted respecto de estos japoneses. No hay tiempo, Romero, sepa entenderme.

—Sí, lo comprendo... Yo hago lo mismo en algunos casos.

—¿Ve...? Todos estamos igual: ¡atrapados! Pero yo estoy muy satisfecho con su trabajo.

«¿Cómo puede estar satisfecho con mi trabajo si nunca ha leído mis informes...?», pensó Fernando.

—Ya sé, Romero, usted está pensando cómo puedo estar satisfecho sin haber leído sus informes... ¿Sabe qué ocurre? No los leo porque estoy satisfecho con usted: ¡Creo en usted! Es así de fácil. Créame.

—Yo le creo, señor Boiero. En momento alguno dudé de usted, pero me ocurre a veces... pienso... y cuando me acuerdo que nadie lee los informes de mi departamento, no sé... me siento un poco... ¡inseguro! Eso: inseguro...

—Es comprensible. Pero reflexione si esa inseguridad no encubre algo más que la cuestión de sus informes. Sus informes son valiosos. Punto. Piense si no hay otra cosa...

—Estoy convencido de que no... y usted lo va a entender mejor así: si nadie lee mis informes —enfaticó—, yo soy un hombre prescindible...

—¡Pero qué boludez...! Todos somos prescindibles, pero todos somos imprescindibles. Entiéndalo: a la hora de echar a un tipo al canasto nadie se va a acordar si se leían o no sus informes. ¡Chac! ¡El tipo va al canasto...!

—Eso es cierto —reconoció Fernando, y se sintió más aliviado...

—Además... Romero... ¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta, señor Boiero.

—Vea... yo tengo cuarenta y nueve. Se imagina usted dentro de nueve años dónde va a estar... ¿usted cree que va a estar aquí? —señalaba su sillón—. No... no se engañe... no se ate las manos... Usted, dentro de nueve años va a andar por... —y señalaba hacia lo alto, y hacia el norte.

—Por qué lo dice, Boiero —había suprimido el trato de señor.

—Y, mi querido, porque en nueve años ya no va a tener techo... lo va a ver... espero estar para verlo... —dijo, y un tic sombrío recorrió su cara.

—Ojalá. Se lo agradeceré, llegado el momento.

—Bien... brindemos. ¿Quiere comer jamón o pollo?

—Pollo.

—Yo, jamón —dijo y llamó a su secretaria.

—Un pollo, y un jamón, y agua mineral —ordenó a la muchacha, sin permitir que se acercara a su escritorio, como parecía su intención. Después pidió a Fernando:

—Aguarde que voy a hacer un llamado.

Fernando se puso de pie y se acercó a la biblioteca, mientras su jefe discutía en ruso con un contratista. La biblioteca no se había modificado desde la última reunión. Un nuevo informe, escrito por él, se agregaba ahora a la larga fila de informes sepia, los de su departamento. Fernando caminó hacia la ventana y miró el puerto. Algo casual, su jefe hablaba en ruso, con una pronunciación exageradamente hispana mientras un gran carguero ruso maniobraba en la dársena norte del puerto de la ciudad. No pudo divisar su nombre pero la inscripción en la popa tenía la irregularidad típica del alfabeto cirílico. Su jefe agradecía algo, ahora en alemán, «*danke, Dankeschön...*», decía, y continuaba hablando ruso. Fernando miró la enorme bandera roja sobre la pluma que hacía las veces de mesana del carguero. Flameaba agitadamente, soplada por el viento sudoeste, el pampero.

Cuando concluyó la conversación llegó el ordenanza con la bandeja del almuerzo. El viejo empleado a esa hora vestía un saco blanco y oficiaba de mozo. Antes de agradecer, el Director observó que el almuerzo estuviese en regla.

—¿Qué quería usted...? —consultó a Fernando.

—Pedí pollo, pero es lo mismo —dijo él.

—Bien, hay pollo, está bien. ¡Puede salir! —dijo al ordenanza, que saludó a Fernando con una leve inclinación de cabeza.

Se sentaron a comer en dos sillones contiguos. Fernando enfrentaba la ventana donde los remolcadores pujaban por virar la gran mole del carguero. A su derecha, el Director miraba la bandeja: había pan negro en rebanadas y dos pequeños bols, uno con trozos de pollo mezclados con legumbres, y otro con gruesas láminas de jamón serrano. El Director comía su jamón y lo acompañaba con grandes trozos de pan. Fernando saboreaba el pollo y el gusto suave y refrescante de las legumbres.

—¿Qué tal el pollo?

—Excelente...

—Mejor así. ¿Sabe...? —dijo, apurando un trago de agua mineral mientras terminaba de masticar una porción de jamón—, le voy a hacer una confidencia... —y se quedó mirando como a la espera de que Fernando le jurase reserva.

—¿Sí...? —dijo él.

—Los rusos me tienen los huevos por el piso...

—Ah, me imagino.

—No... no se imagina..., maldigo la hora en que...

—Sí... ¿se acuerda...? Yo lo comenté una vez...

—¿Cuándo?

—En un informe... —dijo Fernando— y en una reunión cuando aquel trabajo de aleaciones livianas.

—¡Aleaciones livianas...! La puta que lo parió... leí el recorte que me mandó... ya lo había visto esta mañana... ¡la puta que lo parió! ¡Ese asunto nos va a matar a todos...!

—¿Por qué?

—Porque sí... Pero no se preocupe. Usted tenía razón. Le faltó convicción, pero tenía razón... a propósito... dígame a su mujer que en agosto van a pasar unos días a la URSS.

—¿Por qué?

—Porque hay una plaza libre... una semana... hay que visitarles una fábrica... va dos días... y después aprovecha un fin de semana de playa con su mujer en el Mar Negro... No les va a hacer mal...

—No... la verdad... no nos haría mal...

—Sí, vaya... se lo merece... pero le juro... ¡no los aguanto más...! No sé qué hacer...

Fernando lo miró, comprensivo. Después dijo:

—Si puedo hacer algo...

—No. Nadie puede hacer nada. Pero me va a tener que dar una mano con los japoneses.

—¿Qué precisa...?

—Nada técnico, una cuestión de barcazas... ¿sabe algo de eso...?

—No. ¡Nada...!

—Mejor... lo preciso para hacer un poco de relaciones públicas... ¿Sabe japonés?

—No.

—Yo tampoco. Hablémosles en inglés... les hace bien. Se acuerdan de la guerra... y se portan mejor...

—¿Qué debo hacer?

—Después lo arreglamos. Mañana o pasado nos reunimos y planeamos algo. ¿Sabe una cosa...?

—¿Qué?

—Los japoneses me tienen los huevos por el suelo...

—Me imagino —dijo Fernando.

—No. No se imagina. Son lo peor que existe, los japoneses.

Después llamó el teléfono. Mientras terminaba de comer su pollo, Fernando escuchó a su jefe discutir en inglés con una exagerada pronunciación hispánica. Por la mirada del Director comprendió que estaba hablando con alguno de sus japoneses y lo compadeció. Después encendió un cigarrillo, un 555, y le ofreció fumar con una seña. El Director negó con un movimiento enérgico del dedo índice de su mano derecha y cuando terminó de hablar exhaló un suspiro y volvió a su lugar en el sillón:

—Ya viene el café... —prometió.

—¿Quiere fumar? —volvió a ofrecer Fernando.

—No. Basta. Dejé de fumar: el cigarrillo me tenía la pelota por el piso. Basta, ¡me cansé de eso!

—Sí... yo también a veces pienso dejar de fumar.

—No... usted no... fume usted. Usted es joven. No tiene problemas... ya va a tener necesidad. Ahora fume... ¡hágame caso...! —parecía rogar el Director. Fernando pensó que de no mediar la llegada del ordenanza trayendo el café hubiese seguido aconsejando que no dejase de fumar.

Mientras bebían el café, el Director se levantó y con la taza en la mano se acercó a su sillón.

—Dígame la verdad, Romero. ¿Usted... está bien... está satisfecho...? —y gritó—: ¡pero no me diga nada de los informes! Más a fondo: ¿está satisfecho?, ¿en lo sustancial?

—Sí... —dijo Fernando—. ¡Estoy satisfecho!

—No se preocupe... lo veo integrado... no es que sospeche nada... pero quiero saber... ¿está bien en la compañía?, ¿en lo personal?

—Sí... ¡muy bien!

—¿Ningún problema?

—No —dijo Fernando.

—Eso esperaba de usted. Por eso usted me gusta. Así que no rompa los huevos con los informes. ¡Trabaje bien! ¡Y deje lo demás por mi cuenta...! ¿Eh...?

—¡Bueno! Gracias —dijo Fernando.

—Siempre pensé que usted era una persona inteligente, un fuera de serie, Romero...

—Gracias...

—Y cualquier problema, dígamelo... pero nunca más los informes, ¡eh! ¡Nunca! No los nombre.

—No —dijo Fernando y bebió el café mientras su jefe caminaba hacia la ventana. Ahora lo miraba desde la ventana, y Fernando sintió que debía decirle algo.

—A propósito. ¡Un pequeño problema! Hoy... —dijo y vaciló.

—Sí... cuente, ¡cuénteme...!

—¡Hoy tuve un poquito de vergüenza...! —reconoció Fernando.

—¿Cómo?, ¡cuénteme! Quiero saber... ¿qué le pasó?

—Tuve un poquito de vergüenza, me sentí mal... —confesaba Fernando, y contó el episodio del contraste de su automóvil blanco con tantos automóviles nuevos azules.

—Ese es un problema, lo comprendo. Yo tengo un Rover inglés, azul. No sé qué haría si me hubiese comprado uno blanco... —decía el director.

—Ese es mi problema. No es grave...

—Pero por qué no lo solucionamos... ¿conoce el *car two*?

—No.

—Mmmmm —pronunció el jefe reflexionando—, sí... eso... el *car two* es lo que le conviene.

—¿Qué es el *car two*? —quiso saber Fernando.

—¿El *car two*? —pareció preguntarse el Director—. El *car two*, Romero, es un plan nuevo que presentó el directorio, lo están probando con los ejecutivos de la planta de Lomas de Zamora, y usted puede entrar, le cuadra justo a su categoría...

—¿Y qué es?

—Es un plan para la compra del segundo automóvil de los ejecutivos. Le entregan el equivalente de seis sueldos y le descuentan un diez por ciento de lo que cobra durante setenta meses. De esa manera, usted puede comprar un segundo automóvil, y elegirlo del color que se le antoje.

—Es buena idea, pero no necesito tanto dinero, porque vendiendo mi coche...

—No... su coche no lo puede vender... porque si no tiene un coche no puede entrar en el *car two*.

—Es absurdo —dijo Fernando—. ¿Quién me impide vender mi coche después de haber comprado el otro...?

—Nadie, el convenio lo prohíbe. Usted sólo puede vender... —dudó—, a ver... déjeme pensar... ah... claro: usted sólo puede vender su primer automóvil para comprar un tercero, si no, pierde la opción del *car two* y tiene que reponer el dinero...

—Pero es ridículo... ¿qué importa si un auto es el único o no?

—No importa, pero el plan es *car two*, simplemente para el segundo coche de la familia, mal podrían aplicar el plan del segundo coche para que alguien compre el primero. Para eso está el *car skim*... Pero con el *car skim* no se puede vender el coche hasta el mes 35 ni después del mes 55, no lo olvide.

—Cierto, eso es el *car skim*, ¿el *car two* es igual? —consultó Fernando.

—No sé, creo que es parecido... ¿pero a qué joder, hombre...? ¿Por qué no le deja ese coche a su mujer y se compra algún coche azul, un Ford, o un Mitsubishi...?

—¡Porque a mi mujer no le gusta manejar...!

—Ah, veo... entonces no entra en el *car two*... —dijo el Director y miró su reloj.

Eran las dos de la tarde. El Director esperaba la visita de otro gerente, Gibson.

Al salir del despacho Gibson lo saludó con un apretón de manos. Era su compañero, compartía con él y con otro hombre de su edad la gerencia del área de informes técnicos.

6. Querer

Ya no lo preocupaba el color de su automóvil. Estaba decidido a comprar un nuevo modelo azul. De regreso a su despacho pidió a Marisa que le averiguara las características del régimen *car two* consultando a algún funcionario subalterno de la división personal. Después se corrigió.

—Mejor... pídale a la secretaria del jefe de bienestar si no tiene algún material impreso sobre *car two*... —ordenó.

La secretaria prometió que en el curso de la tarde informaría los resultados de su gestión en el piso dieciséis, donde estaban las oficinas de la división personal.

Mientras revisaba el borrador del informe que debía presentar el siguiente lunes se sintió interrumpido varias veces por la curiosidad sobre el nuevo sistema para la compra de automóviles. Lo preocupaba conocer el motivo por el cual el régimen sólo era aplicable para el segundo automóvil. ¿Por qué no para cambiar el único automóvil de los que tienen solamente uno...?, se preguntaba. Tal vez había un motivo de política de personal que no alcanzaba a comprender o tal vez fuese un error en la definición del sistema. En tal caso sería imposible modificarlo: era más fácil, según su experiencia, cambiar o transgredir los requisitos de un régimen cuando estos obedecían a un fundamento real que cuando eran producto de la arbitrariedad, o del azar de la redacción de las cláusulas.

El informe estaba bien. Ahora sólo le restaba esperar que lo copiasen a máquina, revisar la tipografía en la que serían presentadas sus tres copias y ordenar su impresión en alguna de las terminales impresoras del piso. Eran las dos y media y esperaba la información de la oficina de personal que su secretaria gestionaba por teléfono, cuando se presentó Gibson en su despacho. Saludaba:

—Permiso... ¿estás libre...?

—Sí... creo que no tengo trabajo hasta el jueves... ¿y vos?

—Yo tampoco. El miércoles tengo una reunión con los franceses. Después estaré libre de nuevo hasta el lunes...

—Mejor, ¿no...?

—Sí... más tranquilo... ¿hay café?

—Sí... tengo que pedir... pero mi secretaria está haciendo un trámite con personal...

—¿Con personal...? ¿Qué pasa?

—Nada... estoy averiguando sobre el *car two*...

—¿Qué? ¿El *car two*...? ¿Cómo te enteraste?

—Me dijo el Director... Parece que se comenzó a implantar...

—Sí... creo que desde hoy, o desde mañana. ¡Yo me voy a anotar!

—Pero vos tenés dos autos...

—Sí... pero voy a vender el Ford y voy a comprar un Station Wagon para mi mujer... por los chicos... —explicó Gibson.

—Claro... —asintió Fernando. Ahora recordaba que Gibson tenía cuatro hijos.

—¿Y vos te vas a meter? —quería saber.

—Sí... quiero cambiar el auto.

—Pero no podés cambiar...

—Sí... ya sé... estoy averiguando eso... parece que no se puede...

—No, no se puede... no sé por qué... me gustaría averiguarlo —dijo Gibson. También a él le llamaba la atención la condición impuesta para el nuevo régimen.

Entonces Fernando dijo que debía tratarse de un error cometido en la redacción de las cláusulas, pero que con esa limitación se perdía buena parte de las ventajas del régimen.

—Claro... —dijo Gibson—, ¡quedás atado...!

—Sí, ¡atado! —dijo Fernando y entonces explicó su plan: compraría un nuevo automóvil, después haría pintar su viejo automóvil de un color de su agrado y usaría los dos alternativamente.

—Aprovechá... si podés... No es mala idea.

—Sí... poder puedo.

—Claro... vos no tenés hijos —dijo Gibson y confesó que muchas veces había pensado en él con envidia, pues el sesenta por ciento de su sueldo se consumía en los gastos provocados por sus hijos.

Fernando respondió que era una cuestión de elección y que no tener hijos fue una decisión temprana en su matrimonio, a la que se habían mantenido fieles, y nunca había envidiado la situación de los hombres con hijos. No obstante, por cortesía, para corresponder a Gibson, repitió:

—Se quiere lo que no se tiene, pero yo no daría el sesenta por ciento de mi sueldo por tener hijos y vos no cambiarías a tus hijos por el sesenta por ciento de tu sueldo... ¿o me equivoco...?

—No... no te equivocás... es así, ¡pero vos vas a dar el diez por ciento de tu sueldo por un auto...!

—Tenés razón... no lo había pensado —respondió Fernando y calculó: «un auto es igual a un sexto de cuatro hijos, es decir, dos tercios de hijo, poco más o menos», y recordó la variación de fórmulas matemáticas de la teoría del valor, desde Smith y Ricardo hasta los contemporáneos. Gibson había preguntado algo.

—¿Cómo...? —reclamó Fernando, para que su compañero repitiese la pregunta.

—Te preguntaba que qué vas a hacer...

—Y... inscribirme, ya lo tengo decidido...

—No... quería saber qué vas a hacer hoy...

—Nada... inscribirme si comienzan a entregar formularios, y a las cuatro me iría para mi casa, ¿por qué...?

—Para saber. Yo también, me iré a las cuatro. Después voy a jugar tenis.

—Yo voy a descansar. No tuve un buen día... —mintió Fernando.

—Sí... los lunes son siempre iguales —dijo Gibson. Iba a agregar algo cuando se anunció la secretaria:

—Con permiso —gritó desde la puerta.

Traía un folleto de tapas rojas, en las que se leía: «*Car Two*: un nuevo estímulo».

Gibson y Fernando se disputaron el folleto. Fernando, con una seña, le propuso que lo leyesen juntos, de pie, frente a su escritorio. Salió la muchacha mientras ellos revisaban la media docena de páginas compuestas por detalles de las condiciones y requisitos del plan. Cuando terminaron de interpretarlo eran las tres y media de la tarde y bajaron juntos a la oficina de personal para reclamar sus solicitudes. La empleada les informó que aún no se habían impreso, que estarían durante las últimas horas de la tarde del día siguiente, el martes. Gibson comentó:

—Nunca hacen las cosas bien...

—Bueno... ¡un día no es tanto...! —disculpó Fernando.

—No... no es tanto... ¿pero te das cuenta que lo hacen para tenerte pendiente, para hacerte sentir que son ellos los que pueden disponer de uno...?

—No se me había ocurrido... pero es posible —dijo Fernando y miró el reloj. Ya era hora de salir.

7. Tener

Le gustaba ese horario. Saliendo a las cuatro de la tarde evitaba el bloqueo de tránsito que se producía al oscurecer y podía llegar a su casa en diez o quince placenteros minutos de manejo de su auto. Los empleados de menor jerarquía trabajaban hasta las cinco. En cambio, los gerentes de división y los directores, a cuyo rango esperaba ascender ese año, tenían horarios libres y solían marcharse después de las siete, aunque la mayoría aprovechaba las últimas horas para jugar al ajedrez o ir a los baños turcos y al sauna del piso 27 y después se reunían para beber con los otros directores o a cambiar ideas en el bar contiguo a la Presidencia. Al pensar en su ascenso recordó su charla con Gibson. Uno de los dos ascendería ese año, y el Director, Boiero, no perdía oportunidad de sugerirle que el elegido sería él. Hacía un trabajo más satisfactorio, tenía un año más de antigüedad, y no tener hijos lo convertía en un hombre disponible para viajes y servicios de atención a clientes y proveedores. Pero no confiaba demasiado, ni le importaba ser promovido ese año. No necesitaba el incremento de sueldo, que era el móvil de todos sus colegas, y estaba convencido de que tarde o temprano el ascenso se habría de producir. En cambio, Gibson parecía ansioso por ser el elegido. Tal era el significado de su larga conversación de aquella tarde y su velada protesta contra la oficina de personal. «Si hubiese permitido que continuara con el tema —pensaba Fernando—, acabaría exigiéndome que yo también me pronunciase contra la administración de personal. Y eso sería un punto en mi contra que él se apresuraría en hacer notar a los directores». Debía cuidarse.

Dejó el carril de los ochenta kilómetros por hora y pasó al siguiente, al de cien kilómetros por hora. Conducía en cuarta, rebajó a tercera y aceleró a fondo. En pocos segundos su Ford corría sereno a ciento diez kilómetros por hora. Encendió la radio: emitían un fragmento de un cuarteto de Schubert, el *allegro*, apto para esa sensación. Después debió pasar al carril de cuarenta kilómetros por hora para dejar la autopista en la salida que conducía a su casa.

Le gustaba mucho esa salida: el carril de la autopista se transformaba en un estrecho camino enmarcado entre dos barandas de hormigón, después

descendía bruscamente en una pendiente muy aguda donde el automóvil aceleraba como empujado por una mano divina, y entraba en la curva, cuya inclinación era tan pronunciada que resultaba innecesario dirigir el volante. Solía tomar esa curva a cincuenta o sesenta kilómetros por hora, seguro, pues metros adelante, el camino de salida de la autopista enfrentaba una barranca que reducía la velocidad del automóvil a treinta kilómetros por hora en un par de segundos. Fernando disfrutaba la sensación de bajar, doblar, subir, acelerar y frenar sin tocar los comandos del auto.

Desde allí se divisaba su casa, la calle principal del conjunto de viviendas tan parecidas, con frente de ladrillo rojo y altillos revestidos de pizarra azul oscura. Antes de llegar, oprimió el botón del comando radial de la puerta de acero de su garaje, de modo que al dejar la calzada el gran portón se había levantado y pudo ingresar a la casa sin siquiera detener la marcha del Ford. Cuando apagó el motor el portón se cerraba solo, automáticamente.

Desde el garaje pasó al patio trasero de su casa. El setter Dick corrió a saludarlo sacudiendo la cola pero se negó a pasar con él al interior.

—¿Qué pasa, Dick? ¿Hay alguien? —dijo Fernando—. Vamos, ¡pasá! —ordenó poco después señalando la puerta. Pero el setter se negaba a entrar—. Ah... debe haber alguien... ¡qué maricón...! —reflexionó en voz alta, mientras el setter lo miraba.

Dick no se atrevía a entrar a la casa cuando había visitantes, tal vez a causa de un mal trato recibido cuando cachorro. Quizás el mismo Fernando le habría ordenado que se marchase alguna vez, en presencia de visitantes, y esa orden grabada en la memoria del animal producía el hábito que ahora resultaría imposible de erradicar. Fernando entró solo a la cocina.

Desde el living llegaban voces femeninas, simultáneas, chillonas. Sobre la mesada de acero inoxidable, un papel decía: *Hay comida en la heladera, atendete solo, tengo reunión de PEO hasta las cinco y media*. Entonces comprendió el comportamiento del perro: había una reunión de PEO y el animal, ante tantas mujeres, no se atrevía a entrar. Cerró la puerta que comunicaba con el living y llamó:

—Dicky, Dicky, Dicky. ¡Venga acá!

El animal se aproximó, temeroso. Fernando le acarició el lomo y lo animó a entrar con unas palmadas que restablecieron el movimiento excitado de su cola. Después abrió la puerta que comunicaba con el living y en puntas de pie subió la escalera, seguido por Dick. Desde lo alto, espío la reunión, había más de veinte mujeres.

Como un perro que teme inmiscuirse en una fiesta en la que si se advirtiera su presencia sería castigado con un grito o un puntapié del amo, Fernando entró en su habitación sin hacer ruido. Se desnudó y colgó su ropa en el placard. El perro lo miraba y levantó una pata delantera, significando que quería subir a la cama. Fernando se encogió de hombros y el perro pareció comprender su gesto y saltó a la cama que Fernando compartía con su mujer, para mirar desde allí cómo el humano calzaba un par de zapatillas y se vestía con un viejo pantalón de lana y una campera de pesca, azul. Subían desde el salón los gritos de las mujeres, simultáneos, chillones. PEO —«Para El Otro»— era una logia femenina en la que Rita había ingresado hacía pocos meses. Ni ella ni su marido conocían los objetivos de la organización, pero las mujeres que aparecían públicamente como sus auspiciantes, y las dos amigas que habían incitado a Rita a integrarse con ellas, eran personas honestas, de conocida trayectoria, y una de ellas era la esposa del director Horgan, su anterior jefe en la oficina.

Rita trabajaba poco, tenía tiempo libre, y como muchas mujeres sin hijos, o con hijos mayores, necesitaba llenar sus tardes con actividades sociales. Jugaba al tenis, como él, y tenía sus clases de danza y gimnasia, pero siempre sintió que algo le faltaba y trataba de obtenerlo con visitas a parientes y amigas hasta su ingreso en PEO. Sí, Fernando estaba satisfecho con esa nueva actividad de su mujer.

Eran las cinco menos cuarto y no tenía hambre. Las mujeres se marcharían a las cinco y media, tenía tiempo de dar un paseo a pie con su perro. Lo estimuló:

—¡Vamos, Dick, vamos! ¡Vamos a dar una vueltita...!

El perro dejó su puesto en la cama y comenzó a dar saltos rondándolo y lamiendo las mangas de su campera. Al bajar la escalera, ya no le importaba a Fernando que las mujeres lo viesan ni que oyeran su diálogo con Dick.

—Vamos, Dicky, Dicky, Dicky... —dijo, cuando pasaron a la cocina para dejar la casa por la salida posterior, que daba al parque del club de golf.

Caminar por el campo de golf, a esa hora, en un atardecer de invierno, era uno de los mayores placeres que conocía Fernando. El cielo estaba azul, sin una nube. El pasto, seco, le transmitía su tacto áspero a través de la suela de las zapatillas. Una larga hilera de casas, entre ellas la suya, impedía ver más allá: la autopista, los barrios humildes aledaños. Frente a él, otra larga fila de árboles: eucaliptus, acacias altas, coníferas de distintas especies, marcaba un horizonte vegetal tras el cual nadie imaginaría que otra larga fila de casas y otra autopista separaban el campo de un caserío que fuera hasta poco tiempo

atrás una zona de pantanos rellena con la basura de la gran ciudad. El sol caía entre los árboles, rodeado de un fondo cóncavo de cielo rojo y naranja de base amarillenta. El viento sudoeste había calmado, era ahora una brisa fría que anunciaba que la noche sería muy fresca, con un cielo translúcido superpoblado de estrellas. Sería una noche apta para sintonizar un programa de televisión extenso, una ópera o alguna obra de teatro clásico. El perro corría tras algo que podía ser un ratón, un cuis, o tal vez un pájaro impedido de volar.

Era un pájaro, Fernando gritó:

—¡Dick, venga aquí...!

Pero fue demasiado tarde, Dick llevaba el pájaro en su boca y sacudía la cabeza, satisfecho. Cuando lo abandonó, cerca de un pino donde no crecía el pasto y el suelo era una superficie de tierra pétreo rodeada por un círculo de agujas color marrón, el pájaro no vivía, su pico apuntaba hacia el cielo y la cabeza ridículamente apoyada sobre un ala se mantenía unida al pequeño cuerpo por una tira de plumas sanguinolenta.

No lejos de allí, dos hombres practicaban lances de golf, escoltados por dos muchachitos de piel oscura que transportaban bolsos con palos de golf de diferentes formas. Los hombres advirtieron la presencia del perro y temieron por sus pelotas: uno de ellos señaló a Dick y cambió unas palabras con los muchachitos, que llamaron a Fernando con ademanes.

Fernando se dirigió al grupo:

—No se preocupen... no agarra las pelotas, está enseñado...

—¡Ta bien...! —dijo uno de los muchachos.

—Disculpe, señor —dijo uno de los jugadores—, es por seguridad, ¿se imagina un pelotazo...? ¡Puede matar al pobre animalito...! ¿Qué es? ¿Setter?

—Sí... —dijo Fernando y especificó—: setter inglés...

—Gran perro —dijo el señor.

—Muy lindo —dijo su acompañante.

Entonces Fernando les deseó buena suerte y siguió caminando hacia la larga fila de construcciones idénticas a las de su barrio. Había resuelto retornar a su casa por la avenida evitando cruzar el campo de golf para no alterar el juego de aquella gente tan amable.

Por la vereda de mosaicos rojos ya no sentía el tacto áspero del césped a través de la suela de sus zapatillas. Sentía ahora la trama geométrica de la superficie del mosaico superponiéndose con la trama antideslizante de la cara externa de la suela de sus zapatillas. Duro, el mosaico golpeaba duramente el blando suelo de sus pies al marchar, mientras Dick parecía reprocharle el

nuevo camino elegido, sin ratones, insectos ni pájaros que perseguir. El animal se detuvo junto a un árbol, una acacia, y simuló orinar alzando su pata y fijando una mirada inexpresiva sobre su amo, que siguió su camino y cuando había recorrido un centenar de metros emitió un agudo silbido y gritó:

—¡Dick...! ¡Venga...!

Y entonces el animal, que se había detenido a olfatear un cerco de ligustros, corrió hacia él y no volvió a alejarse de su lado en toda la marcha.

Al llegar a su casa Fernando vio partir a cuatro mujeres. Iban hablando en voz muy alta, simultáneamente, sentadas en un automóvil color azul que aceleró rumbo a la autopista.

Antes de abrir la puerta, Fernando se cercioró de que no quedasen más visitantes. Eran las seis menos cuarto, debían haberse marchado, pero la inquietud que manifestaba Dick le hizo temer a él, a su vez, que pudiese quedar alguna rezagada. En efecto, se aprestaba a abrir la puerta del frente cuando la abrieron desde dentro dejándolo con la llave en la mano y la expresión de asombro que minutos más tarde le reprocharía su mujer. Salía de la casa una mujer gruesa despidiéndose ruidosamente. La voz chillona asustó a Dick, que pasó entre las piernas de su amo y las de la mujer y corrió a refugiarse bajo un sillón, en el living. Rita los presentó.

—La señora de Conde, mi marido.

—Encantado —dijo Fernando.

La señora habló:

—Ay... es un placer... qué linda casa tienen... no van a dejar de visitarme alguna vez, a mi marido le va a encantar conocerlo a usted, señor Romero, él es químico, pero trabaja en Xerox, es jefe de ventas... lo debe haber oído nombrar... ¡es Julio Conde!, ¡mi esposo!, ¡va a estar encantado de conocerlo...! Fue linda la reunión... ¡Lástima que los maridos no puedan estar...! Sería bueno, ¿eh, Rita...? ¿Te imaginás, querida, tu marido y el mío, aquí viéndonos en la reunión...?

Fernando la escuchaba con la llave oprimida en su mano izquierda. La verbosidad de esa mujer le evocaba un recuerdo penoso pero no podía establecer cuál, se disculpó:

—¿Y el perro? ¡Perdonen!

—¡No sé! —dijo su mujer.

—¿No estará en el living...? —dijo y entró corriendo, como si fuese a castigar una falta del animal y se libró de la señora de Conde. Estaba cansado.

Se sentó frente a su perro en el sillón. El animal jadeaba. Él estaba levemente agitado, extendió sus piernas sobre el brazo del sillón y exhaló un

suspiro. Hasta allí llegaba la voz de su mujer despidiendo por tercera o cuarta vez a su visitante. En el living había olor a reunión de mujeres. «Es curioso — pensó—, es como si existiera el olor blanco, eso es lo que se huele cuando se mezclan los olores de todas las mujeres: un olor vago, a mujer...» ¿Olor a qué? Parecía contener notas de lavanda, de pino, de flores, de hierbas, de limón, de manzanilla, de eucaliptus y de menta, pero la mezcla daba sólo un olor vegetal. Parecía olor a piel de visón, a cuero de tapicería, a apresto de tela sintética, a seda cruda estampada con tinturas naturales y a lana salvaje, pero mezclado era sólo olor a indumentaria. Parecía oler a animal, a vaca, a yegua, a gato de angora y a lechigada de ratones recién nacidos, pero era imposible fijar la atención en uno solo de esos posibles olores, era simplemente olor a animal, olor a lo que un experto perfumista imaginaría que es un animal. Era un olor dulce, amargo, agrio, astringente; sedante, excitante, definitivo e impalpable. Era, en suma, olor a olor, a eso olía el olor a mujer, es decir, el olor que deja una reunión de mujeres que usan diferentes perfumes: olor a vieja.

Llegaba Rita:

—Hola... —dijo, y besó su mejilla y se tendió en el sillón de enfrente—. ¡Me muero de agotamiento...!

—También... aguantar... —la compadeció él.

—No... si es gente muy amable... pero fue muy tenso... era el primer ejercicio...

—¿Y cómo te fue?

—Maravilloso... ya te cuento... —dijo y se quitó los zapatos.

Masajeando sus pies, contó que le había ido muy bien, que había atendido sola a esas treinta mujeres («¡Treinta!», exclamó asombrado Fernando, mirando a Dick, como si ahora lo compadeciera más), que la reunión había sido un éxito, que sus «hermanas-guardianas» —las mujeres que la presentaron en la logia— estaban contentas y que la habían felicitado, pero que ahora estaba muy cansada y quería saber qué novedades traía él de la calle.

—Nada... todo está bien. Una buena noticia ¡nos vamos a pasar una semana a Europa en agosto!

—¡Ay! ¡Qué amor...! —exclamó masajeando sus pies.

Después preguntó:

—¿A qué parte?

—Ah... a Rusia —dijo Fernando fraguando una sonrisa.

—Uy... ¡Qué aburrido...!

—No... no creas... tomamos el centro de la estación de verano, vamos a estar en Kiev y en Odesa, es muy lindo.

—¿De veras? —quiso saber ella. Dudaba.

—Sí... es maravilloso... —dijo él, convencido.

Entonces ella desdibujó de su cara la imagen decepcionada que poco antes la había recorrido y dijo:

—Es una suerte... ¿no?

—Claro que es una suerte... vamos a descansar... Además —dijo él— hay otra noticia.

—¿Sí...? ¿Cuál?

—No te va a interesar —dijo él—. ¡Cambio el auto!

—¡Pero si acabás de cambiarlo...! —parecía reprochar.

—Sí, pero voy a comprar otro... —afirmó él.

—¿Por qué...?

—Por un plan nuevo que salió en la oficina... es muy conveniente.

—¿Y vendés este? ¿No...? —Parecía temer la confirmación de ese «no».

—No... por el momento no pienso venderlo —confirmó él.

—¿Qué vas a hacer con dos coches...?

—¡Nada! Tenerlos...

—Pero es el doble de impuesto, el doble de patentes, es un trastorno...

—Sí... pero es un buen negocio. ¡Ya vas a ver...! Además...

—¿Además qué? —preguntó ella, ofreciendo el perfil de su cara y mirándolo con el rabillo de su ojo izquierdo.

—Nada... además... si vos querés, podés usar uno vos...

—Sos loco... hay ómnibus... hay amigas... estás vos... no pienso usarlo. ¡Usalos a los dos autos vos! —dijo. Parecía enojada.

—Y bueno, algunos días usaré uno, otros días usaré otro —dijo Fernando, y se recostó, apoyando la nuca en las palmas de sus manos a manera de almohada, mirando el cielo raso, como si en él estuviese contenido el infinito (¿lo estaría?).

—Es raro... —dijo poco después, siempre mirando el techo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—El olor. Había mucho olor a perfumes y cosas de mujer... es raro que ninguna haya fumado en la reunión...

—Ah... es porque no se permite.

—¿Cómo no se permite? —dijo y miró a su mujer.

—No. No se permite fumar en los encuentros de PEO: ¡es la norma!

—Claro... por eso no hay olor a cigarrillo... pero es raro ¿no? Ver tanta gente reunida y que no quede olor... —Pensaba en voz alta y volvió a mirar el techo.

Tensos, los brazos casi sostenían su cabeza formando un arco bajo la nuca. Las manos unidas, los dedos entrelazados: no estaba el infinito en el cielo raso. Lo estaría, sí, si pudiese fumar. Pero sus cigarrillos estaban lejos, en un bolsillo de su saco, colgado de una percha, en el piso de arriba. Y si tuviese los cigarrillos cerca, tampoco podría fumar sin abandonar esa posición horizontal, con su boca entreabierta, mirando el techo, con las manos haciendo las veces de almohada. Quería fumar. Entonces imaginó que tenía otro brazo derecho, semejante a su brazo derecho, tal vez más delgado, que partiendo del costado derecho de su cintura podía extenderse, tomar un cigarrillo, hacerlo girar para ablandarlo entre su dedo índice y su dedo pulgar, llevarlo lentamente a la boca, encenderlo después y después sostenerlo cerca de la cara mientras el humo pasaría por su cuerpo y al salir de la boca volaría al techo, buscando el infinito.

Entonces se incorporó y dijo a su mujer:

—Subo a buscar los cigarrillos.

Ella no respondió, lo miró irse y después cuando lo vio volver fumando y sosteniendo un paquete de cigarrillos y su encendedor de plata en la mano derecha pidió:

—¡Dame un «*three fives*»...!

Y él le alcanzó su cigarrillo humeante y prendió otro para sí y volvió a acostarse. Esta vez, no eran sus manos sino el brazo derecho del sofá lo que sostenía su nuca. Estaba cómodo. Fumando, contó que durante el paseo de esa tarde Dick había cazado un pájaro. Omitió decir que el ave estaba herida, o enferma, y que no volaba. Dio en cambio un detalle preciso de lo que suponía había sido el sacrificio:

—... se puso la cabeza del pájaro en la boca y sacudía el hocico, excitado, contento. El propio peso del cuerpo del pájaro, revoleado por el movimiento del hocico de Dick, acabó por quebrar su cuello, y así lo mató, cortándole el cogote...

—¿Y vos qué hiciste...? —preguntó ella. Pitaba nerviosamente el cigarrillo.

—Y... yo le gritaba, lo llamaba, le ordené que lo soltara, ¡pero no me hizo caso...!

8. Jugar

—Es cruel —dijo ella, pero él no respondió. Miraba la tenue columna de humo del cigarrillo trepando hacia lo alto, su cabeza apoyada en un brazo del sofá. Después de un rato prosiguió Rita, como respondiéndose:

—Cruel no él, no quise decir que él era cruel: digo que es cruel que pasen estas cosas... —y después agregó—: pero es una tontería. ¡Siempre es igual...!

Fernando pensó que su mujer esperaba una respuesta. Debía hablar. Faltaba su palabra, sentía eso en el aire. Habló:

—¿Y en la reunión... qué hicieron...?

—Hicimos un DAR, salió maravillosamente bien.

—¿Un «dar»?

—Sí: se hace una vez por mes. Esta vez era el primero del año y me tocó organizarlo a mí... fue magnífico.

—¿Qué es un «dar»...?

—Una ceremonia... es un trabajo de evolución, una prueba que damos las Hermanas. Vinieron quince.

—¿No eran treinta...? —sospechó él.

—No, quince Hermanas, de la logia. Cada una trajo a una amiga que no es de la logia. ¡Fue espléndido...!

—¿Por qué «espléndido»?

—El resultado espléndido. Salió todo bien... a veces falla, esta vez fue fantástico...

Fernando la miraba, no comprendía qué era un DAR, quería saber...

—Fue fantástico —seguía ella—. ¡Gané treinta millones!

—¿Pesos?

—Sí... treinta millones pesos...

—¡Eso es mi sueldo!

—Qué... ¿tanto ganás...?

—Sí... en la planilla... claro... es mi sueldo... sin descuentos es eso...

—Es mucho... para un sueldo.

—Puede ser... ¿pero cómo ganaste vos treinta millones? ¿Les cobrás un millón la entrada...?

—No —dijo ella, y finalmente accedió a explicar qué era un «dar», eso a lo que llamaba «una ceremonia».

—Es —explicaba— una ceremonia de evolución, un acto en el que las presentes observan lo que sucede con los demás y con ellas mismas, y de ese modo cambian. ¿Entendés? —preguntaba.

Fernando dijo que sí. Ella explicó que cada una de las quince hermanas —miembros de la logia— debía llevar a una amiga a la reunión, y que cada una de las treinta visitantes de la casa de la organizadora debía concurrir con un objeto de uso doméstico que «quisiese mucho» (Fernando preguntó qué significaba «que quisiese mucho» y ella dijo que significaba «que tuviese cierto valor sentimental», o de uso, o que fuese caro. Fernando preguntó «cuánto de caro» y ella dijo «más de un millón y medio pesos, por lo menos»). Cada asistente, como pudiese, debía presentar el objeto que había llevado a la reunión, y hacer su elogio y contar su historia. Después, mediante una planilla especial que cada mujer llenaba, se establecía un *ranking* de objetos deseados. Esa era la segunda parte de la ceremonia. La primera se llamaba «*alabanza*»; la segunda, la del llenado de la planilla, se llamaba «*vocaciones*». La planilla permitía determinar qué objeto, de los llevados por cada una de las concurrentes, era deseado por cada una de las otras. «Naturalmente —decía Rita— casi todas deseaban los mismos objetos, los más lindos, los de más valor...» Entonces se procedía a votar y cada una realizaba pequeños renunciamentos a los objetos más deseados, para obtener, en el reparto que seguía a las «vocaciones», alguno de los objetos de primer rango de deseo, puesto que ninguna se sentía merecedora de los mismos. Mediante «apuestas», es decir, abandonos de la «vocación» de lograr otro más deseado, se llegaba a la pronta determinación de un objeto para cada una de las concurrentes. Entonces las demás renunciaban a la posesión de los objetos que habían traído y se llevaban los que les habían tocado en esa suerte de «selección». El éxito de la ceremonia se evaluaba por la proporción de mujeres que llevaban a su casa el objeto que más desearon en su transcurso, durante la fase de las vocaciones. El ideal —imposible— sería que cada una de las treinta se llevase el objeto que más deseó. Ese ideal —inalcanzable— era llamado «*paraíso*». El peor resultado, llamado «*muerte*», se producía cuando nadie obtenía el objeto que más deseó, el que primero ordenó en su *ranking*, también «imposible», según sostuvo Rita.

—No lo creo... generalmente ocurren las cosas peores —dijo Fernando.

—Puede ser, la experiencia de la logia es que no.

—¿Y cómo ganaste treinta millones?

—Es lo que queda, pues cada mujer compra a la dueña anterior el objeto que le tocó en la última fase de la ceremonia...

—¿Y el dinero?

—El dinero —respondió Rita— queda para la logia, para la organizadora del DAR de ese día...

—¿Para vos?

—Sí, para mí quedan veintisiete millones, tres debo entregárselos a Sonia, la señora que me presentó en la logia...

—¿Y el resto?

—Es mío... y después —narró con entusiasmo— a lo largo del año, las quince mujeres nuevas, a medida que ingresan a la logia deben hacer un DAR en sus casas, y cada una de ellas debe transferirme tres millones como yo le daré a Sonia.

—¡Otros cuarenta y cinco millones...! —exclamó Fernando, sorprendido.

—Sí, mejor dicho, no, otros treinta, porque yo debo darle quince a Sonia...

—Ah... —dijo él— pero te quedan treinta...

—Sí, treinta, y el próximo año...

—¿Lo hacen de nuevo? —interrumpió él.

—No, lo hacen las otras, las mujeres que fueron a la reunión de las que vinieron hoy a la reunión...

—Y ahí te toca... ¿algo?

—Claro, ellas entregan a sus reclutadoras, que me entregan a mí...

—¿Cuánto te toca?

—Y ¡calculá! Quince por cada una son más o menos cincuenta millones.

—¿Todo eso para vos?

—No... no te olvides que de esos yo debo darle a Sonia...

—Ah... comprendo... pero...

—Claro... pero el otro año, yo voy a estar en la situación de Sonia, voy a recibir el diez por ciento del tercio del diez por ciento de lo que recaudan las setecientas cincuenta en sus reuniones...

—Y de eso, ¿algo le toca a Sonia...?

—Claro... el diez por ciento de mi tercio...

Fernando estaba asombrado. Quería saber cómo garantizaba la logia que ella acabaría recibiendo esas proporciones.

—Por LA LEY, es uno de los misterios de la logia que este ejercicio explica muy bien... el misterio dice: «Todo es ensamble...».

—Todo es ensamble —repitió él, y siguió mirando el techo.

—Claro —dijo ella—, ¿comprendés...?

—Sí, creo que sí... —dijo Fernando, y encendió dos cigarrillos y sin abandonar su posición reclinada sobre un brazo del sofá, extendió uno a su mujer.

—¿Qué pensás...? —preguntó ella mientras tomaba el cigarrillo.

—Me acuerdo del pájaro... del pajarito que cazó Dick...

—¡Es cruel...!

—Sí, me pregunto por qué a veces... —dijo él y calló.

—¿Estás cansado? —preguntó ella.

—No. ¡Pensaba!

—¿No tenés ganas de algo...?

—Sí, ¡podrías invitarme a cenar a un buen restaurante con todo lo que ganaste hoy...!

—Claro que puedo... ¡cómo no! Me gustaría —dijo. Parecía interesada en pagar una cena para su marido.

—¿Vamos al francés? —dijo él entusiasmado.

—¿A cuál? —quería saber ella.

—Al nuevo... a ese que inauguraron frente al chino.

—Bueno... yo nunca fui.

—Yo tampoco —dijo él. Pitaba profundamente su cigarrillo y exhalaba el humo que una corriente de aire dirigía hacia la escalera de peldaños de cedro macizo.

—¿Y no tenés ganas de hacer el amor antes...? —convidaba ella.

—Sí. Pero pensaba... —dijo y exhibió el cigarrillo a medio fumar, como índice de que no era su momento para subir al cuarto— en el pájaro.

—Es cruel —dijo ella.

—Sí. No sé por qué te lo conté. Pienso que hay cosas...

—Cosas... ¿qué cosas? —interrumpió ella.

—Pensaba recién que hay cosas que no debieran contarse...

—Creo que tenés razón —dijo ella, poniéndose de pie, y después agregó con voz muy firme—: subo al cuarto. Te espero ahí...

—Ya subo yo también. Tomo algo antes. ¿Querés que te lleve algo?

—No. O sí: un vaso de coca... ¿eh...?

—Sí... Yo también voy a tomar un vaso de coca —dijo, y siguió fumando, y siguió mirando el cielo raso y el humo que trepaba y trazaba una

curva en el aire y se dirigía hacia la escalera de macizos peldaños de cedro y volvió a pensar que había cosas que no deben decirse, pero no sabía cuáles.

Después se levantó y fue a la cocina. Masticó una aspirina antes de servir dos copas de bebida gaseosa y después bebió un trago de la copa de su mujer, para ponerla en el mismo nivel de líquido que la suya. Con las copas en la mano fue hacia el living y junto al bar agregó un pequeño chorro de gin en la suya, y otro, más breve, en la de su mujer. Llevaba en la boca el sabor acre y polvoroso de la aspirina y recién al llegar al cuarto bebió un segundo trago de gaseosa para erradicar ese gusto astringente de su garganta. Después, frente a la cama, chocó con su copa la de su mujer, simulando un brindis:

—¡Por los misterios de la logia! —dijo.

—No hagas bromas —dijo ella.

—¿Por qué no? Si todo es una broma...

—No sé... —dijo ella—, me pone mal pensar que todo sea una broma.

Hay momentos...

—¿Momentos? —dijo él, impulsándola a hablar, pues observaba que el rostro de su mujer se tornaba sombrío...

—Momentos... hoy... hubo momentos en los que me sentía dirigida por otros...

—Por otros... ¿cuándo...?

—Hoy... en el desayuno, después, cuando charlamos en el living... y ahora, aquí...

—¿Qué pasa? —Fernando quería saber.

—No sé, me siento a la vez como mirada, y como si alguien nos dirigiera...

—¿Y te pasó antes...?

—Sí, alguna vez, pero ahora, cuando estoy con vos, siento eso, siento que alguien nos dirige a los dos...

—Puede ser... siempre alguien te dirige... ¿no es ese un misterio de la logia?

—No hagas chistes imbéciles...

—Yo no hago nada —dijo él, y vació su copa de un trago y se tendió desnudo junto al cuerpo de su mujer.

9. Estar

Al día hermoso de sol lo había sucedido una noche de oscuridad perfecta, translúcida. Era una noche fría que debió haber estado siempre detrás del cielo azul, detrás del sol flotante y neutro de la tarde. Pensando desde cierta perspectiva el cielo es siempre oscuro, perfecto, silencioso. La atmósfera, las partículas de polvo, el vapor y los gases —aun los gases transparentes— reflejan la energía del astro y provocan ese efecto de luminosidad circunstancial y provisoria que tienen los días. Si no fuese por estas impurezas o imperfecciones de la atmósfera, el cielo sería siempre como el de aquella noche, negro y transparente, aun durante las horas en que la Tierra ofrece su mitad entera a la cara del Sol.

—¿Ves las estrellas...? —preguntó a Rita desde la cama.

Ella se vestía cerca del ventanal que, describiendo un ángulo de sesenta grados, trepaba desde el piso hasta el techo del dormitorio y miró hacia lo alto.

—Sí. Limpísimo el cielo... hay millones de estrellas...

—Ha de hacer frío... —comentó él, arropándose.

—Viento no ha de haber —dijo ella mirando hacia los árboles paralizados del campo de golf.

—Entonces —dijo él, girando hasta quedar envuelto con la manta—, seguramente va a helar.

—Puede ser... —asintió ella, mientras hurgaba buscando algo en su guardarropa.

Fernando volvió a girar sobre la cama. Ahora la manta se enrollaba sobre su cuerpo y el silencio de la casa dejaba oír el crepitar del cemento del piso y las paredes, dilatándose por el calor de los tubos de la calefacción que se encendía automáticamente al caer la temperatura exterior por debajo de los quince grados centígrados.

La casa se autorregulaba. «Como un animal que estuviese vivo...», pensó Fernando y habló a su mujer:

—¿Sentís crujir...?

—¿Qué? ¿La calefacción?

—Sí...

—Sí. La siento en los pies... —estaba descalza.

—Cruje. ¿Viste?

—Sí. A esta hora siempre arranca... Son las ocho... ¡levantate!

—Enseguida —prometió Fernando y estiró su cuerpo aún más a lo largo de la cama mientras ella, vestida, bajaba a la cocina por la pequeña escalera de servicio.

«Si ahora me muriera, si ahora Rita también se muriera, y si nadie se enterase de que ambos morimos, la casa seguiría regulando su temperatura automáticamente por mucho tiempo, al menos, hasta que viniesen las facturas de los servicios de gas y electricidad y alguna de las compañías cortase el suministro...», pensó Fernando.

Mientras pensaba llegó la voz de su mujer desde la cocina.

—¿Querés un jugo con las pastillas...?

—¡Siii! —gritó él.

—Te lo subo...

—Bueno... ya me levanto... —dijo en voz baja y se libró de la manta y fue al baño, descalzo. El piso de mosaicos blancos transmitía tibieza, como el aliento de un enorme animal, y los azulejos de la mitad inferior de la pared despedían un liviano vapor. Puso a llenar la bañera. Se daría un baño de inmersión para disponerse mejor para la salida de esa noche.

Mientras se bañaba, llegó Rita con un vaso de material plástico transparente colmado de jugo:

—¡Cuánto vapor...! —protestó—. Te traje pomelo.

—Bueno... —agradeció él.

—¿Querés una o dos pastillas?

—¿Qué son?

—Qualine con Tetra K.

—Dame dos... ¿Cuántas quedan...?

—Medio frasco...

—¿Serán doscientas...?

—Sí, o doscientas cincuenta... ¿Cuánto trae el frasco?

—Quinientas.

—Sí... quedarán doscientas —calculó ella.

—Hay que pedir más recetas...

—Yo pido... —dijo ella—, el jueves tengo médico y le pido...

—Acordate... —dijo él mientras frotaba sus piernas con una esponja vegetal—, no nos quedemos otra vez sin...

—No me olvido...

—Ya sé que vos nunca te olvidás de nada... —dijo él, y devolvió su vaso vacío agradecido.

Cuando salió su mujer del baño hizo correr una gruesa columna de agua fría por el duchador de mano. El agua fría estimulaba su piel, provocando un elaborado placer al retirar el chorro y volver a sentir el agua caliente que lo envolvía: el placer del contraste. Sintió los primeros efectos del Qualine: un leve escozor en los músculos superficiales del cuello, una sensación de saciedad en la garganta, la certeza de que sus miembros estaban alertas, dispuestos a obedecer cualquiera de sus deseos pero a la vez relajados y en descanso. El efecto se producía a los pocos minutos de tomar la pastilla y duraba tres o cuatro horas. Por eso temía quedarse sin esas pastillas que permitían superar el agotamiento del día y a la vez promovían sensaciones que, como decía la publicidad, «daban un color más a la vida». La vida era amarilla con una franja diagonal roja ahora: los colores de la cápsula de Qualine con Tetra K que grotescamente reproducía la etiqueta del frasco. Desde esa óptica, vista con los colores del Qualine, el agua caliente era una fuente de placer, el agua fría otra, y el contraste entre el agua fría y el agua caliente era otra distinta pero de idénticos resultados: un bienestar que se expandía en su cuerpo y que ahora la toalla al transcurrir sobre su piel corroboraba.

Fue a vestirse a su cuarto. Rita había cubierto la cama con una manta de motivos hindúes ordenados rítmicamente sobre un fondo fucsia. Ahora deseaba fumar. Tomó un cigarrillo de su mesa de luz y lo encendió. El mismo efecto: el suave humo del tabaco virginia corría por sus bronquios dejando una difusa huella de bienestar. Fumando, eligió la ropa para esa noche: una camisa de seda color beige, una corbata de textura agamuzada, color marrón, un saco de pana marrón, y los pantalones de lana gris blanquecina que había estrenado la noche del sábado. Revisó un cajón buscando sin resultado medias marrones, eligió entonces un par color borravino que bajo la luz artificial parecería semejante al marrón castaño de su saco de pana.

Rita también había elegido ropas marrones: un vestido de gruesa seda esponjosa, color marrón, un foulard con dibujos búlgaros en gama de castaños y botas de antílope. Se estaba maquillando. Cubría sus pómulos con una tenue crema que repetía las tonalidades de su pelo, castaño rojizo, sobre toda su cara, aun en los lugares donde la crema no se había extendido.

—¿Tomaste Qualine...? —interrogó él.
—Sí... uno solo.
—Me siento muy bien...
—Sí... yo también... —confirmó ella y agregó—: Te parece que
invitemos a alguien...
—Como quieras... ¿no es tarde...?
—Sí, es un poco tarde...
—Además... —dijo él—, si hoy convidás vos, no quedaría bien que
invitemos a alguien...
—¿Por qué no...? ¡Puedo invitar yo...!
—Como quieras... —concedió él.
—No... mejor vamos solos... —resolvió ella.

10. Cesar

Y fueron solos, afortunadamente, pues si hubiesen citado a alguien en el restaurante lo habrían condenado a una larga espera o a un desencuentro. Llegaron al lugar cuarenta minutos después de lo previsto a causa de un accidente, y al llegar descubrieron que el restaurante elegido para esa noche estaba cerrado y en su interior los obreros del servicio de refacciones estaban realizando los aprestos para un próximo cambio de ramo. Sería ahora un restaurante griego, no sería más un restaurante francés, aunque lo explotaría la firma Álvarez García, la misma que administraba el restaurante chino y la parrilla criolla de la vecindad.

La causa de la demora fue un accidente en la autopista que provocó un atascamiento del flujo de vehículos tan grande que el recorrido que a esas horas Fernando calculaba podría hacer en cinco minutos le demandó más de media hora. Sucedió así: al parecer, poco antes que su Ford blanco pasase por el lugar, un pequeño Austin rojo que circulaba a velocidad normal —ochenta kilómetros por hora— encontró, al salir de una curva, a una pick-up que se había detenido por un control militar de vehículos que se efectuaba doscientos metros más adelante. El conductor del Austin había frenado bruscamente para evitar salir de su carril o chocar contra la pick-up, sin advertir que su automóvil era seguido de cerca por un gran ómnibus del servicio interurbano. Como resultado de la frenada imprevista, la trompa del ómnibus —un Scania—, incluyendo la cabina del chofer y al mismo chofer, se había incrustado en la parte trasera del Austin y ahora estaba su propietario con la cabeza colgando sobre el hombro izquierdo y su cara, blanca por efecto del shock, había quedado aplastada contra la ventanilla de su auto. Estaba muerto. Eso comentó Fernando con Rita cuando a paso de hombre cruzaron la zona del accidente, donde para dificultar aún más la circulación se habían agrupado peatones curiosos, jeeps militares, ambulancias y camionetas de bomberos, cuyos ocupantes supervisaban a los camilleros de la asistencia pública o de un hospital de las cercanías que retiraban de la trama de hierros retorcidos, trozos de tapizado plástico y vidrios rotos, tres cuerpos inertes. Dos cuerpos eran

pequeños: mujeres escuálidas o tal vez niños. El otro tenía tamaño normal, pero no se podía determinar su sexo pues también estaba carbonizado. Una gran rama quemada por el rayo, parecía.

Mucho tiempo le llevó a Fernando olvidar aquella escena de contraste entre la cara blanca del chofer muerto, inmovilizada contra la ventanilla rota del puesto de conductor, y los cuerpos negros de los pasajeros, saliendo rígidos, uno a uno, de la sección trasera de lo que hasta pocos minutos antes fuera su automóvil y era ahora un desecho de metales y hollín que ocupaba no más de media docena de metros cuadrados, a pesar de que la zona del accidente se extendía en un radio de trescientos metros, con balizas anunciando zonas de detención, piquetes de policía caminera administrando el lento paso de los vehículos, choferes que maldecían, jeeps militares y hombres de guardia que maldecían, camilleros, personal médico del servicio de seguridad de autopistas, hombres de blanco que asistían al personal médico y el personal de la ambulancia, también de blanco, pero sin gorros. Los civiles que pululaban por la zona debían ser pasajeros del ómnibus detenido y funcionarios municipales. Estos últimos, notorios por sus carpetas amarillas, dialogaban a viva voz con los policías que levantaban actas junto a sus automóviles azules con sirenas y luces rojas intermitentes emplazadas en los techos.

—Todos muertos... —reflexionó Fernando.

—¡Qué barbaridad...! —dijo Rita mientras encendía dos cigarrillos.

—Gracias —dijo Fernando, y arrancó de la mano de su mujer uno de los dos cigarrillos, sin esperar que ella se lo extendiese. Estaba nervioso.

—Estás nervioso... —comentó ella.

—Sí —dijo él. ¿Por qué negarlo? Estos sucesos podían romper toda la armonía de una jornada que había comenzado bien.

—Pero ¿por qué tantos nervios...?

—No sé... por la demora... por la impresión...

—La impresión... —confirmó ella.

—Sí... el accidente... los muertos...

—Yo una vez —comenzaba a narrar Rita mientras Fernando manipulaba los comandos de su Ford— soñé que sufría un accidente parecido. No sé cómo ocurrió. Lo cierto es que papá y mamá, que iban en el asiento delantero, se reventaban contra el parabrisas del auto. Era un auto grande y primero se reventaban las caras y las cabezas, y yo veía los sesos saliendo, como si fuesen intestinos, y recién después se rompía, estallaba en añicos, el parabrisas. ¿Viste? —consultó a su marido— y entonces yo pensaba que no

iba a poder vivir con esa imagen, y como si fuese cámara lenta, el auto se partía, y yo y todos mis hermanos, que íbamos en el asiento trasero, nos reventábamos contra el techo del auto que volcaba en cámara lenta, y nos moríamos. Y estaba muerta, y me desperté, y ahora vivo con esa imagen, y cada vez que veo o leo que hubo un accidente me acuerdo y tengo que vivir con esa imagen, y es como si yo también me hubiera muerto, ¿entendés?

—Sí... —respondió Fernando, sin mirarla. Atendía a las indicaciones de un soldado que desviaba la larga fila de automóviles hacia el centro de la autopista.

—Yo una vez... ¡Nunca te lo conté! —decía Fernando—. ¿Te acordás aquella vez que me quedé a dormir en la quinta de Esteban, en el Tigre...?

—Sí... —dijo Rita, interesada.

—Esa tarde salimos a esquiar en una lancha, y varamos contra algo, cerca del canal Mitre, donde desembocaba antes el Paraná de las Palmas...

—¿Y...? —quería saber ella.

—Y entonces Víctor creyó que era un camalote, y empezó a forcejear con una caña, o con un remo, y enganchó algo... ¿sabés?

—Sí... ¿y...? —Rita miraba a su marido cuya cara se iluminaba toda vez que la cerca de pequeños pinos podados con recorte geométrico que dividía la autopista dejaba pasar las luces de los automóviles y camiones que avanzaban en dirección contraria.

—Y lo levantó y era un cuerpo humano, atado con cadenas y pedazos de hierro, para impedir que flotara, y una cadena lo unía al fondo, y Esteban y Víctor empezaron a recorrer la cadena con el remo y aparecieron más cuerpos, eran muchos, seis o diez, todos enganchados con cadenas y con fierros, para que flotaran a dos aguas... para que la corriente se los fuera llevando... Esa noche dijimos que no se lo íbamos a contar a nadie. No sé por qué.

Estaban saliendo de la zona del accidente. La autopista parecía libre de obstáculos y pronto el Ford blanco se encontró circulando a noventa kilómetros por hora en el carril correspondiente y la fila apretada de vehículos de la que hasta ese momento había formado parte se descomponía y cada conductor tomaba el carril más adecuado a su velocidad, o a su destino. El que tomó Fernando, el de cien kilómetros por hora, conducía directamente a la salida final de la autopista, casi en el centro de la vida nocturna de la ciudad.

Cuando llegaron a la calle de los restaurantes habían olvidado el accidente y los recuerdos que el accidente había evocado. El restaurante francés estaba

cerrado. Ellos no lo supieron hasta ese momento. Miraron el cartel que anunciaba el próximo cambio de ramo, conversaron acerca de la firma que explotaba tantos restaurantes distintos, cada uno con su característica típica, y decidieron comer en una taberna escandinava cercana. Como pensaban beber mucho vino, tomaron dos pastillas de Qualine con Tetra K, alguno de cuyos componentes atenuaba los efectos negativos del alcohol. Poco después de ordenar truchas ahumadas y una botella de chablis Fernando consultó su reloj —eran las diez— y comentó que había sido una suerte que no invitasen a nadie a cenar con ellos, pues una espera de cuarenta minutos en la puerta del restaurante clausurado hubiese puesto el ánimo de cualquiera en las peores condiciones para disfrutar de una comida amistosa.

11. Probar

La mañana siguiente despertó tarde: eran las nueve. Rita estaba a su lado. Despierta, medía su temperatura vaginal con un termómetro y le hablaba:

—En estos días ovulo...

Pero Fernando tenía demasiado sueño para iniciar una conversación a partir de ese tema. Malhumorado, se levantó y fue al baño. Mientras se afeitaba, sentía una vaga ansiedad como si estuviese olvidando un compromiso o un deber muy importante. Poco después, bajo la ducha, al recordar que era martes y que no debía ir al supermercado, pues la casa había quedado bien abastecida con las compras de la mañana del lunes, la ansiedad desapareció, se sintió bien y miró por la ventana del cuarto de baño hacia la calle: era un día de sol, algo nublado, pero menos ventoso que la mañana anterior. Haría un poco de calor.

Desayunaban en silencio, leyendo el diario. Ambos evocaron gratamente la comida del restaurante sueco y Fernando, que no recordaba que Rita había ganado veintisiete millones de pesos en el DAR, no se explicaba el buen humor de su mujer. Finalmente ella anunció:

—Hoy voy al banco a depositar. Después voy a hacer compras. ¿Te paso a buscar por la oficina para que me traigas...?

—Bueno... —dijo Fernando—, pero no sé a qué hora podré salir...

—¿Voy a las cinco?

—O antes —dijo él, y se preocupó, pues había prometido a su amiga Helena que la visitaría ese día, martes, a última hora de la tarde—. Creo —agregó— que voy a tener una reunión hasta tarde, pero no lo vamos a saber hasta última hora...

—Bueno, entonces me vuelvo sola, más temprano, en ómnibus...

—Sí, por ahí es mejor... ¿Ves que te conviene renovar el registro?

Entonces ella le pidió que no insistiera más con el tema de los automóviles, y Fernando advirtió que estaba a punto de argumentar algo en relación con el accidente de la autopista y miró su plato de jamón y tostadas temiendo que un diálogo sobre ese tema estropease su desayuno.

—Sabés... estoy casi seguro de que voy a volver tarde... tengo algo y no me puedo acordar qué es...

—¿En la oficina...?

—No sé... creo que sí... o algo que tiene que ver con un informe de la oficina... tendría que tener la agenda...

Fernando estaba convencido de que Rita no sospechaba de sus encuentros con Helena, pero era algo que tarde o temprano quería confesarle. No podía decidir si aquel era el momento. Reflexionó y recordó, imaginando a su mujer haciendo compras en costosas galerías céntricas, el dinero que había ganado la tarde anterior, casi sin trabajar —«dinero venido del cielo», se dijo— y calculó que esa noche durante la comida sería un buen momento para hablar acerca de Helena.

Después del desayuno, mientras leía el diario de la mañana, Rita insistió con su pedido de encuentro en la ciudad, pero él, que ya había dado por resuelta la cuestión, eludió el tema simulando curiosidad por las noticias de la sección internacional. La historia es perezosa: una noticia procedente de África del Norte que podía excitar a cualquier comentarista de televisión, mirada desde la perspectiva de esa mañana tibia y nublada de otoño, no difería para Fernando de decenas, centenas y hasta millares de noticias parecidas que había encontrado en el mismo diario tras veinte años de lectura regular. Esta vez amenazaban otros, otros endurecían sus posiciones, ganaban otros pequeñas ventajas de negociación y eran otros los que el columnista del día consideraba más favorecidos, pero, en lo sustancial, la misma noticia podía haber no estado o haber estado antes o haber sido sustituida por otra y nada hubiese cambiado en el mundo.

En la página de noticias locales, cubiertas en su mayor parte por el relato de reuniones y declaraciones de propósitos de autoridades, tampoco podía trazarse una delimitación clara entre la información correspondiente a ese día y la que Fernando había leído la semana anterior, el mes anterior y hacía seis años. Eran otras las instituciones que celebraban sus aniversarios o anunciaban sus nuevos planes de reorganización; otros eran los coroneles y generales y brigadieres y vicealmirantes que desde los puestos de conducción formulaban sus mejores propósitos, y también eran otros los asesores y los consultores y los políticos que desgranaban sus críticas, pero bastaba reemplazar los nombres de algunas instituciones y personas y pocos rasgos circunstanciales más para advertir que esas noticias eran las mismas: el país se desplazaba perezosamente detrás de aquellos textos, que a Fernando le parecieron el crepitar de la dura piel de un oso desarrollando con lentitud su

programa de desentumecimiento después de una larga hibernación de dos mil años de la que, sospechaba, no acabaría nunca de emerger.

En la página de economía encontró un pequeño recuadro que le interesaba. Bajo el título «Máquinas herramientas» algún periodista se refería a los planes de reequipamiento de la industria metalúrgica sosteniendo, en líneas generales, las mismas ideas que Fernando había defendido en su informe sobre el mercado potencial de tornos mecánicos, elevado hacía un par de meses a los directores de su empresa. Entonces pensó que sería útil recortar ese fragmento del periódico y llevarlo a la oficina, y fue a su escritorio para buscar la tijera. No encontró la tijera. Tomó en cambio una hoja de afeitar que estaba dentro del vaso de cerámica donde guardaba viejos lápices y con ella comenzó a circundar el perímetro de las tres columnas de la página de información económica que le interesaban. Volviendo la página, se cercioró de que al quitar esa noticia de su interés no quedase mutilada alguna información que minutos más tarde pudiese interesar a Rita. En el dorso de la página, la huella del paso de la hoja de afeitar aparecía en medio del gran anuncio de una proveeduría de artículos para deportes. Entonces desprendió con cuidado el rectángulo marcado por la hoja de afeitar y contempló los resultados: una ventana abierta en la sección de economía y negocios recuadraba una serie de anuncios de venta de departamentos, mientras que, mirada desde la página opuesta, una lista de precios y especificaciones de armas de fuego y productos para camping formaba un marco para las estadísticas de intercambio comercial entre Argentina y los países de la Comunidad Económica Europea. Fernando sonreía advirtiendo que su boca se colmaba de saliva. Sintió a la vez deseos de fumar y beber café y el deber de plegar el pequeño trozo de papel para guardarlo dentro de su cartera. Preguntó a su mujer:

—¿Queda café?

—Sí... —dijo la voz de Rita, desde la cocina—. Hay bastante.

—Voy a tomar otro... —y después agregó—: ¿Querida...?

—¿Qué...?

—Terminé el diario...

—Bueno... —gritó ella—, gracias... ¡Te llevo el café y lo leo...!

12. Oír

Solía escuchar en la radio del auto un programa de música de cámara que la emisora oficial transmitía a las once de la mañana. Camino del trabajo, nada había mejor para disponerlo a un buen ánimo en la oficina que veinte minutos de música, acompañada por el placer de manejar su Ford. Aquel martes, según su costumbre, cuando cruzó la puerta del garaje y se aseguró de que el portón automático cerrase correctamente, oprimió el botón negro del tablero de la radio y vio cómo, a su izquierda, del borde superior del guardabarro delantero, emergía la delgada antena de acero empavonado que era uno de los atractivos de diseño de ese último modelo de Ford. Pero no pudo escuchar música, pues algo estaban inaugurando en algún lugar de la ciudad, y como la inauguración se realizaba en presencia de las máximas autoridades la radio oficial había reemplazado su programa habitual por la transmisión de la ceremonia. Sonaba el Himno, la canción nacional de los argentinos. Fernando escuchaba los primeros compases armonizados por una banda militar con predominio de instrumentos agudos —clarinetes o pífanos— y después escuchó el comienzo de la letra, cantada por soldados: «Oíd, mortales, el grito sagrado...», y recordó, mientras manipulaba los botones a la busca de un programa musical, que hasta bien entrado en la adolescencia creía que el himno comenzaba con la frase «oh, inmortal es el grito sagrado», todo a causa de haber aprendido a cantar el himno sin saber escribir ni descifrar las palabras y por haberlo cantado —casi a diario— en coros de niños, con un grado de automatismo infantil tan grande que aún ese día, si un extranjero le preguntase: «¿De qué trata el himno de su país?», no sabría responder y debería escuchar en su memoria el recuerdo de una voz coral y múltiple cantando el himno para proceder después a descifrarlo, con lo que el extranjero quedaría desconcertado, pensando que su interlocutor era un hombre de reacciones lentas o con dificultades para la expresión de sus pensamientos, y no un hombre como él, mentalmente ágil y dotado de una — a decir de sus amigos— «envidiable facilidad de palabra».

Varias veces, mientras pulsaba los botones del receptor, volvió a oír el Himno Nacional. «Coronados», decía una vez, «oh, juré...», decía la segunda. La tercera vez que el dial sintonizó la transmisión del acto sólo se escuchaba la banda militar desafinando acordes y la última, una ovación sobre la que se superponía la voz del locutor tratando de señalar algo. Entretanto, escuchó fragmentos de un tango moderno, cuyo estilo advirtió en el intervalo de un segundo, fragmentos de una canción infantil de moda que ahora las emisiones radiales tendían a incorporar en sus programas para adultos, fragmentos de locución comercial anunciando productos, cortinas musicales, *jingles* y voces de locutores narrando informativos. Finalmente, optó por uno de estos, el que el botón extremo de la izquierda convocaba: la voz grave del locutor prometía un programa sin mayores estridencias musicales o comerciales. La voz del hombre, no más interrumpida por los cambios de emisora, informaba sobre el acto que la otra emisora —la oficial— estaba transmitiendo. Algo le interesó: se anunciaba que en una zona por donde debía pasar para llegar a su oficina el tránsito estaría interrumpido hasta las doce. Miró hacia adelante y advirtió que la columna de automóviles que avanzaba por la autopista era más densa y corría más lentamente, dedujo que sería a causa de un atascamiento en la desembocadura del carril central y decidió tomar una salida anterior, para lo cual pasó al carril del borde derecho, el de cuarenta kilómetros por hora. Entonces sintió agradecimiento hacia el locutor del informativo, o hacia el azar que lo condujo a sintonizar ese informativo y lo libró de caer en el embotellamiento al que llevaba su carril central como hacia una trampa fatídica, una máquina dispuesta para atraer los automóviles hacia el caos. El agradecimiento se investía de una vaga sensación de bienestar. Conducía lentamente, con serenidad. Llegaría a la oficina tomando una avenida lateral que no lo demoraría más de diez minutos, mientras los otros automovilistas seguirían su camino por no haber escuchado aquel programa informativo y perderían treinta, cuarenta y hasta cincuenta minutos o una hora de extrema tensión, desgaste de sus motores y de sus sistemas nerviosos, que a la postre serían los más perjudicados por esa ceremonia oficial que imprevisiblemente alteraba las rutinas de la circulación de vehículos en un lugar estratégico del centro de la ciudad.

La sensación de bienestar y agradecimiento hacia el informativo se acentuó poco después, cuando al abandonar la autopista por un puente elevado pudo ver en los tramos finales que la densa caravana de automóviles se compactaba y parecía caer en un hervidero de microscópicas figuras brillantes que se movían a pequeños impulsos en todas las direcciones

excepto en la que necesitaban tomar, la de la salida. Era una masa de colores con predominio de pequeños automóviles de juguete azules, veteados de rojo y con escasos puntos blancos que le recordaron que esa tarde se inscribiría en el *car two* y que en pocas semanas tendría, también él, su flamante automóvil azul. Entonces recuperó la sensación de bienestar que la reflexión sobre los colores de los automóviles había puesto en peligro y ensayó una posición de manejo diferente: desplazó su asiento hacia atrás, recostó la nuca contra el borde superior de su respaldo, y manejó con los brazos extendidos, a la usanza de los antiguos pilotos de automóviles *sport*, y así dejó de ver los bordes superiores de los guardabarros y el capó del motor blanco de su Ford, y sólo veía su parabrisas de cristal tonalizado marrón y la antena negra empavonada, y durante los últimos quince minutos de su trayecto continuó manejando en esa postura que le permitía imaginarse al comando de un automóvil rojo, o mejor, azul, mientras escuchaba el informativo.

Ahora el mismo locutor informaba acerca de una serie de allanamientos de droguerías en procura de específicos recientemente prohibidos por el Ministerio de Salud Pública. Al parecer, señalaba, el país estaba en vísperas de un escándalo semejante al de los herbicidas, ocurrido semanas atrás, cuando las autoridades científicas del Ministerio detectaron que en zonas de cultivo de hortalizas destinadas al consumo se empleaban herbicidas de extrema toxicidad, lo que provocó pánico en muchas familias y la clausura, durante varios días, del mercado central de abastecimiento hasta que los inspectores dictaminaron que, aunque se habían producido esos cultivos ilegales, la salud de la población se encontraba fuera de peligro.

Después concluyó el informativo y sin solución de continuidad con la cortina musical que lo puntuaba surgió un tema de música brasileña que Fernando nunca había escuchado. Tenía ritmo ese tema, y los cantantes, un hombre y una mujer, entonaban historias en portugués sobre la vida de una pareja de estudiantes que sólo querían cantar y bailar. El tema brasileño se adecuaba a esa mañana de otoño tibia. El otoño, cuando la temperatura es elevada, se parece al invierno de Rio de Janeiro. En cambio, pensó Fernando, a causa de la luz, o de la humedad, jamás un día de verano de Buenos Aires se parece a un día de otoño o primavera y menos aún a un día de verano de Rio de Janeiro. Tal vez, pensaba, la proximidad del mar presta al día de Rio de Janeiro un color y una tonalidad —¿y un olor tal vez?— distintos a los del día de Buenos Aires y a los de los días de cualquiera de las ciudades que en viajes de vacaciones o en misiones encomendadas por sus jefes Fernando había conocido.

Otro tema tropical, brasileño, sonaba cuando el Ford blanco ingresó en el garaje del subsuelo de la oficina. Antes de sumergirse en la oscuridad del túnel Fernando miró hacia lo alto. Los veintisiete pisos del edificio de su empresa, cubiertos de cristal tratado contra los rayos infrarrojos, reflejaban el cielo azul, apenas nublado, y el sol aparecía como un pequeño disco rojo repetido contra innumerables ventanas. Ese edificio en nada se parecía a un edificio que él pudiese imaginar emplazado en Rio, o en cualquier otra ciudad cercana al trópico y al mar.

El ascensor sí podía parecerse a algún ascensor de un edificio de oficinas de Miami, Santo Domingo, Costa de Marfil o Rio de Janeiro. Su interior, esmaltado con un tono azul de acabado metálico, la botonera de comando, de cristal sintético, los difusores de luz de acrílico y las puertas operadas por un mecanismo hidráulico que parecían prontas a abrirse frente a un ventanal desde donde se contemplaría el mar azul: todo pertenecía a la escenografía de trópicos que venía imaginando. Pero al dejar el ascensor en su piso no vio ni mar ni ventanales: apenas una pared blanca, una extensa maceta de cerámica roja con plantas artificiales y el largo pasillo gris que conducía a los despachos de los gerentes. El ventanal de su oficina daba al gran río cuyo color marrón natural, que repudiaba cualquier idea de mar, aparecía reforzado por la tonalidad, también marrón, del tratamiento antiinfrarrojo de los cristales, tomando un color oscuro, achocolatado. El río, si alguien quisiese determinar la temperatura de sus aguas a partir del color entrevisto desde aquella oficina del piso veinticuatro, parecía próximo a la ebullición. Su líquido denso parecía fundir a los pequeños barcos que se adherían a la superficie, pegados, sin siquiera flotar en la densidad de esas aguas que derretían cualquier imagen de mar que el observador quisiera proyectar sobre ellas. Dulce, caliente, pegajoso era ese río sobre el que dos remolcadores hacían esfuerzos para virar la inmensa mole de un buque granelero atascado contra el barroso y cercano fondo.

«Nada tropical», pensó mientras se sentaba frente a su escritorio. La secretaria sonreía. Había ofrecido café de su termo. Fernando agradeció. El café estaba tibio, casi frío. La muchacha se había quebrado la uña del índice de su derecha tratando de reparar una máquina perforadora de papel y la agenda del día estaba demorada porque habían detenido por media hora la unidad principal de procesamiento para anexar un nuevo programa. El Director había enviado una nota pidiendo que lo viese a la una: otra vez almorzarían juntos. La división de bienestar anunciaba que esa tarde se distribuirían los formularios de *car two* —una buena noticia— y que a las

cuatro de la tarde Fernando debía pasar por el cuarto piso para extraerse una muestra de sangre para el chequeo de rutina. Las cifras que venían reclamando a la oficina de estadísticas del Ministerio de Economía no estaban aún disponibles y un funcionario anunció que ignoraba cuándo serían compiladas. El gerente de la división finanzas había reclamado esas cifras y ahora Fernando debía enviar un memorándum anunciándole que las cifras no estaban disponibles y que también él ignoraba cuándo serían compiladas. Fernando protestó por el café. La muchacha salió y tras un par de minutos de ausencia regresó con un termo de café caliente, pero amargo. Fernando miró su reloj y comparó la hora que indicaban sus agujas con los números del reloj digital de su escritorio y con el reloj de la pared de la recepción de su oficina. Las tres indicaciones coincidían: eran las 11.45. Encendió un cigarrillo y aún con el sabor dulzón del café frío en su boca probó un sorbo del café que acababan de servirle, amargo, pero caliente. Era un buen café. De la taza emanaba aroma a café, aroma de cultivo tropical, maduro, tostado y conservado cuidadosamente. Después pidió a la muchacha que preparase un memorándum para el Director:

—Por favor, saque una copia para nuestro archivo... ¡Y por favor, que llegue al Director antes de la una...! Quiero que lo vea antes de la reunión.

Extrajo de su billetera el recorte del diario titulado «Máquinas herramientas» y con un lápiz adhesivo lo fijó a una hoja de papel de memorándum. Después, bebiendo su café miró el papel y volvió a llamar:

—Marisa... me parece que está un poco desprolijo... por favor... recórtelo usted y péguelo bien.

Mientras la secretaria realizaba ese trabajo discó el número de su amiga Helena, a quien sorprendió dormida, porque tenía el día libre. Conversaron durante varios minutos, Fernando le pidió el teléfono de su amigo Willy Bog, ella se sorprendió y él explicó que quería hacerle una consulta sobre moluscos. La mujer le dictó el número, anunciándole que difícilmente lo encontrase en su casa o en su laboratorio, pues estaba haciendo una investigación en Tandil, en los laboratorios Di Paola, y él dijo que de todos modos lo intentaría y acordaron encontrarse a las cinco de la tarde. Pasaría él por su departamento. Ella prometió preparar el té, Fernando no lo creyó, pues la consideraba olvidadiza y holgazana. Eso dijo: «holgazana», y ella, al otro lado de la línea, rio a carcajadas.

En la casa de Willy Bog no respondieron al teléfono. Willy Bog vivía solo, era especialista en genética de los virus y tenía grandes bigotes rojizos que le daban el aspecto de un mayorista de verduras napolitano. En el

laboratorio, una cinta magnetofónica repetía a quien llamara que el doctor Bog regresaría el miércoles por la tarde y que por favor dejaran un mensaje. Fernando vaciló, no supo qué decir y grabó su nombre: «Fernando Romero llamó y vuelve a llamar», dijo apresuradamente. Tenía hambre.

13. Presentar

Sentía más hambre a medida que se acercaba la hora de su reunión con el Director. ¿Habría llegado ya a su despacho el recorte del diario *La Nación*? A las 12.40 fue al baño reservado a los gerentes y jefes de división, aflojó sus ropas y se sentó a hojear el suplemento dominical del *New York Times*: llegados a cierto nivel de la organización, todos los funcionarios leían, u hojeaban alguna vez en la semana diarios que enviaban de la casa matriz en Houston. Por eso en las mesas de mármol de los baños reservados era más fácil encontrar fragmentos de diarios estadounidenses que una revista o un diario editado en Buenos Aires. Una costumbre. Otra costumbre: cerrar los ojos al sentarse en el baño después de leer. Cerró los ojos y se abandonó al silencio del baño. Era un silencio parcial, recortado contra un fondo de ruidos ambiguos —motores del sistema de circulación de aire, zumbidos de ascensores, ecos del tránsito transmitidos por las tensas columnas de hormigón o captados por los cristales de los cuatro frentes del edificio torre, como grandes pantallas auditivas o tímpanos— y a la vez puntuado por el rítmico goteo de algunas canillas próximas. De pronto un ruido más concreto lo distrajo: alguien había entrado y lavaba sus manos canturreando frente al espejo. Fernando no reconoció esa voz, tal vez fuese un visitante de las oficinas, o uno de los nuevos gerentes de la división proyectos industriales; un tema andino, tarareaba. Después calló y se escuchó el ruido de sus narices: sonaba sus narices el desconocido y pronto debió haberse limpiado con un pañuelo o con una de las pequeñas toallas de papel, pues se oyó la cerradura de la puerta, después unos pasos apurados, y la puerta cerrándose tras ellos, silenciando los pasos. Fernando volvió a cerrar los ojos. Quedaba en su retina la imagen de las pequeñas letras grises del diario americano como pequeños arácnidos en movimiento contra el fondo verde de la imagen residual de los azulejos de la pared. Al abandonarse a las sensaciones internas de su cuerpo, las letras, esos pequeños arácnidos que pululaban sobre el papel de su memoria visual, ahora invadido por la retícula verde de los azulejos, se aquietaban y permanecían estáticas componiendo palabras sin sentido en

inglés. Después como azuzados por el movimiento interior de su cuerpo volvían a animarse y a moverse excitadamente mientras Fernando imaginaba a su cuerpo como un largo cilindro recorrido por ondas musculares que lo tonificaban, que lo liberaban. Ese largo cilindro —su cuerpo— se tapizaba por dentro y por fuera con signos de pequeña tipografía de libro o de periódico que con el fluir de las sensaciones de placer, o de satisfacción, se animaban, se detenían estáticos, y se recombinaban formando palabras. Fijando su atención sobre cualquiera de esas palabras provocaba la desaparición del conjunto, pero antes alcanzaba a detectar una palabra compuesta de muchas consonantes que no significaba nada en inglés ni en cualquier otra lengua conocida.

Su cuerpo, ese largo cilindro ahora vacío, se contemplaba en el espejo. Sentía hambre. Lavó sus manos y su cara con agua fría. Después hizo correr agua caliente entre sus palmas y formando con ellas un cuenco, lavó su cara varias veces hasta sentir que el calor enrojecía sus párpados y sus mejillas. Se secó la piel con pequeños golpes de la toalla de algodón y después peinó sus sienes cuidando que el pelo no quedase aplastado contra el cráneo, sino flotando con una *souplesse* casi teatral. «Como un malabarista saliendo a dominar la platea del circo», pensó Fernando. Así quería enfrentar aquel mediodía a su Director. Tenía hambre, almorzaría con el director y sus actos serían estudiados, precisos y eficaces como los de un héroe capaz de conquistar la escena. Sonreía la imagen del espejo, y así sonriente y erguido —«como si fuese diez centímetros más alto», se dijo— salió del baño y se dirigió a la antesala de la oficina del director de operaciones.

El Director ya lo esperaba:

—Pase, Romero, que hoy tenemos mucho que planificar... ¿come algo...? ¿Otra vez jamón...? —se dirigió a la secretaria—. ¡Dos platos de jamón con ensaladas! ¿Qué toma, Romero? —ahora hablaba para él.

Fernando alzó los hombros y el director encargó algo que no pudo escuchar. Después lo invitó a sentarse frente a los cristales con río, y comentó que había visto el recorte y que una vez más lo felicitaba.

—¿Cómo está su esposa? —preguntó, y Fernando dijo que bien.

—¿Y usted?

—Bien... ¡muy bien!

—¿Y no está más afligido por el auto nuevo...?

—No... voy a entrar en el *car two*...

—¿Fumó mucho?

—No, poco... estoy tratando de dejar...

—Sí... deje de fumar, ¡eso es bueno! Sabe, Romero... ¡aquí se lo necesita más que nunca...!

—No veo por qué —dijo Fernando.

—Ya va a ver. Le pedí ayer... ¿se acuerda?

—¿Qué? —preguntó Fernando.

—Le pedí que me diera una mano con los japoneses... ¿sabe? —dijo bajando la voz—, los japoneses me tienen la pelota por el piso... ¿Me entiende? —la voz recuperaba su volumen habitual.

—Sí —dijo Fernando—, estoy dispuesto... ya se lo había aclarado...

—No... no me entiende... yo necesito que deje todo lo que está haciendo y se ponga a trabajar conmigo en lo de los japoneses. Se van el lunes próximo... quiero que dejen el contrato firmado... ¡firmado como quiero yo...! no como quieren ellos. ¿Me entiende?

—Sí... —volvía a confirmar Fernando.

—Bien... veo que me entiende... —Iba a insistir, pero la llegada del viejo empleado con ropas de mozo lo detuvo y sugirió—: Bueno... comamos ahora... después nos organizamos...

Mientras comían pollo y bebían jugo de naranja el director le anunció que su ascenso se produciría en septiembre. Fernando dijo que lo lamentaba por Gibson y Tosti, el otro gerente, pero el Director no pareció creerlo ni interesarse mucho por el destino de los otros y varias veces repitió un movimiento, un nuevo gesto que Fernando nunca le había visto: extendía su brazo derecho, colocaba la palma de la mano hacia abajo en posición horizontal y después giraba la muñeca y movía el antebrazo describiendo un semicírculo. Ese gesto sugería descarte y a Fernando le pareció que imitaba el rastrillo de un croupier de mesa de juego, o la brazada repentina de un nadador queriendo alejar de su cara un objeto flotante desagradable. El gesto parecía referirse a la cuestión de los clientes japoneses.

Después, mientras esperaban el café, el Director atendió varios llamados telefónicos. Dos se vinculaban a la cuestión de los japoneses. Hablaba en inglés, a veces en ruso, y desde su escritorio hacía gestos a Fernando invocando compasión.

—Ve... ve dónde nos meten... —decía el Director y Fernando asentía.

Después, al terminar el café, le dijo:

—Gitanas. ¿Sabe algo de gitanas?

—¿De gitanas?

—Sí. Se nos ocurrió anoche. Con gitanas. Dicen —y aclaró—, mejor dicho, me dice el gerente de Jetro, que los japoneses se vuelven locos por las

gitanas. Es una fijación que tienen...

—No sabía...

—Sí, parece que las gitanas los vuelven locos. Una fijación infantil... vaya a saber... por ahí, estuvo de moda en Japón una película de gitanas y se quedaron locos por ellas... como pasa en otros países con las negras o con las pelirrojas... ¿vio?

Fernando hizo un gesto de entendimiento.

—Bueno... parece que es con las gitanas... entonces les vamos a preparar una con gitanas. ¿No es mala idea no...?

—No —dijo Fernando—. Pero... ¿gitanas verdaderas?

—No... ¡Dónde carajo vamos a encontrar gitanas verdaderas...! ¡Hay que hablar con Mary! La cité para las dos... Quería que nos organizáramos con ella... Quiero que usted esté en todos los detalles de la organización... entiende...

—Sí... no es difícil...

—Pero suspenda todo... por favor... suspenda todo...

—Está bien... no tengo mucho que hacer...

—Ya sé, ya sé... pero quiero que igual suspenda todo... ¡Concéntrese en eso! —era una orden.

Fernando debió llamar a su secretaria y anunciarle que suspendiese todas sus citas. No tenía citas, pero el director necesitaba oír que suspendía sus citas.

—¿Satisfecho? —preguntó Fernando.

—Sí... —dijo el director—, ahora planifiquemos.

14. Planificar

El objetivo principal era que los japoneses dejaran firmado el contrato antes de su salida del país, el siguiente lunes. Las condiciones no podían ser más favorables y la firma sería, según el Director, un acto de rutina. Sin embargo, por una u otra razón, los tres emisarios del consorcio japonés con el que se venían discutiendo ese y otros contratos, hacía quince días que estaban visitando la empresa y no firmaban. No se podía ofrecer una comisión, o un *bribe*, porque uno de los tres era leal a los accionistas del consorcio, y nadie —ni el mismo asesor de negocios de la embajada japonesa en el país— había podido determinar de cuál de los tres japoneses se trataba. Los otros dos, por su parte, tampoco habían tomado la iniciativa. Para ello, les hubiese bastado un llamado telefónico al Director, o a algún representante de la empresa, o una seña confidencial ejecutada durante alguna de las largas comidas que compartían. ¿Quién se atreve a ofrecer un arreglo especial a un japonés? El Director estaba desolado. Exponía la situación a Fernando en presencia del director de bienestar de la empresa, a quien había hecho participar en la reunión. Fernando se limitaba a escuchar. El director de bienestar, un hombre afable de largos y lacios cabellos canos, se mostraba preocupado y no pareció asombrarse cuando el Director desarrolló su sugerencia de las gitanas. Por el contrario, mientras el Director exponía su plan, el canoso funcionario sacudía afirmativamente la cabeza y dirigía sus pupilas hacia el sillón de Fernando, manifestando acuerdo.

—¡Locos por las gitanas! Me lo dijo un gerente de Jetro y me lo confirma el agregado comercial de la embajada. Él también. Claro: es japonés. Él también se vuelve loco por las gitanas. Y quiere conocerlas.

—¿Qué gitanas? —decía el director de bienestar.

—Las gitanas. Vamos a contratar gitanas. Les vamos a poner gitanas para que los maten. Entiende: ¡gitanas! Como a otros las negras, y a otros las pelirrojas medio mulatas, a los japoneses los vuelven locos las gitanas... si hasta el agregado comercial quiere ir a la fiesta...

—¿Qué fiesta?

—Ah... la fiesta. El plan... —dijo el Director. Entonces volvió a explicarlo.

El plan consistía en simular que Fernando estaba vinculado con un campamento de gitanos oriundos de Rumania. La naturaleza del vínculo no había sido aún definida, pero se pensó fingir que la mujer de Fernando era medio gitana, o que la casa de Fernando quedaba muy cerca del predio donde la tribu, oriunda de Rumania o de Hungría, había emplazado su campamento. En ese caso, se diría que Fernando había salvado la vida a un hijo del jefe de la tribu durante el incendio de un circo de la vecindad, y que en agradecimiento los gitanos lo trataban como a uno de los suyos y por eso podía organizar una fiesta de gitanos en su casa. «Mejor dicho —aclaraba el Director—, una fiesta de gitanas», a donde serían invitados los japoneses con naturalidad, pues la tarde anterior trabajarían con Fernando en la revisión de un viejo proyecto de tierras anegadas.

—¿Gitanas de verdad...? —quería saber el vicepresidente de la compañía que se había agregado a la reunión. Era un hombre afable, calvo, de piel tensa y bronceada a pesar de su edad, unos setenta años.

—No... —decía el Director—. ¿De dónde carajo vamos a sacar gitanas de verdad...? Eso —agregó— lo vamos a arreglar ahora con Mary... Pero lo importante es que esté todo en orden. Por eso usted —se dirigía al director de bienestar— nos tiene que ayudar. Hay que poner en orden la casa del señor Romero para que el jueves por la noche se haga la fiesta de gitanas.

—No hay problema —dijo el canoso funcionario.

—Sí... hay problema. Quiero que mañana trabaje lo mejor de su gente arreglando la casa. Que se pongan a las órdenes del señor Romero, y de la esposa de Romero... A propósito, Romero —se dirigió a Fernando—, ¿contamos con su mujer?

—Sí, por supuesto —dijo Fernando.

—Entonces, ¡todos a las órdenes de la señora de Romero! Ellas entienden mejor de estas cosas... —resolvió el director, cuando se anunció la llegada de Mary.

Era una mujer pequeña, vestida con ropa de esquí que contagiaba un aspecto deportivo a su figura sedentaria. Traía dos grandes carpetas con fotografías de modelos de su estudio, algunas de las cuales se encontraban disponibles para participar en la reunión. El Director y Fernando explicaron a la mujer el plan de la fiesta, evitando que advirtiese la importancia de los clientes que participarían en ella. Lo importante en este tipo de negociación es que se limite a los marcos profesionales tanto como sea posible. Un error, una

infidencia que revelase a la proveedora de mujeres el valor comercial asignado a la reunión elevaría sus tarifas y pondría sobre aviso a las muchachas, que, en caso de establecer un vínculo de cierta intensidad con los clientes, podrían después tratar de obtener beneficios adicionales que complicarían las negociaciones en lugar de facilitarlas.

El director de bienestar y Fernando eligieron las muchachas, revisando cuidadosamente sus fotografías. Escogieron las morenas, las de narices más fuertes y mayores ojos del álbum, según la imagen que ellos tenían de cómo debía ser una gitana. De ellas, algunas fueron descartadas por tener compromisos previos, otras por ser demasiado jóvenes, y entre las restantes, siete muchachas en total, se escogieron las cuatro que Mary consideraba con mayores aptitudes teatrales. De todos modos una vestuarista y un maquillador de la agencia de publicidad trabajarían sobre las muchachas la tarde siguiente y volverían a instruir las por la noche del jueves, dos horas antes del encuentro en casa de Fernando, previsto para las nueve y media.

El director de bienestar salió de la reunión con Mary, que al despedirse besó a Fernando, al Vicepresidente y al Director. Los tres prosiguieron ajustando los planes y el Vicepresidente impuso a Fernando el significado de la negociación: la obtención del contrato antes de la partida de los japoneses implicaba adelantar en un año la totalidad del negocio, lo que traducido a dinero —«y el objetivo, Romero, es ganar dinero... no creo necesario repetírselo», dijo— significaba un ahorro de varios millones de dólares.

—Pero tranquilícese... ¡su ascenso ya está decidido...! No tiene nada que ver con esto... salvo que, si esto sale bien, vamos a estar mejor todos... y lo que es bueno para la compañía, Romero, es, en definitiva, bueno para usted... ¡grábeselo!

—Lo sé, lo sé —dijo Fernando, mientras el Vicepresidente le extendía su mano, despidiéndose.

Cuando salió el Vicepresidente, el Director volvió a insistir:

—Ya ve, Romero, por qué este asunto de los japoneses me tiene la pelota por el piso. ¡Todos involucrados! Y los hijos de puta no firman... ¿Por qué no firman? ¿Se le ocurre una explicación?

—No sé —dijo Fernando—, no estoy al tanto del negocio, pero tal vez vienen con instrucciones de esperar...

—Eso debe ser. Nuestro objetivo, ¡no lo olvide!, es que dejen todo firmado. ¡Grábeselo! Ya ve lo que dice el Vicepresidente. Usted sabe —confidencia bajando la voz— que el Vicepresidente es el que manda en este momento: ¡Es el número uno...! Así que vea qué puede hacer por mí. Todo lo

que pueda hacer por mí, entiéndalo, lo estará haciendo por usted. No sé si me explico.

—Sí, entiendo... haremos todo lo posible —dijo al despedirse.

Cuando entró a su oficina pidió a la secretaria que le consiguiese una botella de Coca-Cola. Tenía sed. Después, sentado frente a los papeles acumulados en su escritorio, grabó la palabra «gitanas» en su agenda para el día siguiente y revisó la correspondencia de la tarde. Eran circulares internas y memoranda sin importancia. Una hoja amarilla llamó su atención. Impreso en tinta color magenta decía «*Car two*: un nuevo incentivo». Era la solicitud de ingreso al régimen de *car two*. Se alegraba. Lentamente, cuidadosamente, comenzó a llenar los espacios blancos revisando con atención las instrucciones escritas sobre el margen en pequeña tipografía negra.

Al completar los datos faltaban quince minutos para las cuatro de la tarde. Miró su agenda en la pantalla de video y una frase intermitente le recordó que debía pasar por la sección enfermería de la oficina de bienestar para el chequeo de rutina. Ordenó los papeles, cerró con llave el cajón, bebió rápidamente la Coca-Cola y pidió a su secretaria que diera curso urgente a la solicitud del *car two*. Cuando salió hacia el pasillo del ascensor, pudo ver que la muchacha leía el formulario con curiosidad, y tal vez con admiración.

Quizá la compañía debiera preocuparse más por la promoción del personal inferior. La muchacha —pensaba— estará calculando las ventajas que obtenemos los jefes y ahora, con la planilla en sus manos, puede cotejar cuál es mi sueldo y compararlo con el suyo. No es justo, pensaba. Entonces sintió un escozor en el estómago. Tenía ansiedad. Habría tomado demasiado rápidamente la Coca-Cola, o quizá lo preocupaba la fiesta del jueves, los japoneses, las gitanas. ¿Lo preocupaba eso? No, se dijo. Había otra cosa. ¿Qué era eso? En el ascensor, al oprimir el botón del cuarto piso, lo descubrió: era el temor a la extracción de sangre. No es bueno que le pinchen a uno la vena. Había oído contar casos en los que una extracción mal hecha producía la entrada de pequeñas burbujas de aire que provocaron una lesión cardíaca, o peor, una lesión cerebral: la pérdida del habla o una pérdida parcial de la memoria. Hay quienes olvidan su domicilio, o su nombre, o lo ocurrido en los primeros años de sus vidas. La embolia arterial, si alcanza el tejido pulmonar, puede producir asfixia o parálisis respiratoria. También hay casos de agujas mal esterilizadas que transmiten virus: la hepatitis y ciertas formas de leucemia se contraen así, en inocuas operaciones de extracción de sangre. Cada seis meses, una extracción de sangre, era una práctica exagerada urdida por los directivos de la sección de bienestar para justificar sus costosas

instalaciones y la enorme cantidad de personal que últimamente empleaban. Ahora requerían su sangre, soslayando todos los peligros que una extracción de sangre hace correr al paciente.

Pero la presencia de la enfermera lo tranquilizó. Era una mujer rubia, espigada, de grandes ojos celestes que miraban serenamente. Sus manos grandes y pulidas y sus dedos fuertes, terminados en uñas cuidadosamente recortadas y limpias, conjuraban cualquier temor. Ella decía:

—No le va a doler.

—Está bien... —respondió él.

—Si se relaja —insistía ella mientras ataba una banda de goma en su brazo para provocar la dilatación venosa— ni lo va a sentir...

—Estoy relajado —decía él, y cerraba los ojos, sintiendo las yemas de los dedos de la mujer que corrían por el pliegue de piel de su antebrazo y acariciaban una zona sensible, que debía ser la vena. Entonces se esforzó para imaginar la forma de esa vena azul y con los ojos cerrados trató de hacerla crecer y ablandarse para que la aguja penetrara en ella blandamente.

Las agujas no terminan en punta. Tienen un corte oblicuo, en forma de espátula con bordes afilados para facilitar una penetración indolora. Pero él sintió dolor, y con el dolor sintió un fluir de burbujas que entraban en su vena y que contagiaban su estado gaseoso a la sangre y a todos los líquidos del cuerpo, que dentro suyo comenzaron a agitarse y a hervir, y mientras los poros de su frente, su espalda, sus axilas y el pecho se dilataban y transpiraban un sudor helado. Poco después de morir la enfermera le dijo que «ya estaba», que «no había sido nada», que no debía haber sentido dolor alguno y que mantuviese por un par de minutos el brazo flexionado con fuerza para que el pequeño apósito, presionando sobre su vena herida, cicatrizase el orificio a través del cual su sangre había pasado a poder de la oficina de bienestar. Con el saco en la mano, sonriente, se despidió de la muchacha y bajó con el brazo aún flexionado hasta el garaje donde lo esperaba su Ford.

15. Atender

No había muerto. Si el azar, si esa indeliberada constelación de acontecimientos que se suele denominar azar, o si una meditada intención de matar animó a la enfermera del consultorio de la oficina de bienestar de la compañía al extraer su sangre, el plan había fallado: estaba vivo. Vivo: para sentirse vivo nada hay mejor que apoderarse de uno mismo y manipularse a uno mismo, y para ser dueño de uno mismo y dirigirse a sí mismo como si uno mismo fuese un instrumento, apenas un instrumento de sí, nada hay mejor que conducir. El cuerpo —ochenta kilogramos— es sólo una pequeña cifra en las centenas de kilogramos de desplazamiento de un automóvil que con la velocidad se multiplican añadiendo a la fuerza tenaz, constante y opaca de la gravitación universal, una fuerza variable, indecisa, destellante: la conducción, la gravitación mecánica, un desafío a la obstinación y a la lentitud y la chatura del mundo. Por eso optó por el camino más largo para llegar al departamento de Helena, la ruta de la costa; la autopista semivacía a esa hora le permitía exigir el motor hasta el extremo de su rendimiento y correr y sentir en las curvas, en las barrancas y en las inevitables detenciones, como si una fuerza mayor que la gravitación universal dominara su cuerpo formando cuerpo con el cuerpo de la máquina, pero siendo a la vez dirigida por él, por esa parte suya que ni la gravedad del universo ni la pequeña gravitación del automóvil podían someter, porque esa era su libertad, su voluntad sometiendo al mundo representado por el diálogo esquemático entre la máquina y el asfalto. Estaba vivo.

Estacionando el Ford frente al departamento de su amiga, ya no le dolía el antebrazo. Miró el reloj: eran las cuatro y media. Se había adelantado a su cita. Encendió un cigarrillo antes de anunciarse por el portero eléctrico y se miró fumar en el reflejo de su cara en la placa de bronce de la puerta de entrada.

Una voz neutra, eléctrica, dijo: «Hola... qué temprano...», y de inmediato oyó una vibración en la cerradura de la puerta. Le habían abierto.

Helena lo esperaba en la puerta del ascensor. Descalza, vestía una túnica blanca, con su escote y su ruedo enmarcados por una guarda de motivos geométricos, griegos. No hacía mucho tiempo que Helena había advertido la asociación entre su nombre y la cultura clásica, desde entonces usaba túnicas en su casa y los objetos blancos y negros con motivos geométricos en su decoración comenzaron a desplazar los tonos pastel a los que había sido tan afecta.

Se saludaron y se abrazaron y después se miraron, sin hablar, todavía abrazados. Fernando llevó hacia atrás su cabeza, para contemplarla, y ella miró hacia arriba para que él pudiese reconocer sus largos cabellos, la frente despejada, los ojos grandes de marrón ambarino, la boca fresca, con los labios recién humectados con un cosmético, y los nítidos músculos de su cuello.

—Estás linda —le dijo.

—Vos también —dijo ella—. ¿Estás cansado? —quería saber.

—Un poco —respondió.

—¡Sacate los zapatos!

—Sí —dijo él, y se descalzó y se tendió en un gran almohadón que tenía estampada, sobre fondo gris, la imagen blanca de Pallas Atenea.

Ella se sentó a su lado. Lo miraba.

—No sé qué decir... —dijo él—, hace una semana que no nos vemos y no sé qué decir...

Ella lo miraba. Había cruzado sus piernas bajo la túnica y su cuerpo entero parecía sumergido bajo una carpa. No habló. Fernando apagó su cigarrillo y se tendió, mirando cómo el humo que acababa de espirar subía hacia el techo. Con los dedos entrelazados, sus palmas se apretaron contra su nuca, formando una tensa almohada que sostenía su cabeza. Estaba incómodo. Giró, se volvió boca abajo y sosteniendo su mentón con los puños miró fijamente a la mujer. Sentía su olor, floral, con fondo cítrico, y pensó que ella acababa de pintar las uñas de sus pies. Preguntó:

—¿Hay esmaltes de uñas perfumados?

—No. Nunca vi.

—No es mala idea. ¿No?

—No... pero dudo que se pueda... el esmalte tiene siempre acetona, o solvente, algo que tiene olor feo...

—Pero se va...

—¿Quién?

—Ese olor... ¿se va?, ¿no? —quería confirmar Fernando.

—Sí, se va.

—Entonces habría que hacerlo así, un olor que aparezca cuando el olor del solvente de la tintura se evapora... no debe ser difícil...

—¿No? —ella meneaba la cabeza.

—No... Para un químico no debe ser difícil.

—¿Por qué se te ocurrió eso? —preguntó ella, divertida.

—No sé, se me ocurrió... fue una idea del momento...

—No es mala idea... —dijo ella, entrecerrando los ojos, como escrutándolo.

—Te voy a preguntar algo —dijo él—. Pensalo bien antes de contestar: ¿hay algún momento en el que vos sos vos misma...?

—Sí —afirmó ella rápidamente.

—¿Cuándo...?

—Y... —vacilaba—, ¡cuando me voy a dormir! Cuando me duermo. Ahí soy yo misma...

—¿Y qué sos...?

—Nada: ¡yo!

—¿Y qué es eso?

—Nada, yo, lo que siento en ese momento...

—¿Qué sentís:?

—Cansancio... y a veces...

—¿A veces?

—A veces excitación sexual... entendés... me duermo excitada...

—¿Y eso sos vos?

—Sí. Debo ser así. ¿Vos no?

—No. Yo no —dijo él.

—Yo sabía... se te nota... ¿pero qué sos...?

—No sé... hoy se me ocurrió.

—¿Qué...?

—¡Hoy se me ocurrió que yo era letritas...!

—¿Letritas?

—Sí, letritas... estaba hecho de letritas, de imprenta, chiquitas, como las letras chiquitas de los diarios, la de los anuncios chiquitos...

—¡Los fúnebres...! —interrumpió Helena.

—Sí, como esas letras, pero en inglés... forman palabras en inglés.

—¿Y qué dicen?

—Nada. No quieren decir nada...

—Se ve que hoy no tuviste un buen día...

—No... creo que tuve un buen día... hoy me confirmaron que me ascienden...

—¡Vas a ser rico!

—Un poco... más trabajo... más divertido...

—¿Querés tomar algo...?

—Sí... un jugo... con algo...

—¿Con gin? —ofreció ella.

—Sí —dijo él.

—¿Pomelo?

—Sí... o lo que sea...

—Te preparo algo, y después me explicás cómo hacés para ser letritas...

—Es fácil —dijo él, y encendió otro cigarrillo.

La marca de los cigarrillos, escrita con pequeña tipografía en el papel, se quema al llegar a ella la brasa. Si se observa la ceniza, cuando todo el cigarrillo se ha quemado, es posible reconocer el breve texto, grabado como una suave sombra oscura sobre las cenizas.

16. Entender

—¿Me oís? —preguntó él, en voz muy alta.

Ella manipulaba copas y botellas en la cocina y dijo sí. Entonces él trató de contar una experiencia. Narró que esa mañana había salido de una reunión muy importante, que estaba tenso, y que se encerró en su oficina para relajarse. Apagó la luz, corrió las cortinas y se sentó a meditar en la oscuridad. Había ordenado a sus secretarias que no interrumpiesen. Entonces se había preguntado quién era él. Y vio que él era un tubo de carne, revestido por dentro y por fuera con una sustancia en movimiento. «Como animales», dijo, y preguntó a ella si lo estaba escuchando y ella gritó que sí, entonces prosiguió describiendo que eran animales pequeños, pequeños arácnidos, cuyos miembros se movían en distintas direcciones y que podían tomar la forma de cualquiera de las letras del alfabeto. Ella le extendió una copa de jugo de pomelo. Él bebió un trago y advirtió el perfume del gin y bebió otro trago.

—¿Me entendiste? —quería saber él, mientras abandonaba su posición horizontal y se sentaba en cuclillas sobre la alfombra, sosteniendo la copa en su mano derecha, entre cuyo índice y anular apretaba el cigarrillo humeante.

—Sí... un tubo, con letritas...

—No... ¡no me entendiste...! Si las mirás, se quedan quietas, pero sólo si las mirás, si no, siguen haciendo palabras todo el tiempo.

—¿Y qué dicen?

—Nada... lo que sos vos... dicen eso... lo que sos, pero cuando las querés leer —entendés— se quedan quietas y no dicen nada, arman palabras que no quieren decir nada...

—¿Y después?

—¿Después de qué?

—Después de eso... ¿qué pasó?

—Nada... lo vi... era la primera vez que lo veía tan claro.

—¿Y después?

—Y después nada... tuve otra reunión... una cuestión con unos clientes, y me confirmaron el ascenso.

—¿Estás contento?

—Sí... creo que sí... ¡Ayer mi perro mató a un pájaro...!

—¿Un pájaro?

—Sí... lo cazó al vuelo, le mordió la cabeza y le retorció el cogote.

—¿Y vos qué hiciste?

—Nada... le grité... pero era tarde... Después se lo conté a mi mujer.

—¿Y ella?

—Y ella se impresionó... pero en el fondo debió gustarle...

—El domingo hablamos de tu mujer —dijo ella, exhibiendo sus brazos: estaban bronceados.

—Sí... ¿con quién?

—Con Willy Bog, fui a navegar con él y hablamos de ustedes... los quiere Willy Bog.

—Es un gran tipo —dijo él—. ¿Te contó que tiene algo con mi mujer...?

—No... pero sospeché... ¿Sabés por qué?

—No.

—No sé, me dio esa sospecha... ¿viste los bigotes?

—Sí.

—¡Parece un marinero!

—No... a mí me parece más un pescador napolitano.

—Sí, o un pescador —dijo ella—, ¿pero vos sabés algo...?

—No... pero a veces sospecho. Ayer hablamos de él con mi mujer... lo quiere mucho... y hoy lo llamé...

—Sí... ¡si me pediste el número a mí...! ¿Qué hablaron?

—Nada... no estaba...

—Pero ¿qué querías hablar?

—Nada, una consulta, una curiosidad sobre un molusco, pero seguramente Rita se lo va a preguntar...

—Yo lo quiero a Willy...

—Sí, es un gran tipo... —dijo él—, ¿te casarías con él?

—Sí... si me ofrece, sí...

—¿Y conmigo...?

—No. Sos casado. No me gustan los casados.

—Yo sí me casaría con vos. Si mi mujer se va con Willy Bog, me casaría con vos...

—¿Y dormirías conmigo...?

—Sí.

—¿Todas las noches?

—Sí, claro, menos cuando esté de viaje...

—¡No soportarías...!

—¿Por qué?

—Porque soy así... ya te dije, cuando me duermo, soy yo...

—No veo por qué —dijo Fernando y poco después corrigió—. Sí... veo por qué... tenés razón... decime...

—¿Qué?

—Willy Bog... ¿soportaría...?

—Sí... creo que sí.

—¿Sos amante de él...?

—Amante, amante... no sé... salí unas veces... ¿celos?

—No... saber... ¡curiosidad! —dijo él.

Después se desnudaron y se acostaron. A las siete de la tarde sonó la alarma del reloj pulsera de Fernando y se levantó, preparó café para ambos, se dio una ducha, bebieron el café juntos, ella le secó el pelo con su secador eléctrico y él salió del departamento a las ocho menos cuarto. Ya había oscurecido. El tránsito estaba pesado en la autopista y llegó a su casa a las ocho y media.

17. Entretener

Rita lo esperaba:

—No quise preparar la cena... llegué muy tarde... —dijo al recibirlo. Contó que había contratado un automóvil de alquiler, porque traía muchos paquetes y quiso mostrárselos mientras le extendía una Coca-Cola con gin y lo convencía para que fuesen otra vez a cenar al centro de la ciudad.

En el living había varios paquetes, agrupados en tres bloques, uno sobre cada sillón:

—Esto es para mí —dijo ella señalando un sillón— y estos —agregó— son cosas para la casa. —Sobre el sofá se veían cajas que podían contener artefactos eléctricos de cocina, lámparas o artículos de menaje.

—¡Y estas son cosas para vos...! —dijo, y él la besó.

—Gracias... ¡cuántas cosas...! —comentó mientras abría un sobre de papel marrón con el sello de la sastrería Grant's. Había un suéter de lana gris y una corbata de seda neoyorquina—. ¡Son lindas...!

—Y mirá esto —dijo ella mostrando una caja cúbica de cartón.

Fernando la abrió y extrajo su contenido. Era un viejo sextante marino, marca Danforth, con varios filtros de colores para el sol y escala vernier de platino.

—¡Es maravilloso! —exclamó.

—Y para la oficina esto... —dijo ella, y le alcanzó una caja, más pesada que la anterior.

Fernando se asombró. En el interior había una pieza de madera, una culata de vieja pistola Mauser, dentro de la cual estaban el cargador y los mecanismos originales del arma, sumergidos en una pieza de acrílico color humo con la bandera del Tercer Reich esmaltada en rojo y blanco en el ángulo inferior izquierdo.

—¡Pero fue un arma de verdad...! —se asombró.

—Sí... —dijo ella—, pero mirá... fijate lo que hace...

Fernando no comprendía el funcionamiento de un pulsor de metal dorado y ella le explicó, arrebatándole la culata de sus manos:

—Fíjate —dijo y apretó el pulsor, y una llama color azul emergió del extremo de la caja-culata: era un encendedor.

—Enciende cigarrillos y graduándolo sirve también como lámpara de gas.

En efecto, un adminículo de cristal con un espejo de acero transformaba la llama del encendedor en una lámpara que destellaba luces amarillentas.

A Fernando le gustó mucho ese regalo y lo tuvo en sus manos mientras su mujer mostraba las cosas que había comprado para ella: dos vestidos de noche, de seda cruda, un tapado de lana, italiano, imitando el viejo barracán criollo, un par de botas de esquiador, y una campera de piel de zorro, con capucha y aditamentos de cuero de andina.

—Debe ser carísima...

—No... no mucho... ¿sabés cuánto gasté...?

—No... ¿veinte millones? —arriesgó Fernando.

—No... mucho menos... once millones de pesos gasté en total...

—Debés estar cansadísima.

—No... ¿vamos a comer afuera?

—Sí... pero antes quiero fumar un cigarrillo tranquilo —dijo él y encendió un 555 con su encendedor-pistola y se recostó en el sofá a fumar mientras ella llevaba sus paquetes a la habitación. Después tomó dos pastillas de Qualine y separó dos para su mujer y pensó que, si él hubiese realizado esas compras, habría gastado el doble o el triple. Las mujeres tienen una habilidad especial para distribuir el dinero de las compras: saben regatear, tienen voluntad para caminar buscando mejores precios y establecen con vendedores y vendedoras una relación más espontánea que los hombres.

Es natural: cuando el vendedor se enfrenta con un hombre debe someterse. El hombre ordena; el vendedor satisface, seduce. El hombre no puede subordinarse al vendedor sin traicionar su vida, todo lo que ha sido él en la vida hasta el instante de comprar. Para la mujer, situarse bajo el vendedor —acatarlo— es una disposición natural. Casi, se diría, las mujeres no hacen otra cosa en el mundo y entonces pueden —deben— pedir al vendedor algo a cambio: descuento, mejores artículos, más información. Eso, o algo semejante, debiera explicar por qué siempre las mujeres tienden a comprar mejor que los hombres. Pensaba en las mujeres, y en los vendedores y las vendedoras y los hombres, cuando comenzó a sentir en la piel de su cuello el escozor que indicaba que el Qualine comenzaba a ejercer sus efectos. Sin embargo, un punto duro en la garganta pareció anunciar que por lo menos una de las pastillas no había terminado de pasar a su estómago. Se incorporó y tomó el vaso de gaseosa con gin y bebió dos largos tragos. La

sensación de su garganta desapareció, y el escozor del cuello se extendió a sus orejas y hacia abajo, a los músculos pectorales, mientras una sucesión de ondas concéntricas de bienestar se difundían por su cuerpo. «Estoy bien», se dijo.

—Estoy muy bien —anunció a Rita, que llegaba del piso alto de la casa.

Sonrió y tomó las dos píldoras que Fernando había dejado para ella en la mesa y bebió un sorbo de su Coca-Cola. Habló ella:

—Yo también... estaba un poco cansada, ahora me siento mejor. ¿No te vas a bañar? —preguntó.

—No... No tengo ganas. ¿A qué hora salimos?

—¿Nueve y media? —proponía ella.

—Bien... —dijo él—. ¿Invitamos a alguien?

—Como quieras... Me da lo mismo.

—A mí también me da lo mismo —dijo él.

—Entonces vamos solos. ¿Dónde comemos?

—¿En el chino?

—Sí... en el chino... no es mala idea...

—Ah... hablando de chino —dijo él—, hoy lo estuve buscando a Willy Bog.

Ella pareció sorprenderse y él le explicó que había hablado con Helena, que le había pedido el teléfono de Willy, que lo llamó, que no lo había encontrado, que había dejado un mensaje en su oficina y que después había ido a visitar a Helena, por eso había llegado tarde.

—¿No tenías una reunión? —Dudó.

—Sí... pero se suspendió, por eso fui a visitar a Helena. Parece que ella tiene algo con Willy Bog. Se fueron juntos a navegar... —dijo, mirando cómo reaccionaba Rita, pero a ella no pareció importarle el tema, limitándose a decir que Helena era una mujer agradable, linda y simpática, pero un poco loca.

Él preguntó por qué le parecía «un poco loca» y ella dijo que por su manera de vivir.

—Se parece a Willy... —dijo él.

—Sí... pero es distinto... él puede vivir así porque es hombre. ¿Querés escuchar algo?

—Sí... poné algo...

—¿*Peer Gynt*?

—Sí... si querés...

Ella puso un casete en el equipo de sonido y la música invadió el living de la casa. Los sonidos bajos parecían surgir del suelo de madera. Los agudos estallaban en los rincones y por momentos las armonías de la orquesta parecían solidificarse en las paredes altas. Una escala descendente de cuerdas bajaba desde el primer piso. Lo percibía con nitidez e hizo una seña a su mujer: con el dedo índice apuntando a la escalera de peldaños de cedro macizo trazó los ángulos que producía cada nota y ella asintió, indicando que percibía lo mismo. La larga escala descendente parecía compuesta sobre la imagen de esos peldaños. Nueve notas.

Ella encendía un cigarrillo con el encendedor pistola y se detuvo a mirar la llama azul, rodeada de un aura amarillenta. Él también miró la llama, que por momentos crecía y volvía a extinguirse lentamente como siguiendo las ondas de la música y las ondas de bienestar que corrían por su cuerpo. El bienestar se transformó en un sentimiento que le provocaba Rita. ¿Cómo definirlo? Si tuviese que escribirlo para ambientar una escena de una película diría «cariño». Pero no hay manera de filmar cariño sin agregar un brillo en la mirada, o detener el tiempo de la cámara sobre los ojos, la nariz y los labios de ella como si él mismo los mirase. Esas ondas de bienestar se extendían ahora más allá de su cuerpo y envolvían a la mujer, rebotaban en ella y volvían a él marcando en su cuerpo la presencia del cuerpo de la mujer. Su cara era la cara de ella. Sus labios, los labios de ella que ahora soplaban la llama del encendedor y el calor de la llama que ella estaría sintiendo lo sentía él cerca de su cara. Es como ser la misma persona, se dijo, y pensó que ese sentimiento era provocado por la tácita aceptación de su aventura con Helena. Ella sabía o no sabía de su relación con Helena como él conocía o desconocía su relación con Willy Bog, pero ni Helena ni Willy Bog estaban allí. Estaban solos, y podían estar uno frente a otro porque estaban Helena y Willy Bog afuera, definiéndolos.

El cansancio había desaparecido. Terminó la copa de gaseosa y encendió otro cigarrillo. Después subieron juntos al primer piso, se lavaron, él se puso colonia en la cara y arregló su corbata, cepilló los hombros de su saco y esperó en el garaje que ella terminara de vestirse y de cerrar la casa. Hablaría de la fiesta del jueves en el restaurante, cuando ordenasen el primer plato.

18. Repetir

Horas después Fernando recordaría todo. Que ella cerró la casa y que cuando subió al automóvil, con su vestido nuevo y su perfume nuevo, él preguntó si había cerrado bien la casa y ella respondió que sí, que había cerrado con la traba principal de seguridad, y para corroborar su afirmación exhibió la llave de acero inoxidable que aún llevaba en la mano. Eran las nueve y media en el reloj del Ford cuando entraron a la autopista. El viaje hasta la desembocadura en el centro de la ciudad fue rápido, no más de seis minutos de despreocupada marcha por el carril de cien kilómetros por hora, pero el acceso a la ciudad estaba interrumpido. Durante la mañana hubo aquella inauguración que afortunadamente pudo sortear; por la noche la causa fue un accidente que el público agolpado en las inmediaciones del lugar del hecho trataba de contar a todos los automovilistas que protestaban por la obstrucción del tránsito. Al parecer, alrededor de las ocho una mujer, habitante del conglomerado de viviendas populares vecino a la autopista, agobiada por sus preocupaciones económicas y desesperada por el abandono de su marido, se había arrojado al paso de un camión que transportaba pesadas bobinas de papel, llevando en brazos a sus pequeñas hijas, dos niñas que tendrían un año y medio la mayor, y unos pocos meses de edad la menor. Pero no era el suicidio —todos en las inmediaciones consideraron que se trataba de un típico cuadro de suicidio— lo que provocó la obstrucción de tránsito. Señalaban los curiosos que la causa era una instrucción del juez que entendía en el suceso. El juez —decían— había exigido a la policía caminera que instalase una valla de maderas pintadas con franjas amarillas alrededor del sitio donde el camión había aplastado a la infeliz mujer y a sus niñas, para mantener libre de circulación ese tramo de la ruta que conservaba las huellas del hecho, desde allí hasta el lugar, distante a unos cien metros, donde el acongojado chofer del camión había salido de su carril para detener su Scania en la banquina.

Y por eso no fueron al restaurante chino. Llegaron a la calle de los restaurantes a las diez y Fernando había querido beber algo, pues no sentía apetito.

—Necesito un trago —había comentado a Rita.

Entonces estacionaron el automóvil y fueron a un bar que imitaba un viejo pub de la ribera del Thames. Allí en la barra encontraron a Federico y a Diana, un matrimonio vecino, y estuvieron largo rato bebiendo whisky y comentando con ellos el accidente y otros temas relacionados con la pequeña vida social que —Federico compartía esta idea con Rita— comenzaba a gestarse alrededor de las trescientas viviendas que rodeaban el gran campo de golf.

Fernando había dicho que era un fenómeno momentáneo, que no bien comenzasen las vacaciones la gente se instalaría en sus quintas o en sus lugares de veraneo y dejaría de visitarse y de invitar a sus vecinos. Diana estaba de acuerdo, pensaba lo mismo y además prefería que ella y Fernando tuviesen razón:

—No es bueno —había dicho— mezclar las amistades con los vecinos.

—Al final, todos nos vamos a sentir vigilados por los vecinos... —temía Fernando.

—Pero eso es mejor para la gente que tiene chicos... —defendía Rita.

—Pero peor para los chicos —dijo Fernando y Diana manifestó su acuerdo.

Diana era vehemente. Cuando quería imponer un comentario o defender una opinión, pitaba con fuerza el cigarrillo, levantaba su cuerpo pisando sobre la baranda de bronce de la barra del pub y agitaba las manos haciendo sonar los gruesos trozos de hielo en su copa.

Federico asistía a esos despliegues mirando por el espejo cómo los movimientos y las palabras fuertes que empleaba su mujer llamaban la atención de otros clientes de la barra. A Fernando esto lo divertía, pero, recordó horas más tarde, en algún momento sintió piedad por el marido, expuesto de esa manera incontrolable a la mirada de censura de todos.

Cuando bebieron la tercera vuelta de whisky Fernando invitó a todos a comer en el restaurante americano contiguo al pub, pero Diana y Federico se disculparon: no tenían apetito, querían seguir bebiendo y habían encontrado a otros amigos con quienes se disponía a entablar conversación. Fernando y Rita se despidieron y se sentaron a comer. Mientras encargaban el primer plato él insinuó su preocupación por la reunión del jueves. Temía que Rita, sensibilizada por el diálogo con la ruidosa Diana, pusiese reparos o condiciones a esa reunión que para él, para el destino de su trabajo, era tan importante. Pero ella comprendió y prometió su colaboración, interesada y a la vez divertida por la cuestión de las gitanas.

Antes de probar la ensalada de paltas, palmitos y langostinos que compartían como primer plato, Fernando sacó de un bolsillo dos cápsulas de Qualine y convidó a su mujer. Las tomaron con agua mineral y al promediar el plato una mirada de ella confirmó que sentía el mismo efecto: las ondas de placer que se distribuían por la piel del pecho a la vez que iba desapareciendo, en rítmicas oleadas, la leve embriaguez que les había provocado el whisky.

Al salir del restaurante y durante el camino de regreso a la casa, Fernando explicó a Rita cómo debía manejarse con los funcionarios de la división de bienestar que la asistirían en la preparación de la fiesta de la noche del jueves, y ella le dijo que no se preocupara, que en la logia habían dedicado varias reuniones a considerar cómo las mujeres de los directivos de empresas debían integrarse al trabajo de sus maridos. Entonces Fernando recordó la reunión de PEO de la tarde del lunes y, simulando una confesión, dijo que por momentos sentía envidia a causa del dinero que ella había ganado en su DAR.

—¿Qué es el dinero? —preguntó ella—. ¡Nada! —se respondió.

—Hay gente —dijo Fernando sin mirarla— para la cual el dinero es todo —miraba las luces rojas de un automóvil que marchaba delante de su Ford, a unos cincuenta metros. El conductor estaba reduciendo exageradamente la velocidad. Corrían por el carril de cien kilómetros por hora y el velocímetro en el tablero frente a Fernando indicaba ochenta kilómetros por hora. Era peligroso: pronto se formaría detrás del Ford una densa cola de automóviles que, como el suyo en ese instante, harían guiños y cambios de luces para exigir a los que marchaban delante que acelerasen recuperando de ese modo la uniformidad de avance requerida por las normas de la autopista.

—Debe ser triste para ellos —dijo Rita.

—No si aceleran o cambian de carril... ¡no sé por qué no cambian de carril! —se quejó.

—No... —aclaró ella—, hablaba de la gente que sólo se interesa por el dinero...

—Sí... debe ser triste —dijo Fernando— pero por suerte pronto llegamos. Debe ser terrible estar en la autopista sabiendo que pocos metros adelante avanza un irresponsable capaz de poner así en peligro a todo el mundo.

—La mayoría de los que manejan son irresponsables —reflexionó Rita y Fernando pensó que ella volvía sobre el tema del automóvil para grabar un precedente que le serviría la próxima vez que él tratase de instarla a renovar su licencia o a manejar.

Llegaban. A lo alto, sobre el parabrisas del Ford, permanecían las grandes lámparas de la autopista figurando un techo virtual para la larga caravana de

automóviles. «Un techo de luz», pensó Fernando. Pronto tomaría la plataforma de salida hacia su barrio, y las grandes luces desaparecerían y entonces sólo la bóveda del cielo, superpoblada de estrellas en ese momento, limitaría su mirada y la de su mujer, si también ella se interesaba en mirar hacia lo alto.

Dejó el carril de los ochenta kilómetros por hora, pasó al de sesenta, dejó después el de sesenta e ingresó en el de cuarenta kilómetros por hora, que imperceptiblemente se fue transformando en la plataforma de salida. Entonces puso la tercera marcha y soltó el acelerador: el motor giraba ahora empujado por la inercia del movimiento del automóvil. Una exacta inversión —pensó—, todo el tiempo ha girado el motor para llevar su fuerza hasta las ruedas, y ahora las ruedas, impulsadas por la velocidad y por el sensible declive del camino, devuelven su fuerza al motor, que gira. Después oprimió levemente el freno. El Ford se desplazaba a treinta kilómetros por hora y al llegar a la calle de acceso al barrio tomó la curva guiado por el agudo peralte del camino y se detuvo al enfrentar la barranca que los diseñadores de la autopista previeron para garantizar la seguridad de las zonas urbanas, probablemente sin saber que años después un automovilista encontraría un intenso placer en la ilusión de ser manejado por el camino, al cabo de tanto conducir. ¿Llegará el día en que los automóviles, cuidadosamente programados, lleven al hombre hasta su casa sin requerir ninguna decisión libre, que, a fin de cuentas, es la principal causa de todos los problemas y los accidentes de los caminos? No era la primera vez que se formulaba esa pregunta.

Seguramente Rita no se preguntaba lo mismo. ¿Qué pensaría ella? Preguntarle qué pensaba en aquel momento sería inútil. Preguntar a alguien qué piensa en determinado instante es preguntar qué piensa que piensa que debiera pensar según lo que pensara necesario provocar en el otro, en el que pregunta, pensó Fernando. Entonces, mientras manipulaba el botón del comando radial que abriría la puerta del garaje de su casa, pensó que estaba pensando sobre el pensar y que eso debía ser lo que algunos llamaban «filosofía» y dijo a Rita que era gracioso, pero que había conducido lentamente durante el camino entre la casa y la autopista porque estaba «filosofando».

—¡Filosofando...! —se asombró ella.

—Sí, aunque no lo puedas creer, filosofando —dijo, e imaginó que su mujer lo estaría admirando en ese instante, pero ella indicó:

—¡Qué raro...! ¡Todas las luces prendidas!

—¡Dejaste todas las luces prendidas! —reprochó él.

—No... ¡estoy segura que las apagué...!

—No puede ser —dijo él—, no pueden haberse prendido solas.

—No —reconoció ella—, no pueden haber prendido solas.

19. Replegar

La filosofía es una cosa inútil. ¿Para qué sirve pensar en las cosas inútiles? Es inútil. Venía por la autopista, dentro de su piel, dentro de su automóvil, dentro de un campo físico que se desplazaba bajo un largo túnel de luz que se extendía por la autopista, bajo la bóveda del cielo, y recién pudo verlo cuando dejaron la autopista y se interrumpió la sucesión de altos reflectores de vapor de mercurio, reemplazada ahora por periódicos faroles de neón imitando viejos faroles de suburbios ingleses, o franceses quizá. Si alguien va enfundado dentro de su piel, dentro de su automóvil, y piensa sobre el pensar, está pensando inútilmente, pues quien viaja a su lado enfundado en su piel, aunque sea su mujer, permanece ajeno a lo que él piensa, y todo lo pensado por uno solo, una vez que enfrente al pensamiento de otro, puede servir para algo, pero ese algo nunca coincidirá con la finalidad para la que inicialmente fue pensado. El mundo —pensó Fernando— no puede cambiar a causa de los pensamientos. Son los pensamientos entrettejidos con los actos los que pueden cambiar el mundo o interferir en el desarrollo de los procesos del mundo para que la voluntad de uno mismo grave su huella en los procesos y permita extraer de ellos algún provecho. Seguramente a los filósofos les sucede lo mismo que a los hombres comunes que llegan a su casa y al cabo de su filosofar arriban a la misma conclusión: que todo es inútil. Alguien llega filosofando, pensando las cosas con tanta profundidad como la que alcanza a representar la bóveda oscura del cielo sobre los autos y las ciudades, y encuentra que su casa ha permanecido toda la noche con las luces encendidas, a causa de la distracción de una mujer. ¿Para qué sirve, pues, pensar?, pensaba Fernando.

Miró el reloj. Eran las once y media. Rita tomó su brazo mientras él giraba la llave; parecía asustada. Entraron.

—¿Sentiste un ruido? —dijo.

—No —respondió él, mientras se quitaba el saco y desanudaba su corbata mirando el living y la escalera que conducía al piso alto, totalmente

iluminados, imaginando que ella simularía temor para ocultar su distracción. Entonces él también creyó oír ruidos.

—Es Dick —se convenció.

—No... —dijo ella—, hay alguien...

—Dicky, Dicky —llamaba él a su perro.

Pero el perro no se acercó. Era frecuente: por las noches, cuando quedaba solo, Dick se sumía en un profundo sueño sobre la alfombra del dormitorio, con el hocico metido entre las pantuflas de Fernando, y a veces, cuando él había dejado un suéter o un viejo pantalón colgado al descuido sobre una silla, el animal arrastraba la prenda y hacía con ella un ovillo sobre el que reposaba su cabeza.

—Dicky, Dicky, Dicky —volvió a llamar.

Pero el perro no respondía. Entonces oyó un ruido más fuerte que surgía de un rincón del living. Era un hombre, hasta ese momento oculto tras el respaldo del sofá, que se ponía de pie. Vestía una campera color castaño, sus pelos eran largos y la expresión de su cara joven parecía decidida cuando ordenó:

—¡Quédense quietos, con los brazos en alto! —apuntaba con una pistola ametralladora al vientre de Fernando.

Fernando liberó su brazo, que sostenía la mano de su mujer, y lo alzó y cuando ella alzó sus brazos percibió que temblaba y pensó que estaría a punto de desmayarse. Fue un instante; después llegaron los otros.

Tras un sillón que enfrentaba al sofá de tres cuerpos apareció un hombre, también joven, de cabellos rojizos y cutis pecoso. Detrás del pequeño órgano donde Rita solía practicar las partituras en cifra que los fabricantes entregan a los compradores del instrumento, apareció una mujer menuda, de no más de veinte años. La muchacha apuntaba con una pistola y con su mano izquierda extrajo un cigarrillo del bolsillo superior derecho de su campera, del mismo color que la del hombre de la ametralladora. Del primer piso bajaron dos personas, uno era un muchacho de aspecto afeminado, que comía un pedazo de torta y llevaba una enorme cartuchera terciada sobre su pecho. El otro era un hombre moreno, de grandes bigotes negros y ademanes rudos. Estaba desarmado y se acercó y tomó la cartera de Rita, verificando en su interior. Después revisó el saco de Fernando y palpó sus pantalones.

—No tienen nada —dijo y con una seña ordenó a la mujer que había encendido su cigarrillo que revisara a Rita.

La muchacha palpó violentamente el cuerpo de Rita y anunció a sus acompañantes:

—Nada...

—¡Siéntense! —ordenó el de la ametralladora.

Fernando y Rita, demudados, caminaron hacia el sillón.

—¿Qué es esto...? —preguntó Fernando. No reconocía su voz: entrecortada, aguda, procedía de una garganta seca, como si todo su cuerpo se hubiese transformado en una piedra áspera y fría.

—Una toma... —dijo la muchacha.

—Entendés. ¡Una toma! —agregó el que hasta ese momento había estado comiendo una porción de torta.

—No se preocupen, ya terminamos —dijo el de la ametralladora—. ¿Vieron arriba? —preguntó a los otros.

—Sí —dijo el de bigotes—, todo requisado.

—¿Encontraron algo? —volvía a preguntar el de la ametralladora. Era el jefe.

—No... nada de interés —dijo el de la porción de torta.

—¡Bueno! ¡Mejor!

—Señora —habló el jefe como recitando una lección—, esto ha sido una toma, una advertencia. Nuestra patria —decía y sus seguidores lo miraban severamente— se encuentra en guerra y los enemigos son el Estado, las Fuerzas Armadas y las empresas capitalistas. Es hora de que los asesinos sean juzgados y los criminales y los torturadores, pasados por las armas. Nuestro pueblo ha dicho basta. Eso deben saberlo bien todos. El pueblo ha dicho basta y esta casa ha sido allanada para anunciarlo. No teman —dijo exhibiendo su ametralladora que ya no apuntaba a Fernando, sino al suelo—, está descargada. Esto ha sido una toma de práctica. ¡Buenas noches!

Con un movimiento de la cabeza ordenó a sus acólitos que lo siguieran y partió hacia la cocina. Fernando fue tras ellos, quería verificar qué se llevaban. La última en salir fue la muchacha: entornó la puerta que se abría al jardín, miró a Fernando, volvió a entrar a la cocina y disculpándose con un movimiento de hombros tomó una porción de torta y salió corriendo, para alcanzar a sus compañeros que a paso vivo se alejaban por el jardín rumbo al campo de golf.

Fernando miró cómo aquellas siluetas se deslizaban hacia las sombras. Su corazón latía desordenadamente y carraspeó varias veces para convencerse de que podía recuperar su voz natural. La mirada pícara de la muchacha al recoger su pedazo de torta lo preocupaba: en su memoria creía reconocer que ella le guiñaba un ojo —el derecho— pero, aunque no hubiese guiñado su ojo, estaba seguro de que había emitido un gesto de complicidad, y al volver al

living lo envolvió el pensamiento de que su imagen masculina elegante, por contraste con tantos hombres desaliñados y toscos, como eran la mayoría de sus acompañantes, o afeminados, como parecían uno o dos de ellos, había impresionado a la muchacha. Olvidó comentar su sensación con Rita, que permanecía sentada en el sofá, la cabeza recogida sobre las rodillas. Se sentía mal:

—Me siento mal... —dijo.

—Sí. Yo también —respondió Fernando, y se alegró porque había recuperado su tono de voz—. ¿Se habrán llevado algo?

—Seguramente... hay que revisar...

—Aquí no falta nada... —dijo Fernando mirando en derredor—, habrá que llamar a la policía...

—Mejor fijémonos primero qué falta... —dijo ella y subió al piso alto seguida por Fernando.

Desde el interior del placard llegaban quejidos. Era Dick; encerrado, sólo atinaba a llorar. Fernando abrió el placard y el perro salió agitando su cola y emitiendo brevísimos ladridos de alegría. El placard estaba desordenado, alguna ropa había caído al piso y el contenido de los cajones había sido arrojado sobre la cama del dormitorio.

—El dinero está... —dijo Rita.

—¿Y la caja fuerte?

—No parece que la hayan tocado...

Fernando buscó la llave y abrió la caja fuerte. En su interior sobres con documentos, escrituras y un pequeño alhajero con joyas y monedas de oro estaban intactos.

—No se llevaron nada... —confirmaba ella.

—Así parece... falta la torta... se llevaron la mitad de la torta... —dijo Fernando. Ahora reía.

—Habría que avisar a la policía... —dijo ella.

—Sí... ahora voy a llamar... Aunque tal vez no convenga...

—¿Por qué? —dijo ella.

—Porque pueden tener interceptado el teléfono.

—¿Y a qué vinieron?

—A intimidar... ellos mismos dijeron... ¡a hacer una práctica...!

—¿Serán guerrilleros...?

—Sí, seguramente... o gente que se entrena para eso... no creo que si fuesen guerrilleros en actividad llevaran las armas descargadas...

—Tal vez son policías... —sugería Rita.

—Lo dudo... —dijo Fernando—, ¡si fuesen policías habrían robado algo...!

—¿Robado algo?

—Sí... si fuesen policías habrían robado algo para despistar...

—¡Tenés razón! —dijo ella.

Trataban de ordenar el contenido de los cajones que los visitantes habían vaciado sobre la cama. Rita había abierto las cortinas para que las fuertes ráfagas de aire limpio que procedían de la calle pudiesen limpiar el mal recuerdo del terror que poco antes padecieron. En un momento dijo:

—Dejemos todo así... mañana será otro día y cuando vayas a la oficina yo arreglaré todo... ¿vas a llamar a la policía?

—No... pienso que será mejor cerrar bien la casa por hoy. Mañana consultaré con los jefes de la división de seguridad de la compañía...

—Hacé lo que quieras... yo creo que habría que cambiar las cerraduras...

—Sí... mañana mismo, pero ¿cómo entraron?

—Forzando la puerta, con ganzúas... ellos deben tener ganzúas especiales —imaginaba Rita.

20. Reconocer

Eran las doce y media y tomaban el té. Habían bebido whisky hablando sobre la experiencia. Trataron de explicarla, de interpretarla, y Rita debió reconocer que él analizaba las situaciones con mayor objetividad. Es que la casa es un mundo perteneciente a la mujer. No importa cuántas cosas del hombre haya en la casa, ni cuánto se esfuerce un hombre por grabar huellas de su vida masculina en cuartos, paredes, ámbitos y rincones. La casa es como un cuerpo de mujer y esa visita intempestiva —acordaron— era como la profanación del cuerpo de una mujer. Rita preguntó si él pensaba que equivalía a una violación y él dijo que no, pero que podía ser una suerte de infidelidad, no de la mujer hacia el hombre, sino de toda la parte femenina del mundo contra toda la parte masculina.

—Como si el mundo estuviese dividido en dos bandos antagónicos... ¿mujeres y hombres? —había preguntado Rita, y él dijo que sí, que pensaba que era algo así, pero que había bebido demasiado para poder definirlo mejor. Hubiese querido decir otra cosa; había tratado de decir que él había vivido demasiado dentro de ese mundo para poder reconocer en qué consistía.

—Es como los peces... lo último que puede llegar a saber un pez es que vive en el agua —explicó, y se sintió conforme: no había alcanzado a describir lo que sentía pero la alegoría de los peces, aun asumiendo el ridículo de atribuir a los peces un grado de conciencia tan alto como para percibir las diferencias entre el agua y el aire, como intento de explicación de eso que sentía con tanta claridad, le parecía un descubrimiento de aquella noche.

—Para eso lo han de hacer... para que nos sintamos profanados... —reflexionó Rita.

—Es posible —dijo él, y agregó que, si tal fuera el objetivo de los guerrilleros que se ejercitaban de ese modo, lo hacían con inteligencia.

—¿Por qué? —quería saber ella.

—Porque profanando de esa manera te hacen pensar en todas las otras profanaciones.

—¿A qué te referís?

—No sé... —dijo él—, de repente pienso que lo que hacemos al comer, al salir, al leer el diario, es una constante profanación... pero es una idea del momento, seguro que mañana —dijo abrazando a su mujer— ni me voy a acordar de esto...

—Ojalá —dijo ella, y lo besó.

Después fueron al dormitorio, olvidando las luces del piso bajo encendidas. Se desnudaron, apagaron las luces de la habitación y se tendieron abrazados sobre la cama. Fernando, que no recordaba que aquella tarde se había acostado con Helena, imperceptiblemente fue conducido por las caricias de su mujer a las preliminares del acto amoroso. Estaba excitado: no podía borrar de su memoria la imagen de la muchacha robando la porción de torta de manzana y esa figura guiñaba ahora sus ojos, mientras su nariz, delgada y firme, se poblaba de pecas y su cabello se teñía de rojo. *Toda mujer debe ser pelirroja por lo menos una vez en su vida*, decía un antiguo anuncio de tinturas para pelo. Apenas recordaba el cabello de la muchacha. No era pelirroja: se tornaba pelirroja cuando guiñaba cómplice en el recuerdo. Pelos rojos y gruesos, extremadamente tupidos, contrastaban con la piel delicada a la que sólo unas pecas juguetonas en la mejilla y en la nariz irregularizaban. Las mujeres pelirrojas llevan algo menstrual en la piel, pensó Fernando, y recordó que Rita había anunciado que en esos días ovularía. Se preocupó:

—¿Ovulabas en estos días...? ¿No?

—Sí, pero ya me cuidé —dijo ella.

Él trató de eliminar la imagen de su mujer aplicándose anticonceptivos y volvió al recuerdo de la muchacha. Estaba armada. Terciada sobre su pecho llevaba una cartuchera, con una pistola grande, como las Walther especiales para la práctica de tiro deportivo. En el borde inferior de la imagen, un grueso cinturón de suela color caoba sostenía otra cartuchera con un revólver de grueso calibre y gruesas cachas, pero de caño corto. En el lado opuesto, sobre la cadera, un filoso puñal amenazaba desde su vaina de metal negro. Tan armada, la imagen requería muslos más fuertes que esos que los holgados pantalones de la muchacha habían permitido entrever. La dotó de muslos firmes, delgados pero firmes, que se articulaban sobre las rodillas de una manera atlética, masculina. Piernas firmes como las de un tirador experimentado sostenían el cuerpo, los ojos verdes, los cabellos rojos y gruesos como arterias y las pecas, islitas de pigmento marrón rojizo sobre una piel serena: todo eso sostenían las piernas del cuerpo que ahora acariciaban las manos desarmadas de la muchacha. Eran manos elegantes, fuertes, manos de bailarina, que nunca rehusó la acción, la aprehensión de raquetas o remos o

volantes de automóviles sport o jeeps, pero capaces de acariciar maternalmente la piel de un hombre, como ahora en su imagen, acariciaban su propia piel de mujer, suave bajo la blusa militar entreabierta, los pechos firmes y el vientre tenso que exigía su pose guerrillera. Desarmada, acariciándose, lo miraba guiñando sus ojos, frunciendo su nariz. «Tú hueles bien, muchacho», parecía decir cuando sonriente y juguetona, ya desarmada, seguía siendo una imagen peligrosa en la oscuridad del cuarto, mientras el cuerpo de Fernando entraba en la sabia sincronía del amor de Rita y continuaba siendo peligrosa cuando ambos se durmieron mientras ella se mantenía mirándolos, con la blusa entreabierta, el arma nuevamente terciada sobre el vientre y los pechos caídos ahora.

21. Recomenzar

La claridad del amanecer los despertó. Rita giró en la cama y cubrió su cara con una almohada. Fernando sentía sed, quería beber un vaso de leche. Se incorporó y dejó la cama, pero al descubrir la habitación desordenada recordó la noche anterior, renunció a su plan de bajar hasta la cocina, cerró la persiana, volvió a acostarse y se durmió de inmediato.

El sueño es como una cortina que protege de la irritante claridad de los días vividos. Hay quienes dan batalla para vencer el sueño y resisten encandilados el encandilamiento de una vida sin refugio, sin sueño. Hay otros que elevan el sueño hasta hacer de él un valor supremo, un objeto de culto. Vivir somnolientamente encandilado o encandilarse con las luces aparentes del sueño son dos extremos que la civilización trata de conjurar proponiendo su sueño puntuado, como una persiana que se abre y se cierra en horarios fijos, edificando una suerte de altar en el que las sedosas sábanas, las mantas abrigadas y la muelle propuesta de los colchones son un señuelo que atrae los cuerpos con su promesa tibia, para lograr que los espíritus —o las mentes— comulguen con esa ley del orden que proscribe toda modalidad extrema de la vida.

Fernando soñaba. Fragmentos del día en su memoria se organizaban. Las luces rojas, amenazantes, de un automóvil; un gran barco varado en el antepuerto; dos cuerpos carbonizados e ínfimos envueltos en sus bolsas de tela blanca; las ventanas de un edificio horriblemente alto multiplicando el sol. Todo eso que aisladamente puede herir la memoria, se organizaba en una sucesión de imágenes entrelazadas, como los peligros del bosque o las bestias que devoran a las personas en los cuentos de las abuelas componen un arrullo donde no importa qué se diga, mientras la voz que va narrando haga saber al niño temeroso del sueño que ella está ahí.

Cuando volvió a despertar eran las diez de la mañana, Rita había ordenado la habitación y le ofrecía una taza de café humeante. Se sentó en la cama para beberlo en breves sorbos y encendió un cigarrillo. Casi no hablaron.

Afuera lloviznaba. El viento del sudeste por instantes estremecía las ventanas, produciendo un ruido que alarmaba a Dick. El animal gruñía respondiendo a los ruidos del viento y una vez ladró. Fernando lo llamó y con su mano libre le acarició el hocico: quería calmarlo. Dick olfateó la mano de Fernando y giró la cabeza hacia el costado: rechazaba el olor del tabaco. Fernando, en cambio, pitaba placenteramente y disfrutaba el sabor del primer cigarrillo del día. Pensaba que debía ir reduciendo la cantidad de cigarrillos que fumaba diariamente. Si todos los cigarrillos conservasen el sabor, o proveyesen el placer del primer cigarrillo del día, ese sería el ideal del fumador. Ese ideal sólo podría alcanzarlo quien fumase seis u ocho cigarrillos diarios: al despertar, después de las comidas, o a medianoche, tomando un trago de su bebida predilecta. Pero algo ha hecho que la gente utilice el cigarrillo como un tic, desordenadamente, y entonces todos los fumadores, como él, han perdido la posibilidad de gozar. ¿Ocurrirá lo mismo con las otras cosas?, se preguntaba al afeitarse. Afeitarse: algunas veces sentía el placer de afeitarse, de alisar su piel y desnudarla. Eso ocurre cuando alguien se afeita poco antes de salir para una fiesta. Pero la afeitada de las mañanas, entre sueños, con el cuerpo entumecido y la presión de todas las obligaciones del día de trabajo cerniéndose como una amenaza, no tiene el mismo carácter. Debiera recuperar el placer de la afeitada y el placer de fumar y el placer de todas las cosas, eso que pone un sentido a su realización, se prometió Fernando. Si pudiera conservar esa conciencia del sentido de las cosas: del caminar, del afeitarse, del fumar y del simple acto de vestirse, uno sería feliz, se dijo, y se prometió que a partir de ese miércoles ejecutaría todos sus actos pensando en su sentido, o en su pequeña contribución a la plenitud de la existencia del hombre. Después limpió los restos de espuma de su cara con una toalla de papel, se expuso a la ducha y al terminar el baño había olvidado todo y estaba considerando la conveniencia de asesorarse con los jefes de seguridad de la empresa sobre cómo actuar con la denuncia del asalto de la noche anterior. La muchacha:

—La muchacha era mona... ¿no es cierto? —preguntó a Rita mientras desayunaban.

—No sé. Yo casi ni la vi... creo que tenía estilo...

Eso era: estilo. Pero ¿qué es el estilo? Se preguntaba por el estilo como lo haría un escritor experimentado al promediar la confección de una novela en la que ya no cree.

—¿Estilo qué...?

—No sé... estilo artístico. Parecía una artista que hace el papel de algo en una película de aventuras... —decía Rita.

—¿Era rubia?

—No sé... ¿No era morocha?

—No sé —dijo Fernando, y recordó que no era pelirroja.

—Una estudiante... —sugería Rita.

—Sí, una estudiante de teatro... o de bellas artes —diagnosticó él.

Después pidió a su mujer que no comentase demasiado el incidente hasta que él estuviera asesorado sobre cómo actuar con la denuncia y volvió a fumar leyendo el diario. Esa mañana, contra su costumbre, miró en primer lugar la página de noticias policiales. Quería saber si la prensa distribuía información sobre otras tomas como la de su casa, que, ahora recordaba, alguien había dicho que desde hacía unos meses eran frecuentes en zonas residenciales de los suburbios. En el diario no había información al respecto.

Después leyó la página de noticias internacionales. Se completaban los preparativos para una nueva asamblea de la Organización de las Naciones Unidas: otra vez. La historia sucede perezosamente: por momentos parece cambiar el signo de algunas cosas, pero después todo vuelve a su orden de lentos desplazamientos imperceptibles, entre los cuales importan más y graban sus huellas con más profundidad sobre el camino de los humanos aquellos que la prensa ignora o pasa por alto por considerarlos indignos de ser expuestos a la atención pública.

Las noticias del país reforzaban esa sensación. Aquí la historia parecía un gran insecto volcado sobre su lomo, agitando en vano infinidad de miembros en el aire opaco. Seguramente todo sucede a sus espaldas: fuera del campo de la visión animal; detrás de sí, debajo suyo, se procesan innumerables hechos que él ignora y que lo van modificando con lentitud, a pesar del ansioso agitarse de sus patas, su cola, sus inútiles antenas.

En la página de economía una noticia atrajo su interés: se modificarían los regímenes de promoción para las actividades afines a la pesca. Esto podría abrir nuevas perspectivas a los proyectos de complementación pesquera que estaba manejando su departamento. Recortó ese pedazo de diario que afortunadamente se contraponía con la página de noticias de turf que ni a él ni a Rita interesaban y después leyó atentamente su contenido. Tal como había previsto en un reciente informe presentado a su director, el Estado pasaría a interceder en favor de las empresas que en escala industrial participaban en el negocio pequero. Esa noticia alegraría a su jefe.

Después encendió el tercer cigarrillo del día. Volvió a recordar que se había prometido fumar menos y evocó el compromiso que esa mañana creyó haber pactado consigo mismo. Ahora, satisfecho por el desayuno y releyendo con entusiasmo ese fragmento del diario, todo el plan de tratar de vivir cada uno de sus actos considerando su sentido le parecía una idea disparatada, producto de la proximidad del sueño en el instante en que la estaba concibiendo.

Rita quería saber si el diario informaba sobre episodios de tomas como la que habían sufrido la noche anterior. Fernando negó con la cabeza:

—Nada. No dicen nada. No le dan importancia.

—O no les llega la noticia —pensaba Rita.

—Claro... o les llega y no la publican para no alarmar.

—O los censuran.

Fernando dijo que no creía que censurasen ese tipo de información, cuyo conocimiento no perjudicaría a nadie y Rita habló después y ambos siguieron considerando las distintas posibilidades que se presentan a los diarios para difundir o no determinadas noticias hasta que él advirtió que era hora de partir hacia su oficina.

22. Continuar

Garuaba. Un fuerte viento del sudeste hacía reverberar los brazos del limpiaparabrisas cuando el Ford ingresó a la autopista. Los automóviles marchaban lentamente, con dificultad. No todos tienen sus limpiaparabrisas en condiciones, otros desconfían de sus frenos y algunos pocos, con sus sistemas de encendido deficientes, debían detenerse en la banquina a la espera de las grúas de auxilio mecánico. Por eso la caravana de automóviles avanzaba dificultosamente, con lentitud, camino al centro de la ciudad. Algunas descargas eléctricas afeaban las transmisiones radiales. Fernando escuchaba un programa de historia del jazz, que minutos más tarde sería reemplazado por el concierto de la mañana. Calculó que llegaría a la oficina a las doce menos cuarto si la caravana no se compactaba más adelante. Consultó nerviosamente el velocímetro: en tercera marcha, a bajas revoluciones, iba a cincuenta kilómetros por hora, en lugar de los ochenta kilómetros por hora que debería alcanzar en el carril dentro del cual se había situado. A su izquierda, en el carril destinado a quienes marchaban a cien kilómetros, la caravana se desplazaba aun más lentamente, a treinta o cuarenta kilómetros por hora. Cualquier intento de apresurar la marcha sería inútil, pensó Fernando y decidió no mirar más su reloj, pues no lograría sino aumentar su nerviosismo, y trató de emplear el tiempo que irremediablemente perdería en planear su jornada.

A mediodía, posiblemente, conocería a los japoneses. Antes debía llamar a Willy Bog y ordenar su agenda de la tarde. Aprovecharía la antesala de la reunión con su director para hacerle llegar el recorte con la información de las medidas de apoyo a los grandes negocios de complementación pesquera, aunque su jefe seguramente ya conocería la noticia. En algún momento de la tarde debería hacerse tiempo para consultar con alguno de los jefes de la división seguridad sobre cómo actuar con la denuncia de la toma de la noche anterior y también —eso era más importante— debía completar la planilla de inscripción al *car two* y verificar que el trámite tomara curso correctamente. También debería llamar a Rita para verificar los preparativos de la fiesta del

jueves y que los funcionarios de bienestar de la compañía la ayudasen con las compras y los arreglos de la casa. Tenía un día bastante agitado y la lluvia, que por momento recrudecía, venía a complicarlo todo.

Poco antes de llegar a la desembocadura de la autopista el tránsito se enrarecía. Otro accidente, pensó Fernando. Pero no se trataba de un accidente: la mayoría de los automóviles tomaban hacia el carril de la derecha para mirar desde lo alto una amplia zona de viviendas inundadas. Era el barrio de Villa Alem, cuyos pobladores desde hacía un año reclamaban a las autoridades la reapertura de las zanjas que con la ampliación de la autopista habían quedado obstruidas, transformando a esa barriada de cincuenta manzanas en una virtual laguna toda vez que una lluvia copiosa coincidía con la creciente del arroyo Pellegrini.

Fernando había visto los estragos que ocasionaba el agua en varias oportunidades, pero esa mañana él también tomó hacia el carril de la derecha, porque la curiosidad de tantos automovilistas se justificaba: en las calles el agua cubría los automóviles hasta las ventanillas, y en las esquinas vio algunos sumergidos hasta el techo. En las casas, la mayoría pequeños chalets de una sola planta, el nivel de las aguas oscilaba entre medio metro y un metro cincuenta. Muchos pobladores, que ese día habrían faltado a sus trabajos, marchaban semidesnudos por la corriente de agua tratando de salvar algunas pertenencias: cunas, televisores, colchones y muebles. Vio una pareja que con esfuerzo trasladaba una gran cama matrimonial de bronce, con su colchón y un cubrecamas, color lila. Parecían unos recién casados tratando de llegar a alguna parte con lo único que quizá poseyeran.

Desde la autopista, los pasajeros de los automóviles miraban la inundación apenados, pero el cuadro, de alguna manera, debía divertirlos: de lo contrario no se explicaría por qué renunciaban a sus puestos en los carriles de alta velocidad para apretarse en esa densa fila que avanzaba ahora con parsimoniosa lentitud.

A la altura de la avenida Fournier había un par de ahogados. Los vecinos habían rescatado dos cuerpos de las aguas y los habían depositado en la banquina de la autopista, tal vez como protesta contra las autoridades eternamente sordas a sus reclamos de apertura de los desagües. Algunos camioneros se habían detenido para mirar los cuerpos de los ahogados, junto a los cuales un grupo de hombres montaba guardia, esperando las ambulancias de los servicios fúnebres o la llegada de alguna autoridad. Un cuerpo parecía corresponder a un anciano: las sienes blancas rodeando su calvicie amoratada y el cuerpo magro sugerían esa condición. El otro cuerpo debía ser el de un

hombre de edad intermedia —cuarenta o cincuenta años—, gordo o hinchado por la asfixia, tenía la cara del color de las uvas tintas cuando maduran. Las ropas arrugadas apenas se movían con el viento, que de a ratos azotaba acompañado por ráfagas de lluvia que rociaban los cuerpos de los ahogados y los de sus acompañantes. Sólo uno de ellos vestía ropa impermeable; los otros tres o cuatro hombres que miraban a los automovilistas como reprochándoles el suceso, vestían pantalones y camperas empapados por la lluvia y por el agua fétida de la inundación.

Llegó a su oficina a las doce menos cuarto y entró fumando. Había escuchado el primer movimiento del triple concierto de Beethoven y casi había olvidado el espectáculo de la inundación, pero después, cuando quiso justificar su demora ante su secretaria, que lo esperaba con los informes del día, habló de casas y calles inundadas y de un par de ahogados de la autopista. Mientras hablaba, miró la ciudad a través de la ventana de su oficina. Había cesado la lluvia y por efectos del fuerte viento frío las calles estaban casi secas. Comentaron después las secretarias que era una paradoja: a pocos kilómetros la gente se ahogaba y allí las calles ya se estaban secando y una o dos horas más tarde ni huellas quedarían de la lluvia de la mañana. A una de ellas le apenó saber que uno de los ahogados era un anciano:

—Pobrecito... —dijo.

Otra terció diciendo que antes que se ahogase un joven que tenía toda una vida por delante era preferible que se ahogara un viejo y la primera quiso explicarle: le producía tristeza la fragilidad de los ancianos.

—Desvalidos... —dijeron ambas.

Entonces Fernando imaginó a un anciano viudo, olvidado por sus hijos, que vivirían muy lejos, emigrados a Canadá o Australia, esperando siempre correspondencia y fotos de los nietos hasta que un día la inundación lo sorprende en su lecho y se ahoga, o trata de salvarse y sale a la calle, pero sus fuerzas fallan y se lo lleva la corriente. Por un instante pensó en su padre. ¿Cuánto hacía que había muerto su padre? Calculó, restó: diez años. Después se libró de esa idea desalentadora bebiendo un café, encendiendo un nuevo cigarrillo y reclamando a su secretaria que le preparase la agenda del día. Willy Bog no estaba en su casa ni en su laboratorio, informó la telefonista. La planilla del *car two* ya había pasado a la división bienestar y todo indicaba que en los próximos días sería ordenado su nuevo automóvil, cuyo color y características, esta vez, elegiría cuidadosamente en la agencia. La sensación de que pronto tendría un nuevo Ford azul lo entusiasmó y miró el cielo, por el

que ya corrían las nubes altas indicando que difícilmente volvería a llover y que tal vez más tarde saldría el sol.

23. Fundar

Pensar en el estreno de un nuevo automóvil, imaginarlo, planificarlo, azul — el automóvil— bajo un cielo azul, limpio de nubes y con un tiempo azul por delante, libre de cargas del pasado —lo que no se hizo— y libre de trabas para el futuro —los compromisos, las misiones, la necesidad de presentar una denuncia burocrática— convoca un bienestar comparable al de la abolición de toda urgencia del cuerpo: la abolición del hambre, el tacto, el sueño, y de todo deseo. En su escritorio, frente a la hoja con el resumen de su agenda, Fernando planificaba el día en que retirase de la agencia su nuevo Ford azul y cuando volvió a pensar en sus misiones de aquel miércoles retomó su trabajo como quien vuelve de una larga temporada de descanso. Abrió *Newsweek* y revisó sus páginas en busca de alguna información de utilidad. Las publicidades en colores lo entretenían. Es distinto mirar publicidades con el automatismo del lector corriente, que observarlas con la mirada atenta de quien busca en ellas detalles íntimos para su trabajo: nuevos negocios, expresiones de la actividad de las empresas más importantes del mundo y testimonios de la manera de pensar de los hombres que rigen los destinos de las empresas más importantes del mundo. En cualquier caso, sea obligado a la perspectiva automática del lector corriente o erigido en lector atento y discriminador, es distinto mirar publicidades que instan al consumo —las nuevas joyas, los mejores objetos de la industria masiva, el turismo exótico y las grandes misiones industriales— en un día común de la vida de un hombre y en un día como aquel, en el que Fernando estaba convencido de que pronto tendría el nuevo automóvil. El nuevo automóvil, del modelo y del color que uno desea tener, es un pasaporte al mundo de los deseos satisfechos. Furtivo, el mundo de los deseos satisfechos es intangible, inexistente —pensaba Fernando— pero: ¿es que acaso podría uno vivir bajo la cáscara sufriente de la realidad si no existiese la posibilidad de invocar ese mundo nutricio, la eternidad prometida del paraíso de la satisfacción?

No: no se podría vivir en este mundo si no existieran las ventanas al cielo que uno puede abrir mediante un cambio de automóvil, una promoción en su

trabajo o un evento que por un instante quiebre el anonimato y la grisura entre los que se desenvuelven los días del hombre. El arte del vendedor de automóviles, de pasajes o de imágenes de prosperidad, consiste en enseñar a reconocer esas ventanas al aire respirable que son los artículos que vende. Y el arte del comprador —¿o es que no hay un arte del comprador?— consiste en aprender oportunamente a reconocer dónde hay una ventana a su alcance y abrirla, y respirar y sumergirse en ese paraíso de la satisfacción y de la eternidad, para después volver sin horror a las galerías cerradas de la insatisfacción y la tristeza, con la garantía de que más tarde o más temprano hallará otra ventana a su alcance ya que no hay puerta de salida. Mientras tanto, el hombre ha de vivir como si él fuese el único que halló la puerta de salida, y así debe mostrarse a los demás. Miró el reloj: era hora de ir al baño, arreglarse, lavar su cara y sus manos y cepillar su pelo para la reunión del mediodía.

Sentado en el baño leyó cuánto le cuesta al padre de familia tipo de Nueva York mantener a sus dos hijos en edad escolar. Los precios de la educación, la recreación y la indumentaria en las grandes ciudades, y los costos de la salud, estaban creciendo más rápidamente que los ingresos de los ejecutivos. La escalada de precios de la educación y la salud sólo era comparable a la de los impuestos, la del petróleo y la de la joyería, decía el columnista de *Newsweek*. Cerró los ojos. En su retina se mantenía presente la retícula verde de los brillosos azulejos de la pared del baño, y sobreimpresa, la imagen de la fotografía en color de una familia neoyorkina típica. Quería borrar de su memoria toda la carga de información inútil y de recuerdos desagradables con la misma facilidad con que el cuerpo se libra de los desechos de su metabolismo. Pero la imagen persistía y Fernando pensó que la gente, que es tan hábil en su comercio con el mundo de los alimentos y las bebidas naturales, nunca podrá obtener con la misma habilidad ni eliminar con la misma eficacia mecánica aquellas cosas que bien pueden considerarse el alimento humano por excelencia: imágenes, palabras, indicaciones, objetos deseables.

Después se vistió, lavó sus manos y su cara y secó su piel con una toalla de algodón, evitando rasparla y golpeándola suavemente para establecer una circulación que la dotase de la apariencia de frescura y bienestar, como él mismo pensaba que luciría la piel que cubre al hombre que por un instante se apodera de la felicidad.

Se contempló al espejo: tenía buen aspecto y decidió que aquel mediodía debía actuar como una eficiente máquina de representar felicidad entre

hombres que siempre parecen a punto de caer en la desazón, la soledad, la necesidad y el fracaso.

24. Intercambiar

La secretaria del Director lo esperaba para anunciarle que su jefe y los clientes japoneses ya estaban en el comedor. Era la una del mediodía y la muchacha le confirmó que el Director había leído la noticia del diario sobre incentivos gubernamentales a la pesca y que lo felicitaba.

Fernando subió por la escalera. En el comedor los japoneses bebían gin tonic y comían aceitunas y trozos de jamón serrano. El Director los presentó. Fernando, cumpliendo el protocolo, entregó a cada uno de ellos una tarjeta con su nombre, su cargo y el emblema de la compañía grabado con tinta azul, en relieve. Los japoneses entregaron sus tarjetas: uno se llamaba Iko, el otro Sukío y el tercero, el de baja estatura, se llamaba Aimo. Los apellidos, transcritos en letras occidentales eran Fukuma, Doiro y Sukanabe. Fernando resolvió llamarlos por sus nombres, lo que entre japoneses y norteamericanos, cuyas lenguas tienen un solo pronombre para la segunda persona, corresponde a una fórmula de tuteo. Las tarjetas de Aimo y Sukío eran de cartulina más delgada, por lo que dedujo que Aimo, quien sonrió dos veces al estrechar su mano e hizo una reverencia de aceptación cuando se descubrió llamado por su nombre de pila, era el más importante de los tres. Las tarjetas de Iko y Sukío diferían sólo por la textura —la del primero era gofrada— y por el color con que estaban impresos sus nombres: el de Sukío estaba impreso en una tinta marrón oscura que a cualquier interlocutor desprevenido hubiese parecido de color negro. El color marrón oscuro, casi negro, era fácil de detectar mirando los caracteres japoneses que representaban el nombre y el cargo de Sukío Doiro.

El Director ya había bebido en exceso. Su frente transpiraba y reía con soltura ante cualquier comentario de los visitantes. Era una regla de protocolo: el anfitrión de mayor jerarquía debía excederse con la bebida, de ese modo sus subalternos cargan con la responsabilidad de conducir la reunión y ante cualquier descortesía o transmisión de una información errónea, al día siguiente el superior puede comparecer en las oficinas de los

ofendidos para presentar sus disculpas y corregir la situación retrotrayéndola al lugar de mayor conveniencia para los intereses de la compañía.

Pero Fernando confió de inmediato en el buen destino de la reunión. Hablaban español. Los japoneses tenían pronunciación centroamericana, Aimo había nacido en Filipinas, Iko en Perú, Sukío había sido asistente diplomático durante varios años en México. Durante la comida el Director siguió bebiendo copiosamente. Fernando bebía vino blanco a la par de los japoneses. Confirmando que era el de mayor rango de los tres, Aimo Fukuma indicaba el momento en el que sus compañeros debían comenzar a comer cada plato. Al promediar la comida el Director pidió a Fernando que explicase a los japoneses cómo habían conducido el proyecto de tierras anegadas. Fernando explicó las características de aquel negocio y el Director, casi borracho, interrumpió varias veces riendo a carcajadas y repitiendo que había producido cuatro millones de dólares de ganancia. Los japoneses se asombraban y cada vez que el Director decía cuatro millones de dólares (en rigor, según la moda que se había impuesto en la empresa, decía «cuatro millones dólares» suprimiendo el partitivo «de») Iko, que junto a la barra le había dirigido varias sonrisas y una reverencia amistosa, miraba fijamente a los ojos de Fernando.

A los postres, Fernando estaba convencido de que la negociación especial debía conducirse con Iko, entonces, dirigiéndose a él directamente, señaló que por los datos que estaban a su alcance, el proyecto de inversiones en grandes barcas podría rendir oportunidades interesantes. Hubo algo en su pronunciación de la palabra «interesante» que preocupó al Director, que fumaba un gran cigarro sin tragar el humo, pero acompañaba con su mirada las grandes volutas que lanzadas por su boca húmeda de vino corrían hacia la toma de aire de los acondicionadores disimulados en la cenefa del gran ventanal. También Iko registró esa manera de pronunciar la palabra «interesante» y Fernando sintió en el canto de su pie que la punta del zapato del hombre nacido en Perú lo rozaba rítmicamente mientras decía que en Japón le habían dicho que los hoteles argentinos eran pésimos, pero que el teléfono de su habitación funcionaba perfectamente, a pesar de lo que había imaginado al ver la antigüedad de las instalaciones.

Entonces Fernando rozó con su pie el tobillo del Director, que como respuesta mecía afirmativamente la cabeza. Es posible que su gesto fuera interpretado por los tres japoneses como indicio de sueño, pues a esa altura de la comida el Director parecía completamente borracho.

Después, mientras bebían el café, organizaron la reunión para la tarde del jueves. Fernando los recibiría en su despacho, les expondría detalladamente la historia del negocio de tierras anegadas y la modalidad con que los directivos de relaciones públicas de la empresa administraban las negociaciones con los oficiales de las Fuerzas Armadas que ocupaban los puestos clave de gobierno, y después conversarían generalidades sobre el probable negocio de grandes barcas. Después irían a visitar una exposición de arte argentino y entrada la noche Fernando los invitaba a una pequeña fiesta en su casa.

Alguien, tal vez el agregado de negocios de la embajada, había anticipado a los japoneses que los invitarían a una fiesta con gitanas, porque cuando Fernando dijo que habría una pequeña fiesta observó que Aimo y Sukío agradecían entusiasmados. Fernando dijo que no tenían nada que agradecer, que él hacía tiempo que pensaba hacer una fiesta para sus amigos y que la ocasión coincidía con esa visita.

Aimo quería saber quiénes irían:

—Mi mujer, yo, y unos amigos gitanos, unas amigas... —dijo Fernando, y Sukío y Aimo se miraron contagiándose más entusiasmo mientras Iko permanecía indiferente.

Después se fueron los japoneses. Un chofer de su embajada había ido a buscarlos con el personal de custodia para ofrecerles un paseo por el Delta. Fernando los acompañó hasta la cochera y los japoneses estrecharon su mano sonrientes. El último en subir al automóvil fue Iko, que al despedirse apretó tres veces la mano de Fernando, mientras rozaba la cara interna de su muñeca con las yemas de sus dedos índice y mayor.

Mientras el auto —un poderoso Nissan negro— se alejaba, Fernando percibió por primera vez el agotamiento que le había producido la conducción del almuerzo. Tomó el ascensor y se dirigió al despacho de su jefe. Quería transmitirle su convicción de que el hombre indicado para establecer un acuerdo era Iko, pero al llegar, la secretaria, meneando la cabeza, le señaló un diván próximo a la ventana donde el Director dormía profundamente y por instantes roncaba. Desde el ventanal se veía el río: en algunos lugares las nubes se separaban y dejaban entrever pedazos de cielo y sobre la superficie marrón de las aguas, en correspondencia con esos surcos que el buen tiempo iba abriendo en el cielo, había zonas brillantes a las que estarían llegando los rayos de sol que se filtraban a través de las nubes.

25. Reanudar

Lingam, lingam, lingam, lingam, lingam, lingam. La palabra repetida cientos, miles de veces, ocupaba toda su atención. Ese antiguo ejercicio de recuperación de energía le sería útil aquella tarde. Poco antes, Fernando había llegado a su oficina y reclamó que por media hora no entrase nadie ni le transmitiesen llamados telefónicos ni mensajes por la terminal de impresión de la computadora. Se había quitado los zapatos, se sentó sobre la alfombra, detrás de su escritorio, alejó de sí el cesto de papeles colmado de restos de tabaco y colillas y durante unos minutos había permanecido con los ojos cerrados tratando de relajarse: primero los pies, las piernas y los muslos. Después las manos, los brazos y los músculos del pecho; sintió después el cosquilleo de los músculos ablandándose bajo su abdomen y cuando confirmó que su vientre estaba relajado ablandó los músculos de los ojos, los párpados, las mejillas y finalmente relajó sus labios hasta sentir que toda la boca se extendía largamente derramándose como una gran sonrisa que cubriría el mundo. Después había comenzado a pronunciar esa palabra —lingam— que su instructor de técnicas de meditación le había enseñado a configurar mentalmente evitando que la señal nerviosa de su emisión bajase a las cuerdas vocales. Entonces comenzó a oír la palabra, como si se produjese sola, cada vez con menor ayuda de su voluntad, y fue primero como si escuchase su voz, después escuchó una voz con la tonalidad de la voz de su mente y después una voz desconocida, que no era su voz ni la voz que a veces irrumpe al despertar, o poco antes del sueño dando una orden o formulando esas interjecciones que acompañan a los malos recuerdos.

Lingam, lingam, lingam, lingam, lingam lingam, la palabra fue despojándose de todo sonido hasta ser sólo una vibración luminosa en la retina. Dos destellos: una luna pequeña sobre el cielo oscuramente azul y una luna mayor que se encendían al producirse la sílaba lim y la sílaba gam que fueron apagando los objetos externos: el escritorio, la lámpara del techo, las paredes de la oficina, todo se había disuelto tras el sonido que ahora era sólo luz, como desaparecían de la memoria las imágenes del almuerzo, los rostros

y las voces de los visitantes japoneses, la figura nerviosa y la voz enturbiada del Director, el sabor del tabaco, el peso de la comida y el vapor confuso del vino. La palabra *lingam* ya no sonaba y sólo era una vibración seguida del destello luminoso de las dos lunas que marcaban sus sílabas destacándose sobre un fondo neutro compuesto por la vibración de los motores de la circulación de aire, los ruidos lejanos de las máquinas impresoras y las teletipos, y las voces de las secretarias y los empleados formulando frases que ya no significaban nada.

Fernando no pensaba en su cuerpo, pero sentía o sabía que todo su peso se apoyaba sobre sus glúteos, como colgando de dos duros puntos de apoyo óseos mientras las columnas de sangre pulsadas por el corazón al trepar hacia su cabeza producían un leve movimiento de su tronco, como si el cuerpo fuese una delicada máquina destinada a registrar el pulso. Cada vez más sereno y espaciado, el ritmo de los latidos por reflejo del movimiento de su cabeza y de los hombros se hacía cada vez más nítido. La onda de sangre corría por sus arterias acompañando la palabra *lingam*, tejiendo un compás de flujos entre la emisión, la luz y el sonido de cada sílaba.

Ahora el cuerpo se liberaba de toda imagen, recuerdo o intención y la vida prometía volver a distribuirse en ese juego de ausencias y presencias de sonidos, de luces, de columnas de sangre corriendo densas por las arterias y de corrientes de aire circulando entre la nariz y el centro del pecho al inspirar, o al espirar: una misma corriente.

Fernando permaneció así durante largo rato hasta sentir que el tiempo había pasado y que el cuerpo volvía paulatinamente a su control, a medida que iban reapareciendo las imágenes de los objetos que lo rodeaban, el escritorio, el sillón, los objetos repartidos en su despacho. Las voces procedentes de afuera formulaban frases que tenían significado, los ruidos de las impresoras, las teletipos y los motores del edificio ahora armonizaban representando las distintas funciones necesarias para la vida de relación entre los hombres y las mujeres que trabajaban juntos y la palabra repetida miles, decenas de miles de veces, volvía a sonar con el sonido de su voz más claramente, nítida, bisílaba, más lentamente, hasta que dejaba por fin de sonar en el instante en que Fernando se puso de pie y caminó descalzo hacia la ventana.

26. Reaparecer

El cielo continuaba descubriéndose y en el puerto las grúas cargaban *containers* en enormes camiones.

«Este país funciona», pensó Fernando mientras calzaba sus zapatos. Después pidió café a la secretaria y ordenó un conjunto de papeles que se apilaban en su escritorio. Separó algunos que debía firmar e inicialar y verificó que estuviesen correctamente impresos a medida que los iba firmando.

Después recibió en su oficina al jefe de seguridad. El hombre, un alto funcionario policial jubilado durante el gobierno anterior, estaba al tanto de su ascenso y lo felicitó. Mientras el viejo expolicía tomaba notas en su cuaderno con tapas de cabritilla marrón, Fernando narró los acontecimientos de la noche anterior. Quería saber si era necesario y conveniente efectuar una denuncia, y el funcionario le sugirió que no valía la pena. Esos acontecimientos eran cada vez más frecuentes, y él presentaría un informe especial a un oficial amigo, que tenía jurisdicción en ese tipo de hechos.

—¿Volverá a suceder...? —quería saber Fernando.

El viejo policía alzó sus hombros y abrió las palmas de su manos. Había dejado de anotar en su cuaderno para beber el café que trajo la secretaria de Fernando y miraba la biblioteca donde se ordenaban los informes de los últimos meses.

—¿No faltó nada en su casa...? —preguntó sin mirar a Fernando.

—No: nada. Me comieron la mitad de una torta de manzana...

—Suele ocurrir —dijo asintiendo con la cabeza—. Espero que nunca más vuelvan por su casa.

Después, al irse, volvió a felicitarlo por su ascenso recomendándole que no comentara el suceso con los otros ejecutivos de la empresa.

—Es necesario —dijo al irse— evitar el pánico. La gente es asustadiza pero en estos casos no hay nada que temer. Asustarse sería hacerles el juego a ellos.

¿Qué juego? Fernando hubiese querido conocer la intención de sus visitantes pero entendió que sería inútil pedir más información al jefe de seguridad de la empresa. La muchacha: la muchacha en su memoria tenía cabellos más rojos y más lacios y más largos que los cabellos que había visto. Era más alta, sus muslos eran más firmes y la posición viril contrastaba con la piel, que en su memoria era más suave y brillante que la piel de la muchacha. La camisa entreabierta dejaba ver en la memoria alternativamente los senos y el arma escondida bajo la axila: una gran pistola de tiro al blanco, con cachas de madera rojiza, como su pelo. Los ojos grises, acerados, fríos, podían entornar sus párpados y mirar cálidamente, o socarronamente. Su secretaria lo miraba con admiración:

—Hay dos señores de personal... quieren verlo... No sabía yo que... ¡lo felicito! —dijo y salió para hacer pasar a los hombres de la oficina de personal. Evidentemente, le habían anunciado su ascenso. Los hombres de personal estrecharon su mano y lo felicitaron. Le anunciaron el nuevo sueldo y las ventajas que correspondían a su cargo. Entre ellas, a Fernando lo alegró saber que a partir de su ascenso las tramitaciones del *car two* en la oficina de bienestar recibirían tratamiento preferencial, como las de los directores.

Cuando se fueron los hombres de personal, Fernando se preguntaba por qué más que el ascenso y el importante aumento de su sueldo lo entusiasmaba ese pequeño avance de unos días en la tramitación de su Ford. Tuvo la respuesta poco después, cuando llegó el funcionario de la división bienestar trayendo los formularios aprobados y la orden para retirar el nuevo automóvil de la agencia.

Son estas cosas, estas pequeñas cosas, las que les dan un sentido a las grandes cosas, se dijo mientras pedía a su secretaria que lo comunicase por teléfono con el jefe de vendedores de la agencia Ford.

¿Para qué sirve un empleo más prestigioso, un aumento de sueldo que tal vez pueda cambiar la superficie de una vida, si no van acompañados por la satisfacción de lo que uno más desea? La alegría es esto: poder hacer sonar las notas accidentales de la vida, comprar un auto que se desea, satisfacer un pequeño capricho dentro de la armonía del todo. El Ford azul sería un pequeño acorde, levemente extraviado de tono, que estaría siempre sonando a su espera para darle sentido a la gran orquestación de la vida.

Habló con el jefe de ventas, le leyó los números de la orden que acababan de entregarle, y al saber que era un funcionario de alto rango de un gran cliente —tal vez el principal cliente— el hombre de la agencia prometió que en el curso de la tarde del viernes le entregarían el Ford de su agrado, el que

correspondía al modelo de luxe, con el color de serie F. 14-16. Así anotó Fernando en su agenda de mano.

Después llamó a Helena para comunicarle la novedad y ella se alegró. En cambio, Rita, cuando le transmitió que el viernes por la noche saldrían a pasear en el nuevo automóvil, no pareció conmoverse: estaba muy contenta organizando la noche del jueves; había en la casa —contó con voz excitada— cuatro hombres de la sección bienestar de la compañía ayudándola con los arreglos y la preparación de la fiesta.

A las cuatro volvió al despacho de su jefe. El Director había despertado y se había dado un baño para eliminar los efectos de la borrachera. Lo recibió interesado y en un par de minutos aprobó la hipótesis de Fernando: las negociaciones con Iko se realizarían durante la fiesta de la noche siguiente. Después, poco antes de salir para su casa, hablaron sobre el trámite del *car two* y el Director se mostró satisfecho de que la oficina de bienestar estuviese informada del ascenso y hubiese acelerado los trámites.

Salió apurado de la oficina. Quería llegar a su casa para verificar los detalles de la fiesta y ayudar a Rita. Tenía sueño y pensó que le convendría también a él dormir una breve siesta.

Viajó escuchando su programa de música de cámara, afeado por la difusión de una serie de piezas de Ginastera que le parecieron una mala imitación del primer Stravinsky. Desde la autopista miró hacia abajo: las aguas se estaban retirando y en la mayoría de las casas la gente barría fango y restos de basura hacia las veredas, por las que bajaba una sucia correntada rumbo a las zanjas de desagüe.

27. Denominar

Al llegar a su casa lo sorprendió ver junto a la puerta el pequeño Morgan de Willy Bog, un automóvil deportivo, de aspecto antiguo y dos asientos. En la casa, Willy bebía té mientras Rita atendía a los empleados de la sección bienestar, vestidos con ropa de obreros, que terminaban de instalar en el living un decorado cedido por el grupo de teatro vocacional que sostenía la Embajada de Japón. Rita estaba encantada con el nuevo aspecto del living, cubierto de tatamis y daimas, que combinados con los almohadones ilustrados y los divanes estilo New-London provocaban un gracioso efecto.

Willy le sirvió una taza de té, y explicó que estaba en su tarde libre después de un viaje al interior del país y que había tenido ganas de saludarlos. Quería saber por qué Fernando lo había llamado.

—Fue una curiosidad... averiguar qué eran unos moluscos que comimos el otro día con Rita...

—¿Qué tal eran? —preguntó con curiosidad el visitante. Tenía grandes bigotes rojizos que dotaban a su figura corpulenta del aspecto de un gondolero veneciano de las primeras décadas del siglo.

—Eran ricos, pero muy raros —dijo Fernando, y fue hasta su escritorio para buscar una hoja de papel sobre la que trazó un diagrama con su lapicera negra.

—Son raros... deben ser los *Ictis innumerabilis*... los llaman «pingotes» en Perú.

—¿Y qué son...?

—Son vermes marinos.

—¿Vermes?

—Sí, vermes, del mismo género que las lombrices... son muy comunes en las ollas del Pacífico, pero estos viven en las bahías... nunca los comí —dijo Willy—. ¿Qué tal son?

—Ricos, muy sabrosos...

—Salvo que fueran otra cosa... ¿Qué color tenían?

—Un color amarronado, como las ostras maduras, una gama del gris para el lado del marrón... —explicaba Fernando.

—Sí... —confirmó—, son los *Ictis innumerabilis*... quiere decir en latín «cáscaras infinitas», son vermes depredadores. En las bahías donde ellos se instalan desaparece la pesca, porque se alimentan de las crías de cualquier especie y aprovechan especialmente los desoves de la merluza y la corvina. Me hubiese gustado comerme uno a mí... —dijo.

—Quién sabe tenemos una lata —dijo Fernando—, le voy a preguntar a Rita —prometió. Pero ella estaba en el piso alto supervisando unos arreglos. Se escuchaban movimientos de muebles y periódicos martillazos.

—Ojalá consigan. Me gustaría comerme uno a mí... —insistía. Para él sería una suerte de venganza contra los vermes depredadores—. ¿Así que están de fiesta...?

—Sí... con unos clientes... —dijo Fernando, y contó a Willy su ascenso y la noticia de su cambio de auto. Willy pareció alegrarse.

—Entonces, cuando un día yo necesite un auto grande para llevar alguna cosa al barco te dejo el Morgan y vos me prestás tu viejo Ford... ¡es bueno tener amigos con dos autos!

—Sí —prometió Fernando y contó que a Helena la había entusiasmado el nuevo auto, mientras que Rita no solamente parecía desinteresada, sino que en algunos momentos le hacía pensar que la idea de que en la casa hubiese en adelante dos automóviles la irritaba.

—Es porque no quiere manejar... algo le ocurre con los autos... —dijo Willy.

La llegada de Rita los interrumpió. Bebiendo té les explicó todos los arreglos que habían hecho en la casa, dijo que estaba cansada, que no bien se fuesen los empleados se acostaría a dormir una siesta y les pidió que fuesen a buscar unas botellas al supermercado.

Cuando terminaron de beber el té Rita les entregó una lista de compras y los dos hombres salieron, divertidos, como niños a quienes la madre envía a hacer los mandados para la casa. Subieron al Ford. Fernando invitó a Willy a conducir, para que se familiarizase con el auto. Durante el corto viaje, pudo observar que Willy conducía con prudencia y que antes de pisar el freno aplicaba el embrague a la usanza de los choferes de automóviles americanos.

El local estaba semivacío. Menos de la mitad de las cajas registradoras funcionaban y la mayoría de las personas que estaban entre estanterías y góndolas eran empleados del local.

—¡Qué raro, qué poca gente! —dijo Fernando.

—No es tan raro, estamos a mitad de mes...

—¿Y eso qué?

—¿Cómo qué...? ¡Que la gente no tiene plata! ¡Están muy mal las cosas...!

—Y qué... ¿no compra?

—Claro, no compran...

—No puede ser, ¿y qué comen...?

—¿Cómo qué comen...? Decime... ¿en qué mundo vivís...?

—En este... —dijo Fernando, y después reconoció que había olvidado que la mayoría de la gente gana poco dinero...

—Y bueno... —dijo Willy señalando el *stand* de bebidas alcohólicas, con miles de productos y ningún comprador—, esto es este mundo.

—Decime... ¿cuánto gana un biólogo?

—Diez millones pesos —dijo Willy.

—¿Nada más?

—No... nada más, poco, ¿no?

—Sí... me parece muy poco... —dijo Fernando.

La cuestión de los sueldos establecía una diferencia entre ambos, pero en la diversión de completar concienzudamente la lista de compras de Rita, pronto olvidaron la conversación y se entusiasmaron comprando conservas de productos importados.

—Paga la compañía... así que voy a llenar los estantes de Rita de frascos y latas de comida fina.

Durante un rato jugaron a quién encontraba productos más asombrosos, y después apostaron quién cargaba más su carro. Ganó Willy, porque las botellas que Fernando había cargado en primer término ocupaban la mayor parte del espacio disponible en el carrito, mientras su amigo aprovechó su carro vacío para llenarlo de pequeñas latas y frasquitos de conservas y alimentos.

Por fortuna no había cola en la caja registradora, pero la empleada demoró diez minutos en efectuar la suma. Mientras tanto, tres niños de piel oscura se acercaron a Willy, que custodiaba los paquetes, y se ofrecieron para ordenarlos en un par de grandes cajas de cartón reforzado y llevarlos hasta el automóvil.

Pagó Fernando, con la tarjeta de crédito de la compañía, y después dio a cada uno de los niños que los acompañaban hasta el auto un billete de cinco mil pesos. Durante el regreso manejó Fernando. Llegados a la casa Willy lo ayudó a guardar todo en la cocina y después se despidió. Debía visitar a

Helena a las siete y media y no quería —dijo— estar en la casa mientras Rita descansaba, para no despertarla. «Tiene sueño frágil», dijo, y Fernando entendió que trataba de manifestarle que alguna vez se habría acostado con su mujer.

Fernando lo acompañó hasta la puerta y miró cómo el pequeño Morgan se ponía en marcha y arrancaba nerviosamente, con su dura suspensión transmitiendo las irregularidades del pavimento de la calle del barrio.

En la casa se sirvió una copa de whisky y la bebió de un trago mientras el perro Dick lo miraba esperando que lo llevase a dar un paseo. Fernando pensó que el campo de golf estaría aún mojado por la lluvia de la mañana y dijo al perro que no saldrían porque había llovido, pero el animal continuó mirándolo y mirándolo y cuando él subió a acostarse al piso alto, el perro no siguió sus pasos y se tendió junto a la puerta principal, con el hocico apoyado en el escaso borde de luz que se filtraba entre la puerta y el piso de la casa. Fernando se desnudó, y colgó su ropa. Después se lavó las manos y la cara en el cuarto de baño y sintiendo un leve mareo por efectos del whisky se acostó. En la cama Rita parecía dormir. Se había bañado: tenía el pelo mojado y la piel fría. Cuando el cuerpo tibio de Fernando rozó el suyo, Rita giró media vuelta, dándole la espalda. Respiraba profundamente y su pelo húmedo había dejado una mancha en la almohada. Fernando pensó que no le parecía mal que su mujer fuese la amante de Willy Bog, y al recordar que Willy sugirió haber dormido alguna vez con ella, imaginó la escena en el desordenado departamento de Willy, entre restos fósiles, microscopios, instrumental de investigación y revistas científicas y sintió que una leve excitación lo recorría. La piel de Rita olía a jabón. Ella casi no se movió, simulando que hacía el amor dormida, o, quizá, semidormida. Después también Fernando se durmió.

28. Faltar

Eran las nueve de la noche en el reloj electrónico de la mesa de luz y Rita y Fernando continuaban durmiendo.

Ahora estaban cubiertos sólo por la delgada sábana de algodón. Los pies, el tronco y los brazos de Fernando emergían de ella; la pierna izquierda de Rita, que dormía vuelta sobre un costado de su cuerpo, también se descubría y la punta de su pie casi tocaba la alfombra beige. Dormían y respiraban acompasadamente. Cada tanto, el ritmo de la respiración de Fernando se interrumpía y después realizaba una profunda y agitada inspiración. Entonces también el ritmo de la respiración de su mujer se alteraba: se estremecían sus hombros, trataba de ocultar su cara contra la almohada y por un instante dejaba de oírse el aire saliendo y entrando de su nariz. Después todo volvía a su destino normal, acompasado.

Las persianas abiertas dejaban ver el cielo: un terciopelo negro manchado por pocas nubes que reflejaban la luz de vapor de mercurio de la autopista cercana y parecían amarillentas. Se escuchaba de a ratos el ruido del viento sobre los cedros de los parques vecinos: cuando el silencio parecía reinar fuera de la casa, el escape de un automóvil de la vecindad sonaba para estropear la quietud.

Desde el cuarto se escuchaba el zumbido del pequeño motor eléctrico de la calefacción. Como la temperatura exterior debía ser menor de quince grados, el termostato comenzaba a regular el clima de la casa. A veces, a causa de la circulación de agua caliente dentro de la losa de hormigón, crujían las paredes y las vigas del piso.

El perro detectaba cada crujido y cuando estaba en la planta baja, corría escaleras arriba para olfatear la cama como queriendo verificar si los humanos continuaban allí. Después se recostaba sobre las pantuflas de Fernando, entrecerraba los ojos soñadoramente y parecía dormir, hasta que un nuevo crujido de las paredes o el alarde del escape de una motocicleta atraían su atención y bajaba a husmear en el living, en el garaje y en la cocina. El living estaba iluminado por un par de lámparas de pie, en los rincones. En la

escalera, dos pequeños spots señalaban el camino y en el cuarto donde dormía la pareja predominaba una luz difusa color marrón, originada en los pequeños veladores que custodiaban la cama. Sonó la campanilla del teléfono. Rita extendió su brazo izquierdo hacia la mesa de luz y acercó el tubo a su cara sin abandonar su postura. Dijo «hola» y nadie ha de haber respondido pues pronto abandonó el receptor en su lugar sobre la mesa y siguió durmiendo.

Cuando despertó él las paredes ya no crujían. La casa había logrado un clima cálido uniforme y los ruidos de afuera llegaban a intervalos cada vez más largos: eran las once.

—¡Once de la noche! —dijo y su mujer despertó.

—¡Las once ya! —exclamó ella mientras Fernando se incorporaba y trataba de recordar cuándo se habían dormido. ¿Serían las siete y media? Su cita de gimnasia estaba perdida. Los miércoles a las nueve solía reunirse con una docena de vecinos en el campo de golf y bajo la dirección de cualquiera de ellos que tomase la iniciativa de sugerir los ejercicios, practicaban durante media hora distintos movimientos gimnásticos y después corrían por el césped hasta que los últimos de la comitiva desertaban al pasar cerca de los fondos de sus casas.

—Perdiste tu gimnasia —dijo ella.

—Sí, pero igual voy a ir a correr un rato —reflexionó Fernando y calzó sus zapatillas, vistió su ropa de gimnasta y pidió a su mujer que le llenase la bañera y preparase una cena liviana para los dos. Hacía frío. El pasto estaba húmedo y resbaloso y comenzó a trotar midiendo sus pasos sobre la cancha de césped, oscura, con su contorno marcado por las lámparas de algunos jardines y las ventanas de altillos y cocinas de las pocas casas aún iluminadas. Lentamente alcanzó su ritmo mientras Dick lo seguía hilvanando su marcha: se adelantaba, giraba en círculos a su alrededor y después durante unos segundos lo dejaba avanzar, jadeante, para una vez recuperado su aliento volver a lanzarse a la carrera rumbo a los pasos de su amo; al pasar junto a él ladraba de alegría. Varias veces Fernando intentó callar al animal, pero Dick no entendía razones y tal vez interpretaba los gritos del humano como un estímulo para su juego. Fernando había pensado correr cinco kilómetros —dos vueltas a la cancha de golf—, pero poco antes de completar la primera vuelta redujo su marcha y avanzó a paso lento, haciendo flexiones respiratorias con sus brazos y hombros. Había resuelto no dar la segunda vuelta, pues no quería perturbar a los vecinos con los inevitables ladridos del animal. Al llegar a la casa sintió que había olvidado su gimnasia abdominal. Entonces se acostó sobre el césped, miró el cielo negro grisado por reflejo de

las luces de la ciudad y sin estrellas, y apretando su nuca con las palmas de las manos entrelazó sus dedos llevando su frente casi hasta el lugar de contacto con las rodillas que trataba de mantener unidas, firmes, tensamente apoyadas contra el pasto húmedo.

Dick esperaba cada flexión de su amo y algunas veces, mientras expelía el aire dejando reposar la cabeza contra el suelo, lamió su cara, y una vez también lamió su boca, lo que obligó a Fernando a interrumpir por un instante su ejercicio para secar la baba del animal con la manga de su campera de jersey azul.

Se había propuesto realizar cien flexiones, con períodos de descanso intercalados en cada serie de veinticinco, pero al promediar el ejercicio —comenzaba la tercera serie— escuchó disparos de arma de fuego y se detuvo. Por el sonido agudo se trataba de un rifle o una pistola calibre veintidós. Después la misma arma volvió a disparar dos veces, y como respuesta se escuchó de inmediato una cerrada descarga de armas de mayor calibre, tal vez una ametralladora, o varias pistolas que dispararon al unísono. Dick volvía a ladrar y corría en círculos incitando a su amo a dirigirse hacia el lugar donde se habían registrado las descargas. Fernando lo llamó y corrieron juntos hasta la casa. Por un instante había temido por la seguridad del animal y también por la suya.

Al entrar por la puerta trasera se alegró porque Rita, que miraba televisión, no había escuchado el tiroteo y lo esperaba con la bañera llena y con la mesa puesta para cenar.

29. Dormir

Despertó a las siete recordando la noche anterior: había llegado, se había sumergido en la bañera y después de una breve ducha había cenado junto a su mujer. Comieron atún y ensalada de papas y bebieron una sopa de verduras y hongos. Después había tomado un somnífero, bebió un par de vasos de vino blanco helado, y poco después de las doce de la noche se había dormido mirando el televisor que emitía, frente a la cama, un film sobre la guerra de Indochina.

No recordaba los sueños: los de esa noche fueron lentos, vívidos y claros y no se diferenciaban de las imágenes del televisor a las que lentamente habían reemplazado.

Miró la hora: eran las siete y diez y Rita dormía profundamente. Se levantó sin hacer ruido, para no despertarla, y se desnudó, se afeitó y se dio una ducha. Bajó a la cocina y preparó café, hojeó los titulares del diario mientras la cafetera eléctrica bullía y él aguardaba las tostadas. Miró por la ventana del jardín: ya había amanecido; era una mañana seca y luminosa. Abrió la puerta para que Dick pudiese salir al jardín y el frío de afuera lo sorprendió, multiplicando sus deseos de beber café. Bebió dos tazas comiendo las tostadas y leyendo el diario.

No encontró un solo titular de interés: la historia, sólo en apariencia acelerada por la dinámica de la tecnología y por la creciente complejidad de las relaciones entre regiones y países y entre instituciones, sectores, estratos, clases y modelos de vida dentro de los países, se movía lentamente, como en un sueño del que tal vez jamás acabaría de despertar. Miró la página cultural, que recomendaba distintos espectáculos para el siguiente fin de semana, y pensó que tal vez el sábado por la noche debieran ir al teatro; había varias obras recomendadas y recordó que algunos gerentes de la compañía y un par de vecinos ya habían visto la mayoría de los estrenos de aquella temporada.

Después miró en la página de avisos agrupados por rubro las columnas que anunciaban la venta de propiedades. ¿Cuánto valdría su casa ahora? Era

posible que después de su ascenso los directores comenzasen a sugerirle la conveniencia de una mudanza a una casa más adecuada a su rango.

Vio los anuncios de casas de noventa y de hasta doscientos veinte millones de pesos. Empezar una mudanza ese año parecía difícil.

Después fue al living, para fumar junto a la ventana, a la espera de ese rayo de sol de la mañana que tanto apreciaba y que tal vez era lo que más le gustaba de su casa. Fumó hojeando su agenda de bolsillo y anotó algunas tareas que tenía postergadas para la siguiente semana: buscar un pintor para su auto viejo, planificar las vacaciones de julio, comprar un nuevo sobretodo y alguna ropa para el invierno que estaba comenzando a anunciarse.

El rayo de sol llegó a las nueve y cuarto. Fernando extendió hacia él sus piernas calzadas con un pantalón de franela gruesa y pronto sintió calor. Buscó su libro en la biblioteca y decidió hojearlo mientras la luz entibiaba sus piernas y todo el living se iluminaba y las plantas parecían enviar nuevas ramas desde los rincones para atrapar el sol.

Leyó rápidamente el final de esa novela que hacía tiempo venía postergando. Era un *best seller* de autor argentino que trataba sobre los acontecimientos políticos de la década de los setenta registrados desde un ambiente bohemio y picaresco. El personaje central, que se llamaba Rodolfo, en algunos capítulos parecía un representante del autor, y en otros un personaje irreal y una suerte de superhombre que nunca fracasaba.

A Fernando lo divertía la lectura y al comenzar cada capítulo, una vez presentados todos los personajes, adivinaba lo que pasaría con ellos cuando intersectasen la vida de Rodolfo. De ese modo el lector inteligente leía con rapidez, pronosticaba los sucesos del libro y se sentía inteligente, tan inteligente como Rodolfo, que también se desenvolvía adivinando qué partido sacar de cada personaje y de cada situación que apareciera en su relato.

Llegaba Rita, lo saludó, estaba maquillada.

—¿Dónde vas?

—A ninguna parte... voy a desayunar...

—Estás pintada...

—Sí... porque vienen las mujeres a hablar de la fiesta... —explicó.

Ella vestía un conjunto de calle color turquesa. Fernando terminó la novela rápidamente y fue a la cocina a beber un café mientras su mujer desayunaba. Contó:

—Terminé *La farsa*.

—¿Qué tal era? —preguntó ella, bostezando.

—Buena, no pasa nada... es igual a las anteriores de él.

—Yo voy a leerla la semana que viene, cuando esté más tranquila, todavía no terminé de leer la otra...

Estaba untando una tostada, al terminar se la ofreció a Fernando, que negó con la cabeza: no tenía hambre. Ella lo miró agradecida y la comió rápidamente. La gente al levantarse hambrienta, pensó él, se comporta como un animal celoso de su presa. No comprendía por qué, pero esa disposición hacia la comida, que él mismo había experimentado en el servicio militar y antes, en el comedor del colegio, era una actitud que cuadraba más a las mujeres y a los niños que a los hombres adultos. La miraba comer e imaginaba que ella era un animal: una zorra hambrienta, se dijo. Inclina la cabeza hacia el plato de tostadas, tendía rápidamente la mano hacia alguna de ellas y la untaba mirándola fijamente, como temiendo que el pan inerte huyera de la mesa.

—¡Tenías hambre, eh...! —dijo él, y entonces llamaron a la puerta. Era el chofer de la compañía. Venía a buscarlo pues durante todo el día se ocuparía de él y de los clientes japoneses. Fernando se alegró, pero era muy temprano. Miró el reloj, eran las diez.

—Es temprano... —explicó al hombre—. Por favor, espéreme diez minutos.

Subió a vestirse. Rita preguntaba por qué no iría en su automóvil y mientras elegía una corbata él le explicaba que era más conveniente que viajasen con chofer, para no perder la oportunidad de dialogar con sus clientes durante el viaje. Irían, dijo, a almorzar a un restaurante del puerto. Después volverían a la oficina, tendrían una larga reunión y a la hora del té él los acompañaría a ver una exposición de arte argentino. Más tarde irían al hotel, él esperaría que cambiasen sus ropas y siempre conducidos por el chofer llegarían a la casa a las ocho.

—Espero que a las ocho esté todo listo... vendremos con hambre... —dijo antes de despedirse.

—Sí, seguro que sí. El cocinero de tu oficina va a llegar a las tres de la tarde... —lo tranquilizó ella.

30. Lograr

Como era temprano para llegar a la oficina indicó al chofer la dirección de la agencia. Si su nuevo Ford estaría listo por la tarde del viernes, esa misma mañana debía estar en la agencia, donde el personal terminaría de prepararlo, probarlo, y realizar el *service* y la limpieza previos a la entrega. La agencia le quedaba de paso, sólo debían apartarse unas pocas cuadras.

Era distinto su camino mirado desde el asiento trasero del Pontiac negro de la compañía. El pasajero puede distraerse y mirar todo aquello que cuando maneja le pasa necesariamente desapercibido: los bordes del camino, los pasajeros de los otros vehículos, los automóviles, los ómnibus y camiones que marchan en dirección contraria, al otro lado del cerco que divide la autopista en dos direcciones.

Marchaban por el carril de ochenta kilómetros por hora. A la derecha, en el carril de sesenta kilómetros por hora, iban dejando atrás camionetas cargadas de verduras y frutas rumbo al mercado central. Fernando vio los brazos de los choferes sofrenando volantes que temblaban por reflejo de la mala suspensión de esos vehículos obsoletos. En los ómnibus vio pasajeros soñolientos, hombres y mujeres, algunos vestidos con uniforme de trabajo grises, azules, pardos, muchos de ellos con los emblemas de sus patrones bordados o impresos sobre la tela. En los ómnibus también viajaban mujeres jóvenes, empleadas, dependientes de comercios, secretarias y estudiantes. Las estudiantes se reconocen por el cabello limpio y descuidado. Las empleadas, las dependientes de comercio y las secretarias llevaban en cambio complejos peinados, muchos de ellos sostenidos por fijadores y lacas que les daban brillos y coloraciones que la visión de las caras y los ojos de esas pasajeras de los ómnibus bastaba para mostrar que no eran sino artificios de la cosmética.

Su chofer tenía el pelo muy corto, como el de un suboficial de las Fuerzas Armadas. La camisa celeste, impecable, se apretaba contra el cuello algo gordo, pero cuidadosamente afeitado por el peluquero. Vestía saco azul y manejaba con la mirada fija en el automóvil que marchaba delante. Las pocas veces que habló —siempre respondiendo a preguntas o a comentarios de

Fernando— conservó su nariz apuntando hacia adelante, concentrado en brindar esa sensación de manejo cuidadoso. «Igual que todos —se dijo—, ponen tanto empeño en lo que están haciendo como en la representación de lo que están haciendo.» Después olvidó al chofer y a los pasajeros de los otros vehículos y pensó alternativamente en la agencia de automóviles, donde ya estarían preparando su nuevo Ford, y en la presentación del trabajo sobre tierras anegadas a los japoneses. Por momentos excitado porque pronto conocería a su Ford, y preocupado por la planificación del trabajo con los japoneses, creyó percibir que los choferes de los otros automóviles que corrían por el carril de la izquierda demoraban su avance para ver quién viajaba en el asiento trasero de aquel Pontiac negro que conducía un hombre semiuniformado.

Al dejar la autopista, cerca del conglomerado de edificios Boedo, fueron detenidos por un desvío del tránsito. Un policía, vestido de blanco, con gorra blanca, jinetas blancas, uniforme blanco y una cartuchera blanca de la que sobresalía una pistola niquelada con cachas de material plástico también blancas, desde una barrera improvisada de tablas blancas indicaba a los conductores que debían tomar hacia la derecha, a causa de un accidente. Uno de los peatones que merodeaban por la zona explicó al chofer del Pontiac que alguien había caído desde un andamio del décimo piso del edificio Gran Boedo. No era un obrero; era uno de los supervisores de la construcción, un ingeniero jefe que, poco antes, se había aventurado al andamio sin precauciones y sin contar con la práctica que permite a los trabajadores de la construcción moverse en las alturas sin mayores riesgos.

La escena —ambulancias, automóviles policiales, cordones de seguridad formados por motocicletas, periodistas, *cameramen* de la televisión y grandes camiones con equipos emisores de microondas para la rápida difusión de la noticia— conmovió al chofer. Fernando pudo advertirlo en la manera con que el hombre mantuvo crispadas las manos sobre el volante y la palanca horizontal de comando de la caja de velocidades automática del Pontiac durante el trayecto desde el lugar del accidente hasta la agencia Ford, distante a unas veinticinco cuadras del lugar del accidente.

31. Acceder

Al llegar lo vio. El Pontiac estaba frente a la agencia; el chofer se había vuelto para verificar que detrás suyo no hubiese ningún obstáculo que interrumpiera su maniobra de estacionamiento en marcha atrás, y él miró la vidriera de la agencia y entonces, a través de la nube de reflejos que desde la vereda soleada opacaban parcialmente los cristales del local, percibió en el gran hall de exposición de automóviles un flamante Ford azul y se dijo «debe ser el mío». Después se corrigió: «¡Es el mío!».

Era un Ford azul, idéntico a su viejo Ford pero azul y nuevo, con una larga antena de radio negra y los cristales tonalizados color humo. Habló al chofer:

—Ese ha de ser mi nuevo auto —y mientras el hombre cabeceaba afirmativamente y desde su puesto miraba también hacia el interior de la agencia, él pidió que lo esperase unos minutos y caminó hacia la puerta de entrada.

En el hall había dos autos azules. Uno, con las ruedas de la mitad derecha montadas sobre una tarima, simulaba la imagen de un veloz desplazamiento dentro de la curva de una pista. El otro, detenido en el centro del hall, tenía la puerta delantera abierta y junto a ella había un hombre de impecable mameluco amarillo que trabajaba arrodillado sobre los mecanismos de ajuste del asiento delantero.

Y ese era su Ford: él entró a la agencia, un vendedor muy joven había corrido a recibirlo, él explicó que le habían adjudicado un nuevo auto en su empresa y le entregó el papel con los números de la orden, el muchacho lo invitó a sentarse frente a su pequeño escritorio y después de revisar en unas carpetas dijo que sí, que era ése, al tiempo que señalaba el Ford de las puertas abiertas.

Entonces él se incorporó, dejó al vendedor con sus carpetas apoltronado en el sillón del escritorio, caminó hacia el coche conteniendo el aliento, saludó al peón de mameluco que probaba el desplazamiento de la butaca del conductor y tocando el parabrisas le dijo «es mío», y quiso saber cuánto

faltaba para concluir el alistamiento, mientras sentía que todo estaba transcurriendo muy velozmente, como en un sueño, pero que allí estaban el peón y él frente a su nuevo Ford azul juntos, reales.

Reales, como el olor a aceite y tapicería nueva que emergía del interior del auto confirmando las palabras del peón, que calculaba que a última hora del día habrían completado el *service* y la limpieza previos a la entrega.

Entonces volvió al escritorio desde donde el vendedor continuaba mirándolo y preguntó:

—¿Cuándo puedo llevarlo?

—Mañana a mediodía... mejor, entre las dos y las seis de la tarde. —Y él agradeció mientras recibía un sobre de material plástico, con los documentos del auto, un mazo de papeles, certificados y tarjetas, junto al manual de mantenimiento y el folleto explicativo del manejo de ese modelo.

Fernando vaciló un instante y decidió guardar el sobre con toda la documentación dentro de la guantera. Volvió al Ford, se disculpó ante el peón, que debió dejar su trabajo por un instante, y se sentó en el puesto del conductor para abrir la guantera. Cuando dejó el sobre, volvió a cerrarla, verificó que la cerradura estuviese trabada y antes de dejar su puesto recorrió la circunferencia del volante con las puntas de sus dedos y miró el panel del instrumental. Habían cambiado los diseños del velocímetro y de los indicadores de aceite, combustible y temperatura del agua.

Rápidamente, el Pontiac lo llevó a la oficina. Entró por la puerta principal. Los porteros, que no lo conocían porque siempre entraba por el garaje, reclamaron ver sus documentos, él explicó quién era y los porteros se disculparon y disculpándose lo acompañaron hasta el ascensor. En su despacho lo esperaba la correspondencia del día: nada urgente. Habló con el Director por teléfono y acordaron encontrarse quince minutos después junto a la puerta. Irían a almorzar a un restaurante céntrico con los japoneses. Después fue al baño y sentado leyó el suplemento económico del *New York Times*, fumó un cigarrillo, se lavó las manos y la cara y revisó su peinado frente al espejo.

Durante el almuerzo hablaron de la situación económica del país, de las perspectivas de la economía del Japón y el Director, que esa vez bebió menos que en el almuerzo anterior, se jactó de las influencias que sobre ciertas esferas del gobierno podía tener la compañía para facilitar un proyecto de inversiones japonés que por iniciativa de un sector de militares se mantenía suspendido.

De regreso a la oficina el Director asistió junto a los japoneses a la exposición sobre el reciente proyecto de tierras anegadas. Fernando mostró fotografías, gráficos murales y maquetas. Llegaron dos ordenanzas con un equipo de proyección de diapositivas y miraron tomas aéreas de la cuenca del río Pringles, y después llegó un empleado de la división publicidad de la compañía y proyectó un film sobre las obras.

La exposición se extendió durante dos horas y media. Interrumpieron dos veces: una para beber café, la otra, mientras el publicitario preparaba su equipo de cine, para beber Coca-Cola y jugos de fruta, y Fernando no pudo evitar atribuir la perfección con que se desenvolvían los acontecimientos a su encuentro de la mañana con el nuevo Ford.

Después el Director se despidió y él siguió conversando con los japoneses hasta las cinco de la tarde, cuando salieron todos en el Pontiac que los dejó en una esquina de la calle Florida, cerca de la exposición de arte argentino.

La galería funcionaba en un segundo piso. Había poco público a esa hora: algunas mujeres elegantes curioseaban sobre la mesa de cristal que exhibía miniaturas de arte gauchesco, unos hombres mayores de aspecto distinguido miraban las pinturas de Prilidiano Pueyrredón y una empleada rubia vigilaba sus movimientos a través de unos anteojos de carey, sentada en un rincón de penumbra alterada por el rayo de luz de la pequeña lámpara de leer que iluminaba su cara.

Los japoneses miraron la exposición, averiguaron precios, compararon los facones y los sables Solingen y Arbolito de la tradición argentina con las antiguas armas blancas del siglo XVII de su país, se tomaron diversas fotografías junto a la exhibición de ponchos y chiripás, donde un par de figuras de cera representaban a un gaucho y a un oficial de campaña y después, convidados por el *marchand*, bebieron té y varios whiskies en la trastienda. Aimo compró la miniatura de un par de espuelas de plata. Iko un cuadro del pintor Molina Campos, que le evocaba a Hokusai, y Sukío un cartapacio de cuero repujado que según el galerista había pertenecido al terrateniente Güiraldes.

Después, siguiendo instrucciones de su director, Fernando eligió tres obsequios costosos: un cuadro que había llamado la atención de Iko, una rastra de monedas de plata, cobre y oro para Sukío y un juego de azucarera, mate, bombillas y bandeja de oro y plata peruanas para Aimo. Pagó a la empleada con la tarjeta de crédito de la compañía: cuarenta millones de pesos, algo más que el sueldo de un mes de su nuevo cargo.

Cargados de paquetes salieron a la calle Florida y allí ocurrió algo que después consideraron era muy curioso: Sukío tropezó con un hombre que tomaba fotografías de los transeúntes, se miraron y se abrazaron. Iko y Aimó quedaron junto a Fernando mientras Sukío hablaba en japonés con el fotógrafo. Después contó su asombro por el encuentro: el fotógrafo había sido su compañero de estudios hacía quince años en Osaka y casualmente pasaba por Buenos Aires, representando a una empresa importadora de granos.

El Pontiac, que los esperaba en un garaje cercano, los condujo al hotel. Los japoneses subieron a cambiar sus ropas y a guardar los paquetes en sus cuartos mientras Fernando los esperaba en el bar del *lobby* del hotel. Iko fue el primero en regresar, vestía un pantalón gris, mocasines, camisa de hilo y saco azul. Tenía el pelo mojado. Fernando le señaló que se había apurado y él sonrió. Entonces Fernando comentó que había hablado con sus jefes y que estaba autorizado a ofrecer una comisión de hasta el cinco por ciento, y el japonés, mirando por el espejo del bar para controlar si llegaban sus compañeros dijo que para él no era suficiente, que su gestión valía el siete por ciento. Fernando dijo que tal vez sería mucho, pero que él trataría de convencer a su jefe de que concediesen un siete por ciento si del total podía quedar un dos por ciento para él, y entonces Iko estrechó su mano y dijo que le parecía correcto, que obtuviese el siete por ciento, que él tomaría solamente el cinco y medio por ciento y que el uno y medio por ciento quedaría para Fernando.

Después llegaron los otros y bebieron gin tonic y hablaron de barcasas. A las siete y media partieron a bordo del Pontiac hacia la casa de Fernando. La autopista estaba intransitable. A medida que se acercaba el fin de semana el movimiento de automóviles y camiones crecía significativamente y el chofer, que compartía con Iko el asiento delantero, hacía esfuerzos para adelantarse en el carril de cien kilómetros por donde avanzaba lentamente, a no más de treinta kilómetros por hora.

En las proximidades del puente Rosas, los automóviles dejaron de avanzar. Pasado un rato, los japoneses, ansiosos por llegar a casa de Fernando y conocer a los invitados de la fiesta, preguntaron cuánto faltaba y Fernando dijo que estaban a dos o tres kilómetros. A ellos les pareció poca distancia: dejaron al chofer con el Pontiac, Fernando le indicó cómo llegar más tarde hasta su casa y emprendieron la marcha a pie por la banquina de la autopista, donde los pasajeros que se habían apeado de los ómnibus formaban una caravana de gente maldiciendo.

El accidente había ocurrido así: un ómnibus blindado azul, del servicio de cárceles, cargado con presos de un establecimiento militar cercano, había embestido a un pequeño Fiat y a causa del choque el Fiat había caído al otro lado de la ruta, donde fue despedazado por un gran camión cargado con enormes bobinas de cable de acero. El ómnibus había volcado metros más adelante y al abrirse la puerta, después de muchos forcejeos, sus ocupantes, una docena de presos, trataron de correr hacia la banquina para no ser embestidos por la fila de automóviles y camiones que pasaban rozando al ómnibus volcado, pero los funcionarios de los dos vehículos militares que escoltaban el ómnibus, creyendo que se trataba de un intento de fuga, abrieron fuego con sus fusiles ametralladoras y ahora estaba el ómnibus volcado, un automóvil gris que también fue alcanzado por las balas, y los cuerpos de los presuntos evadidos, ya muertos, extendidos todo a lo ancho de la autopista, a la espera de las ambulancias.

Pero no sería fácil que las ambulancias llegasen hasta el lugar, pues el tránsito en ambas direcciones estaba interrumpido. No obstante, ya rondaban los hombres de prensa tomando apuntes por la zona y Aimo y Sukío extrajeron pequeñas cámaras con flash de los bolsillos de sus sacos y se sumaron a los periodistas tratando de documentar la escena.

Iko permaneció junto a Fernando, en el lugar donde habían acordado que esperarían a sus compañeros, que después de un largo rato regresaron satisfechos de haber logrado una docena de buenas instantáneas. Llegaron a casa de Fernando media hora después. El Pontiac llegó a la once de la noche, y la mañana siguiente el chofer informó que debió recorrer nueve kilómetros a contramano, y hacer un rodeo por toda la ciudad, nervioso, temiendo que Fernando y sus clientes lo necesitaran.

Pero Fernando y los clientes estaban en la fiesta, muy divertidos. Rita los recibió con un aperitivo de Martinis, pescado crudo y la sopa helada que había preparado el cocinero de la compañía siguiendo una receta japonesa. Los japoneses elogiaron la comida y bebieron copiosamente. Las muchachas, vestidas de gitanas, actuaron tan bien su papel que por momentos Rita y Fernando creyeron en la veracidad de la escena: las gitanas adivinaron la suerte de Sukío, hicieron trampas con un juego de naipes a Iko y a Aimo, obligaron a pitar a Rita, a Fernando y a los tres japoneses sus cigarrillos de cáñamo gitano y más tarde se desnudaron frente al mozo. Varias veces subieron a las habitaciones con los japoneses y a media noche, Sukío, muy borracho, rogó a Rita y a Fernando que mirasen cómo hacía el amor con la que supuestamente se llamaba Zaida. Los japoneses y las gitanas se fueron en

el Pontiac de la compañía a las cinco de la madrugada. El mozo y el mucamo que había provisto la división de bienestar trabajaron ordenando el living y la cocina y los cuartos hasta pasadas las siete, bajo la vigilancia de Rita. Fernando, que se había dormido a las seis, despertó a las diez y treinta con un fuerte dolor de cabeza que cedió después del desayuno, cuando se sentó en un sillón a fumar haciendo un balance de los resultados de la reunión y recordó que ese mediodía retiraría de la agencia su nuevo Ford.

32. Cesar

«Al César lo que es del César», decían los directores y el Vicepresidente aquel mediodía, cuando acordaron con Fernando cómo liquidarían la comisión del siete por ciento al intermediario japonés. A la una Iko habló por teléfono en inglés con Fernando y confirmó su acuerdo con la comisión propuesta. A las dos de la tarde llamó una secretaria de la embajada anunciando que esa tarde estaban a disposición de los apoderados de la compañía los documentos que habilitaban a la comitiva japonesa a firmar el contrato. A las tres Fernando anunció a su director que debía ir a retirar su nuevo automóvil y el Director lo felicitó, y le dijo que tomase la tarde para descansar, que bien lo tenía merecido.

Fernando fue a la agencia, probó el motor, controló los circuitos de frenos, verificó la presión de aire de los neumáticos y salió a probar su nuevo automóvil por la autopista de circunvalación. Recién a las ocho llegó a su casa.

Rita se alegró mucho de los buenos resultados del negocio con los japoneses, y confesó que, aunque a ella no le importaba el nuevo automóvil, también estaba contenta porque veía feliz a su marido.

A medianoche fueron a cenar con otros matrimonios amigos. Pasaron todo el sábado juntos en la casa y el domingo, después de misa, fueron en el Ford nuevo al pequeño puerto donde Willy Bog amarraba su velero. Almorzaron a bordo y navegaron toda la tarde bajo el sol. A la noche fueron a la casa a escuchar discos con Willy y Helena, que se agregó a último momento. Escucharon viejos clásicos de jazz, y a instancias de Willy, un par de cuartetos de Beethoven. Después improvisaron una cena y bebieron vino blanco. Rita había conseguido un nuevo frasco de Qualine y convidó a todos. Con la piel ardiente por el sol de la tarde, Fernando sintió que el Qualine borraba todos los efectos del malestar y que el leve escozor de la quemadura se transformaba en una nueva fuente de placer. Bebieron mucho, otra vez vino y a medianoche champán. Helena y Willy, que al día siguiente debían

madrugar, se fueron a la dos de la mañana, diciendo que hubiesen preferido seguir con ellos divirtiéndose.

Después durmieron y después comenzó otra semana llena de novedades. Fernando cobró su nuevo sueldo incrementado, le confirmaron las fechas de la visita de negocios a la planta industrial en Kiev y la autorización del directorio para que pasasen una semana en las playas del Mar Negro, durante agosto, el mes más frío en estas latitudes, la temporada ideal en las costas soviéticas. Antes de ir a Europa hicieron un par de viajes: en mayo, a la estancia de unos parientes de Rita, donde vivieron tres días de actividad campestre, montaron a caballo, jugaron a los naipes con los peones y se levantaban con el alba y se acostaban a la puesta del sol. En junio, aprovechando un par de días feriados, disfrutaron de un largo fin de semana en la estación de esquí de Portillo, cerca de Santiago.

Antes de partir hacia Europa, el pintor, un viejo supervisor retirado de la fábrica de tractores que administraba la compañía, llevó a Fernando su viejo Ford. Ahora pintado, con la nueva pintura lustrada y los nuevos paragolpes que reemplazaban los viejos, parecía idéntico a su nuevo Ford. Fernando guardó el Ford nuevo en el garaje y se prometió que por un tiempo volvería a usar el viejo, y que después alternaría, usando un día uno, otros días el otro. Al año siguiente, un cambio en las reglamentaciones del *car skim* le permitió vender el viejo Ford y lo hizo sin pena, en medio de un gran entusiasmo por tener un jeep con tracción doble, y techo corredizo. El jeep estuvo de moda durante aquellos años y Fernando fue uno de los primeros en tenerlo. Tiempo después Helena comunicó a Rita que se casaba con Willy Bog y todos se alegraron.

Sin embargo, un par de meses más tarde, Willy llegó una noche de visita sin anunciarse y Fernando y su mujer, cuando sintieron la bocina del Triumph que reemplazaba al viejo Morgan de Willy y vieron que llegaba solo, pensaron que se había divorciado. Eso dijo Rita, y Fernando asintió.

Le ofrecieron whisky para retomar el aliento después del largo viaje y se sentaron juntos los tres en el living y Willy habló, mirando fijamente a Rita:

—Tengo algo que ofrecerte, no me digas nada, decí solamente «sí» o «no» —dijo Willy, acariciando sus tupidos bigotes rojizos que le daban el aspecto de un viejo pintor florentino y Fernando pensó: «¡Zas!... este viene a proponerle a Rita que se case con él...», y Rita, tímidamente, le dijo que hablara y prometió que no discutiría, que se limitaría a decir, según él quiso, o «sí» o «no».

Entonces habló pausadamente Willy, acariciando su vaso de whisky, como quien entibia una copa de cognac al calor de sus manos:

—Mirá... ocurre así: mi hermana tuvo que salir del país con urgencia, y me dejó un cachorrito cocker. Está en el auto. Yo no lo quiero tener, ¡yo no lo puedo tener en el departamento! —se lamentaba—, ¿te animás a tenerlo vos...? Te lo regalo... necesito dárselo ya mismo a alguien que lo pueda tener... antes de encariñarme... —y Rita consultó a Fernando con una mirada y dijo «sí» y Willy corrió a su auto y trajo en brazos al pequeño cachorrito, que se llamaba Bob, pero con el paso del tiempo, Fernando y Rita comenzaron a llamarlo Bobby.

Willy se fue contento, Rita y Fernando prepararon una cucha en el garaje para el nuevo perro y esa noche trataron de lograr que comiera picadillo de carne con harina de maíz.

La mañana siguiente, después del desayuno, Fernando leía el diario en un sofá y escuchaba a Rita, que en la cocina le hablaba cariñosamente a Dick:

—Vas a tener que acostumbrarte... yo sé que ustedes van a ser compañeros, tenés que acostumbrarte. ¿O te creés que vamos a quererte menos a vos? ¡No! Te vamos a querer igual, y a él también lo vamos a querer, pero no tenés que ponerte celoso, es un amigo y para vos va a ser un buen compañero cuando no estemos nosotros y Fernando los va a llevar a pasear a los dos por el campo de golf y el próximo verano vamos a alquilar una casa frente al mar y vamos a pasar un mes juntos jugando en la arena... ¡Ya vas a ver qué pronto te acostumbrás a todo...!

Agradecimientos

Los editores y la familia Fogwill agradecen a:

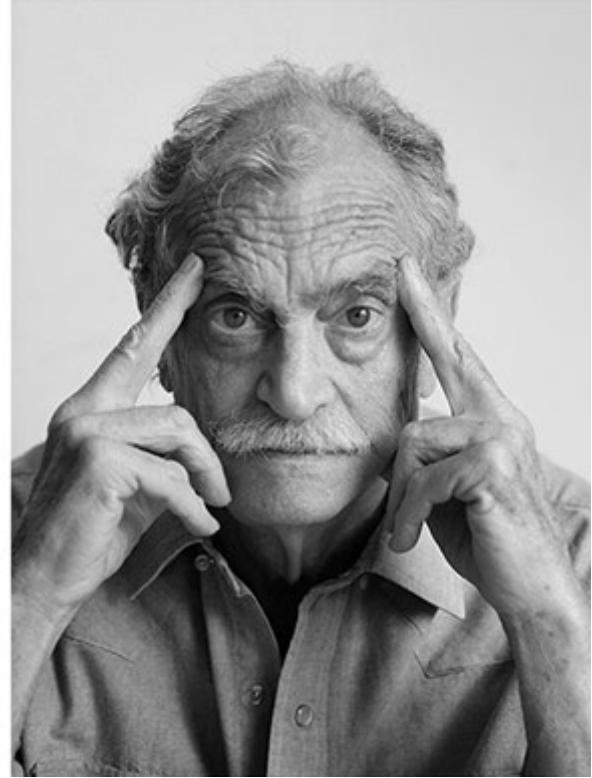
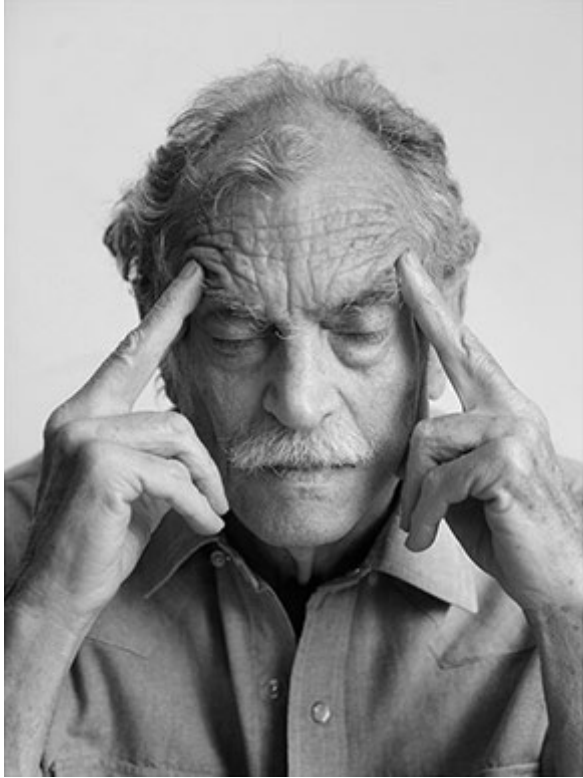
Mariana Domic Radtschenko, por guardar el original de la primera versión de esta obra desde 1980, por enviarlo desde Chile en 2011, dando a conocer así la existencia de esta novela, y por donarlo desinteresadamente.

Jorge y Silvia Lobov, por guardar el original de la versión de 1981, en la que se basa esta edición, y donarla al archivo Fogwill en el año 2013.

Damián Ríos, por su lectura y su valiosa opinión.

Verónica Rossi, por su meticuloso trabajo en la revisión comparada de los originales.

Ariel Dilon, por el seguimiento de la edición y su cuidado hasta las instancias finales.



FOGWILL (Quilmes, Argentina, 1941 - Buenos Aires, Argentina, 2010). Fue Sociólogo y profesor titular de la UBA. Dirigió la editorial Tierra Baldía. Publicó, entre otras novelas, *Los pichiciegos*, *Vivir afuera*, *En otro orden de cosas* y *Runa*. Publicó las colecciones de cuentos *Mis muertos punk*, *Música japonesa*, *Ejércitos imaginarios* y *Pájaros de la cabeza*. Reunió su narrativa breve en *Cuentos completos*. Póstumamente, fue publicada su *Poesía completa* y los libros *La gran ventana de los sueños*, *Nuestro modo de vida* y *La introducción*. Sus ensayos e intervenciones de prensa fueron publicados en *Los libros de la guerra*.

En 2003 obtuvo la Beca Guggenheim y en 2004 el Premio Nacional de Literatura.